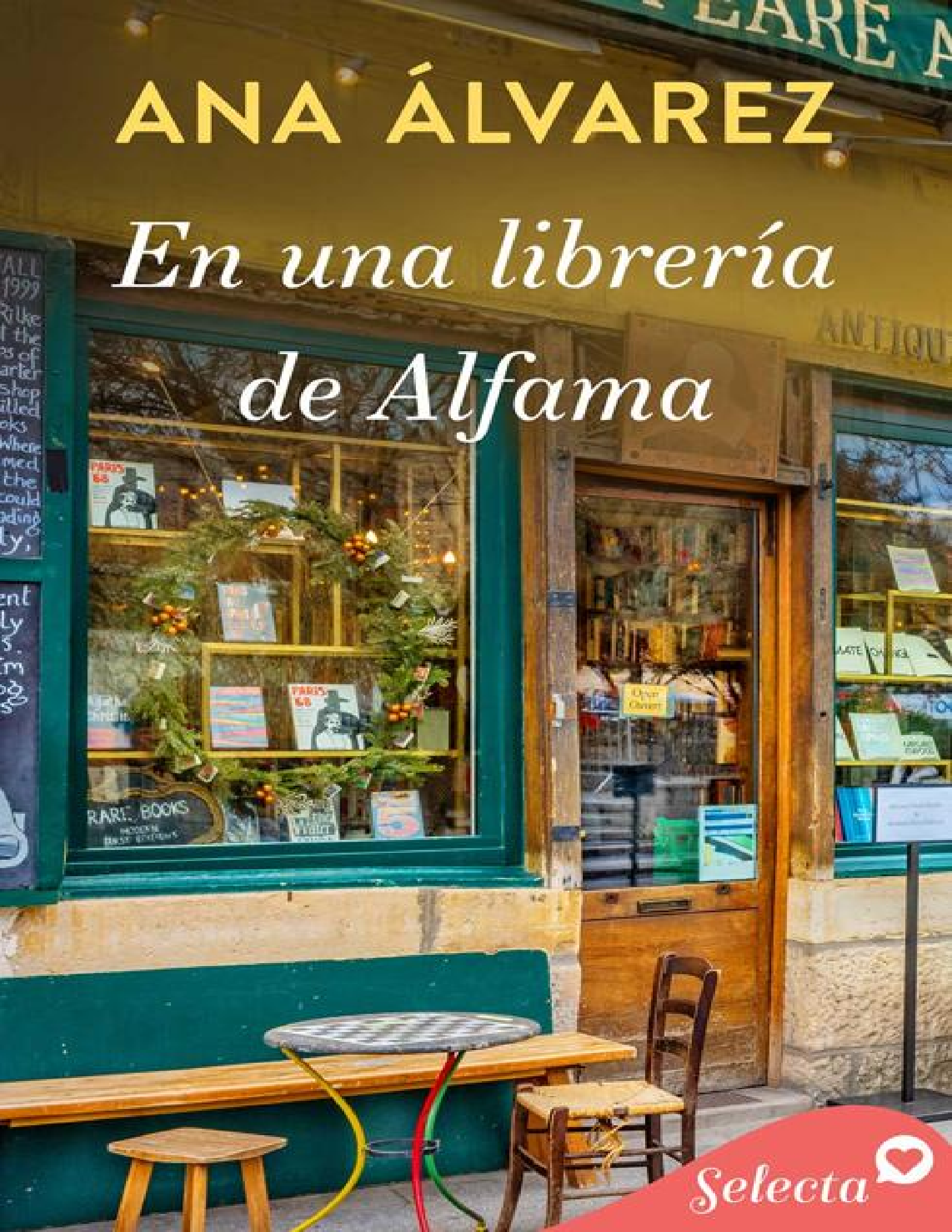

ANA ÁLVAREZ
En una librería de Alfama
Selecta

En una librería de Alfama

Ana Álvarez

Selecta

Para mi madre, que tantas veces me vio escribir
sin saber lo que estaba haciendo

Capítulo 1

La librería

Mara salió de su casa dejando atrás a su ruidosa familia para acudir a la librería que era su refugio a la hora de estudiar. Le resultaba imposible concentrarse con sus hermanos y su abuela.

La muerte de su padre, acaecida seis años antes debida a un infarto, había sumido a la familia en el caos económico, obligando a su madre a ampliar su jornada como auxiliar de enfermería y a Mara a buscar un empleo de mañana en una floristería de su barrio y a interrumpir sus estudios universitarios. Al fin había podido volver a matricularse en un grado de Historia en la Universidad Alberta a distancia, UAb, por asignaturas sueltas.

También su abuela se había mudado con ellos para ayudar a su hija y sus nietos a salir adelante. Todos contribuían tanto en lo económico como en el cuidado de la casa y los niños, en la medida de su disponibilidad. Porque después de once años siendo hija única, habían nacido tres hermanos más: Tiago, Joana y la pequeña Catarina, que contaba solo unos meses cuando su padre falleció.

Mara adoraba a sus revoltosos hermanos, pero le resultaba

imposible concentrarse en casa. Por eso tenía la costumbre de irse cada día después del almuerzo a la librería Alfama, un pequeño y peculiar local que llevaba el mismo nombre del barrio donde se ubicaba. Era el barrio donde Mara y sus hermanos habían nacido y donde aún residía la familia.

Entrar en el local era como trasladarse a otro mundo, un comercio en el que parecía detenerse el tiempo y donde se podía no solo comprar, sino también alquilar para consulta, libros poco frecuentes de encontrar en otros comercios, o incluso tomar un té o café mientras se leía. En el escaparate, el nombre de la librería destacaba en grandes letras doradas y el interior conservaba un aire añejo en sus mesas redondas de madera y sus lámparas que derramaban una luz anaranjada por doquier.

A Mara le entusiasmaba la historia y, antes incluso de comenzar sus estudios, era una asidua visitante de la librería, desde que era una adolescente. Genoveva, la dueña del local, se había convertido en una amiga a pesar de la diferencia de edad, pues la mujer rondaba los setenta años y ella solo veintiséis.

Cada tarde tomaban un té juntas, antes de que Mara se conectase a Internet, el único avance tecnológico de la librería. Por lo demás, le parecía retroceder un siglo cada vez que traspasaba sus puertas.

No era un negocio lucrativo, pero Genoveva se jactaba de no necesitar el dinero, que le bastaba con cubrir gastos, algo que a duras penas conseguía, pero tenía una posición económica desahogada que le permitía vivir sin lujos, pero también sin aprietos. Y afirmaba que la librería seguiría abierta mientras ella continuara en el mundo, porque era un negocio familiar y constituía toda su vida. Los libros eran para ella los hijos que no había tenido.

Aquella tarde al llegar, Mara encontró a su amiga radiante, en el rincón donde preparaba las bebidas.

—Hola. ¿Qué te pasa hoy, Geno? Te brillan los ojos de un modo…

—Solo alguien que me conozca bien puede adivinarlo. Sí, estoy eufórica, no lo niego.

—Deja que adivine. ¿Te has reencontrado con un antiguo amor? ¿O acaso has conocido a alguien nuevo?

—Nada tan romántico. He comprado toda una colección de libros antiguos por un precio irrisorio. Me los traerán mañana.

—Dame detalles —pidió interesada. Si no estudiara Historia se habría convertido en restauradora—. ¿Qué tipo de libros?

—De todo tipo. Hay en Sintra una casona abandonada que está a punto de derrumbarse. No sé si la conoces.

—¿Una que se encuentra a las afueras?

—Sí. Los herederos viven en Argentina y la han puesto en venta con todo su contenido, pues no tienen la menor gana ni de habitarla ni de asumir el coste de reformarla. La ha adquirido una promotora que pretende derribarla para construir un edificio de apartamentos y su intención era tirar los libros a la basura. ¿Te lo puedes creer? Algunos están muy deteriorados, pero nada que no se pueda restaurar con paciencia.

—Y aunque no se puedan restaurar, aquí tienen cobijo, ¿verdad? —preguntó conociendo de sobra a su amiga.

—Por supuesto. Tirar libros es un crimen.

—¿Cómo te has enterado de que estaban a la venta?

—Tengo mis contactos. Me ha llamado uno de ellos por si estaba interesada. Y por supuesto que lo estoy. Aunque no sean primeras ediciones ni posean un valor de coleccionista, para mí sí lo tienen. Estoy deseando echarles un vistazo.

—Yo también.

Como cada día, se sentó en una de las mesas redondas, su preferida era una que estaba junto al gran ventanal que daba a la

calle, y Geno le llevó el té y la acompañó mientras lo tomaba. Después conectó su *tablet* y comenzó a estudiar, mientras la dueña de la librería atendía a otro cliente y después escogía un libro para recrearse en la lectura.

El tiempo se le pasó rápido, sumergida en los entresijos de la historia de los siglos XIX y XX, que le parecían apasionantes por los muchos cambios acontecidos en ellos.

A las siete, apagó la *tablet* y recogió sus cosas para marcharse. El público, como siempre, era escaso. Solo un hombre y una mujer ocupaban dos de las mesas, ambos leyendo y tomando una infusión mientras lo hacían.

Se acercó a Geno para despedirse.

—Me marcho ya.

Era su hora habitual para ayudar a su abuela con el baño y la cena de sus hermanos. Tiago tenía quince difíciles años, Joana nueve y Catarina seis. Demasiado para su abuela.

Su madre tenía aquella semana turno de tarde en el hospital y haría alguna hora extra si se lo proponían. Siempre estaba dispuesta a ganar algo más de dinero para su familia.

Entró en la vivienda y ya desde la escalera escuchó el bullicio reinante. Por suerte, sus vecinos no eran intransigentes y nunca protestaban por el ruido que a veces traspasaba la puerta de la casa.

Las dos pequeñas le salieron al encuentro reclamando su atención para que les revisara las tareas escolares, algo a lo que la abuela se negaba en redondo. La mujer se ocupaba de la compra y la cocina y llevar y traer a las pequeñas al colegio. El resto de las tareas domésticas lo repartían entre su madre y ella, dependiendo de los turnos del hospital.

—Mara, he hecho una redacción, y no me sale… —protestó Joana.

—Yo he aprendido una letra nueva y la tengo que leer.

—Dadme cinco minutos, por favor —pidió entrando en su cuarto, que compartía con sus hermanas—. En seguida estoy con vosotras.

Tras soltar el bolso y poner a buen recaudo la *tablet* para evitar que Joana la cogiera para jugar, se dirigió a la cocina donde la mujer mayor preparaba la cena.

—Hola, Mara. Las niñas ya te estaban reclamando para no sé qué consulta de las tareas.

—¿Cómo se han portado?

—Revoltosas, como siempre.

—¿Y Tiago?

—Está en su entrenamiento. Llegará en breve.

—Voy a comprobar que hayan terminado las tareas y me ocuparé del baño de Catarina. ¿Necesitas ayuda con la cena?

—No, está casi lista. Tu madre ha llamado para decir que llegará tarde, echa un par de horas extras esta noche.

Se sentó con sus hermanas y dedicó un rato a revisar lo que debían llevar al día siguiente a clase y después bañó a la pequeña.

—Yo también quiero que me bañes, Mara —protestó Joana, algo celosa de su hermana menor. Ya se había habituado a ser la pequeña cuando la recién nacida le quitó el estatus y mostraba un poco de celos.

—Tú ya tienes nueve años, eres lo bastante mayor para no necesitar ayuda.

—Yo también soy grande —protestó Catarina—. Me baño sola.

—El año que viene, cuando cumplas siete, ¿vale?

Mientras secaba a la pequeña vigilaba el baño de la mayor. Después salieron a la cocina donde ya la abuela ponía la mesa. La cocina era una de las habitaciones más usadas de la casa. Era grande y disponía de una amplia mesa donde realizaban las

comidas.

Tiago había llegado poco antes. Era un adolescente entusiasta de los deportes y poco interesado en las chicas y, por desgracia, en los estudios. Aprobaba justo y porque sabía que el deporte dependía de las calificaciones. Entrenaba fútbol dos días por semana, baloncesto otros dos y salía con la bicicleta y sus amigos los sábados o los domingos.

Se sentaron todos a comer y, tras acostar a las niñas, Mara lavó los platos de la cena mientras su hermano se dedicaba a estudiar y su abuela, por fin, descansaba viendo la televisión.

Aguardó leyendo a su madre, que llegaría pasadas las doce de la noche, y no pudo dejar de preguntarse qué clase de libros habría comprado Geno, casi al peso. Si los iban a tirar lo más probable era que estuvieran en muy mal estado, pero, para la mujer, un libro era algo precioso y nunca nunca se tiraba. Si tenían salvación, los mandaría restaurar y, si no, permanecerían en una estantería interior en espera de que alguien se interesara por ellos.

***

Al día siguiente, cuando Mara llegó a la librería, encontró el local vacío.

—¡Hola! —saludó, pues no había nadie a la vista.

—Estoy aquí —respondió una voz desde el fondo de la tienda.

Encontró a Geno rodeada de cajas en la trastienda, una pequeña habitación que más bien era una prolongación de la librería, separada de la misma por el último estante, que impedía ver lo que había detrás.

—Ya han llegado —comentó la mujer señalando a su alrededor—. Hay más de los que imaginaba.

—¿Algo interesante?

—No lo sé, solo he podido verlos por encima. Clasificarlos y colocarlos en los estantes me llevará bastante.

—Si quieres te echo una mano.

—Tú vienes aquí a estudiar, no te sobra el tiempo.

—Ya sabes que adoro los libros antiguos; no me perdería la oportunidad de encontrar algo especial. ¿Están en muy mal estado?

—Los de encima no lo parecen. El resto, no lo sé, pero por lo que me han costado, me espero cualquier cosa. Cuando fui a verlos a la casona, en las estanterías no parecían demasiado deteriorados.

El sonido de la campañilla de la puerta anunció la llegada de alguien más. Geno salió al encuentro del visitante y Mara la siguió.

Se trataba de una de las asiduas, que solía ir más por el café que por el interés por la lectura, pues nunca había comprado un libro, aunque ojeaba alguno de las estanterías, que devolvía antes de marcharse.

—Vengo el domingo a echarte una mano, si quieres —ofreció Mara —. Mi madre descansa este fin de semana y puedo escaparme un rato.

—¿No tienes nada mejor que hacer un domingo que venir a desembalar libros?

—Como no sea llevar a mis hermanos al parque, no. Y, por una vez, prefiero los libros.

—Niña, tienes veintiséis años; deberías estar haciendo cosas propias de tu edad como salir con amigos, ir a bailar o a la playa.

—Hacía esas cosas antes de que muriera mi padre, pero me distancié de mis amistades cuando nuestra vida cambió. Ahora tengo que echar una mano, mi madre se mata a trabajar y mi abuela está muy mayor para ocuparse de la casa y de los niños a tiempo completo.

—Pues si vienes el domingo, te pagaré.

—No hace falta.

—Sí que la hace. Ahora vamos a tomar nuestro té y a comenzar la rutina de cada tarde.

—Vamos.

Se sentó a la mesa dispuesta a aprovechar el tiempo, pero las cajas de la trastienda eran como un canto de sirena que la llamaban de forma irremediable. Se contendría, pero el domingo daría rienda suelta a su curiosidad. ¿Quién querría ir a la playa cuando había cajas de libros por descubrir a su alcance?

Capítulo 2

Los libros

El domingo Mara se despidió de su familia temprano, ante la pesadumbre de sus dos hermanas pequeñas que deseaban que las llevara al parque, como solía hacer, De nada sirvió que les dijera que se trataba de trabajo, porque Genoveva insistió en pagarle, aunque ella se consideraba más que pagada con el placer de acariciar aquellos ejemplares antiguos que tanta curiosidad le generaban.

La dueña de la librería había echado un vistazo por encima a un par de cajas, pero quedaban seis más, repletas de tesoros literarios por descubrir.

Ataviada con unos vaqueros viejos y una camiseta que no presentaba mejor estado, llegó a la librería donde ya la esperaba Geno. Los ejemplares que la mujer había mirado estaban polvorientos y necesitaban una limpieza, como mínimo.

La tarde anterior habían buscado en Internet diversas formas de limpiar libros que necesitaran algo más que la limpieza superficial que Geno hacía en la librería con brocha de maquillaje o paños de microfibra.

Comenzaron el proceso de vaciado de cajas con cuidado y meticulosidad, provistas de guantes de algodón, separando los que se encontraban en buen estado del resto. En cada uno de ellos hallaban una joya: novelas de diverso tipo y de diferentes épocas; encuadernaciones en cuero, tela o cartón; incluso algunos más modernos en *guaflex*, material que empezó a utilizarse en la segunda mitad del siglo XX.

La mañana se les pasó sin sentir, solo clasificando y limpiando los que se encontraban en mejor estado. No podían evitar echarle un vistazo al interior de cada uno de ellos, leer algún párrafo, incluso olerlos con cuidado para detectar síntomas de humedad.

Mara se detuvo en un ejemplar de las *Rimas y Leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer que tenía una preciosa encuadernación en cuero negro. Poseía uno en su casa, mucho más moderno, y también muy gastado. Lo había leído innumerables veces, pues le fascinaba la poesía romántica del autor, así como el misterio de sus leyendas.

De pronto, mientras lo ojeaba buscando una de sus rimas preferidas, un papel cayó al suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Geno con curiosidad.

—Estaba entre las páginas.

Mara se agachó a cogerlo. Estaba doblado en cuatro partes, y el papel no era nuevo. Aunque se conservaba en buen estado, tenía sus años.

Se trataba de una hoja que había sido cortada de algún cuaderno, pues uno de sus lados se veía irregular. Estaba escrito con tinta negra, algo desvaída y en una caligrafía cuidada y femenina.

—¿Qué pone?

—Parece una cita… romántica.

Leyó en voz alta:

«¿Por qué no viniste? Te esperé toda la tarde. ¿No comprendes que necesito verte? Por favor, quedemos mañana o cuando tú digas, pero acude. Te quiero».

—Yo, más que una cita, diría que es un plantón —comentó Genoveva.

—En toda regla. Pero no parece que sea algo reciente.

—El papel no es moderno y parece arrancado de un cuaderno o un diario con poco cuidado. El texto no está escrito con bolígrafo, sino con tinta.

—La casa lleva tiempo deshabitada, debe pertenecer a algún miembro de la familia que residía allí. Porque no tiene mucho sentido que alguien extraño dejara una nota en un libro de una biblioteca particular.

—No, no es lógico. Pero el destinatario debía ser alguien que frecuentara la casa, o no podría recibirla.

—¿Qué sabes de ellos? —La curiosidad de Mara por la historia con mayúsculas, así como por las historias con minúsculas, se había disparado.

—La habitaba una familia llamada Almeida, pero ignoro el nombre de los propietarios actuales. No sé si son hijos, nietos o sobrinos, ni siquiera si pertenecen a la familia.

—Supongo que habrá alguna información sobre ellos en Internet. Esa nota era de una mujer que, sin duda, esperaba que alguien la recogiera o, al menos, la leyera.

—Es posible.

—Cuando llegue a casa esta tarde buscaré a ver qué encuentro.

—¿Por qué no lo hacemos ahora?

—Porque me vas a pagar por limpiar y clasificar libros, no por buscar historias antiguas en la red.

—¡No pensarás dejarme fuera de esto! Vamos a hacer un pequeño descanso, nos tomamos un té y echamos una ojeada a ver qué encontramos sobre la casona.

—De acuerdo. Pero luego seguimos, porque tal vez haya más notas en otros libros. Quizá una respuesta.

—Es posible.

Mara se conectó a Internet con el móvil, pues se había dejado la *tablet* en casa. No pensaba que la fuera a necesitar, el trabajo de aquel día iba a ser más físico que intelectual. Sin embargo, había topado con algo que había excitado su curiosidad, y ni Genoveva ni ella estaban dispuestas a dejarlo pasar sin investigar.

No encontraron demasiado, pues la casa llevaba tiempo cerrada. La familia Almeida había sido importante durante los siglos XIX y XX, pero no halló gran cosa más que términos generales. Nada sobre los miembros de la familia ni sobre la mujer que hubiera podido escribir la nota. Mucho menos sobre el destinatario. O destinataria.

Después del inciso, continuaron con el vaciado de cajas y la limpieza y clasificación de los libros, poniendo especial cuidado en buscar algún papel oculto en ellos. No encontraron ninguno.

A mediodía se despidieron dejando la labor para otro momento. Aún quedaban cajas por vaciar, y un montón considerable de libros que necesitaban más que un poco de limpieza. Tendrían que encontrar un restaurador para dejarlos en perfecto estado. Pero los restauradores eran caros y la librería no daba demasiados beneficios.

Mara se fue a su casa con la decisión de que buscaría más información sobre la familia Almeida, hasta averiguar quién había escrito esa nota y su destinatario. Su imaginación se había activado y no cejaría. Estaba habituada a bucear en libros y legajos investigando lo que no encontraba en los textos de la carrera, buscando la historia dentro de la historia, y esta le parecía muy

jugosa.

***

Aquella tarde delegó en Cata, su madre, la tarea de ocuparse de sus hermanos y de ayudar a la abuela, y se metió en su cuarto para buscar con más calma algo de información sobre la casona y la familia que la habitaba en el pasado. Su búsqueda, ahora calmada y exhaustiva, dio más frutos que la apresurada de aquella mañana:

La mansión se había construido a principios del siglo XIX y había constituido la morada de la familia durante casi dos siglos. Los Almeida no habían sido muy prolíficos en descendencia, y la dinastía se había visto a veces en peligro de extinguirse por falta de herederos. Uno o dos como mucho en cada generación, y la familia había terminado por desaparecer sesenta años atrás cuando la última integrante de la misma falleció sin dejar ningún hijo para continuar el linaje.

La propiedad había sido legada a unos parientes lejanos residentes en Argentina y permaneció deshabitada durante seis décadas. Había encontrado también una foto antigua donde se mostraba la propiedad en todo su esplendor. Ninguna que la mostrara en la actualidad.

Guardó la información para enseñársela a Genoveva y salió a dedicar tiempo a su familia.

Aquel domingo su madre descansaba y aprovechaba para pasar tiempo con sus hijos. Había llevado a las pequeñas al parque y, en aquel momento, se ocupaba de la cena.

—¿Ya has estudiado? —le preguntó Joana cuando la vio entrar en la cocina.

Era la estancia favorita de todos, caliente en invierno y bien

ventilada en verano debido a dos grandes ventanales. Era lugar de reuniones familiares, testigo de toma de decisiones importantes y también de charlas intrascendentes.

—Sí, nena. Ya he terminado por hoy.

—No has venido al parque —se lamentó Catarina. La niña llevaba el mismo nombre de su madre, pero a esta la llamaban Cata.

—Tenía trabajo.

—La floristería está cerrada. Es domingo.

—He estado ayudando a Genoveva a colocar unos libros que han llegado a la librería. Al parque os ha llevado mamá.

—Pero a mí me gusta que vengas tú también —se lamentó Joana —. ¿Vas a trabajar en la librería todos los domingos?

—Puede que alguno más, pero no cuando mamá trabaje en el hospital. La visita al parque es sagrada.

—Y tu diversión, ¿cuándo es sagrada? —comentó su madre mirándola con preocupación y apartando por un momento la mirada de lo que estaba preparando—. Me preocupa que dediques todo tu tiempo libre a la familia, que no te diviertas nunca.

—Ni te imaginas lo bien que lo he pasado esta mañana clasificando libros.

—En compañía de una anciana. Deberías salir con gente de tu edad. Tienes veintiséis años.

—A la gente de mi edad le interesan poco los libros antiguos. Y a mí me interesan aún menos las discotecas.

—Si tuvieras una amiga… o amigo —sugirió su abuela—. A tu edad yo ya estaba casada y tú ni siquiera has tenido un novio. Salvo aquel chico del instituto, que venía a estudiar contigo.

—Solo éramos amigos —mintió para quitar importancia a una relación que terminó rompiéndole el corazón.

En aquella época Camila aún no vivía con su hija y sus nietos,

pero era una visitante asidua a la hora de la merienda.

—Pues él estaba loquito por tus huesos. Y tú no le hacías ascos.

—Fue una chiquillada que se terminó cuando finalizó el instituto y seguimos caminos diferentes.

—Y desde entonces, ¿no has conocido a nadie que te interese?

Había habido alguno, pero no soportó su dedicación a los suyos.

—No te preocupes por mi vida amorosa, abuela. Los hombres solo traen complicaciones.

—Y amor, y felicidad… y una familia —añadió Cata.

—Yo ya tengo una familia.

Alargó el brazo y rodeó con él a Catarina, que estaba sentada a su lado.

—Cariño, estás muy caliente. ¿Te encuentras mal?

—Me duele la garganta.

—Tiene fiebre —afirmó.

Cata dejó de inmediato su puesto en los fogones para atender a su hija. La pequeña presentaba un cuadro febril y las amígdalas muy inflamadas y con algún punto blanco. Mara se preparó para unos días complicados, pues las dos pequeñas dormían juntas en la misma habitación que ella y solían contagiarse una a la otra cualquier enfermedad que padecieran.

—Yo tengo guardia esta semana —se lamentó Cata—. Trataré de cambiarla con alguna compañera.

—No te preocupes, mamá; yo me encargo. No puedo faltar a la floristería, pero el resto del tiempo estaré en casa.

—Gracias, Mara. ¡No sé qué haríamos sin ti!

—Y sin ti, y sin la abuela. Entre todos arrimamos el hombro y salimos adelante.

—Yo no puedo faltar a ningún entrenamiento esta semana —se justificó Tiago—. Los campeonatos están a la vuelta de la esquina.

—Trata de acercarte a las niñas lo menos posible. Nosotras las cuidamos.

El joven era reacio a ocuparse de sus hermanas pequeñas cuando era necesario. Sus quince años lo volvían egoísta y poco dado a participar en obligaciones familiares, y cuando lo hacía, siempre era a regañadientes.

—No te preocupes, yo la cuidaré. —«Y a Joana que seguro enfermará después».

Mara lamentaba que su hermana estuviera enferma, no solo por la pequeña, sino también porque eso la mantendría apartada de las tardes en la librería y de la clasificación de los libros. Aprovecharía para seguir indagando en la historia de los Almeida todo lo que pudiera.

Capítulo 3

El hombre misterioso

Mara llegó a la librería después de casi una semana de ausencia. Sus dos hermanas pequeñas habían pasado una amigdalitis y, tras salir de la floristería donde trabajaba por las mañanas, se iba a casa y permanecía allí cuidando de las niñas. Joana había presentado episodios de fiebre bastante alta que les había preocupado sobremanera.

Por fin el estado de las enfermas había mejorado y ella pudo retomar su rutina habitual. Había echado mucho de menos las tardes en Alfama, y había lamentado profundamente dejar a Genoveva ocuparse sola del vaciado de las cajas restantes.

Su amiga la recibió con una sonrisa.

—¡Hola, Geno!

—¿Cómo están las nenas? —preguntó solícita.

—Mejor, ya se puede ocupar mi abuela de ellas sin ningún problema y yo debo retomar mi rutina de estudios. Supongo que has terminado de vaciar las cajas de los libros, ¿no? ¿Algo interesante?

—No he avanzado mucho; he tenido un visitante un poco…

extraño y no he querido dejar la librería sola y sin vigilancia.

—¿Extraño? ¿En qué sentido?

—Es aquel que está sentado en la mesa del fondo.

Mara desvió la vista con disimulo hacia el lugar que indicaba la dueña de la librería. La mesa en cuestión se encontraba en un lugar desde el que se podía contemplar todo el local: quién entraba, salía, y también los movimientos de cualquiera hacia la trastienda. Estaba ocupada por un hombre joven, rondaría los treinta y pocos años, de pelo castaño, barba cuidada y ataviado con un pantalón negro y camisa azul, ambos de buena calidad. Una taza de café vacía reposaba sobre la superficie y un libro abierto ocupaba el resto del tablero de madera.

—Yo lo veo bastante normal. Atractivo, bien vestido y sin nada que llame mi atención.

—Su aspecto es impecable, lo extraño es su actitud. Hace tres días que viene todas las tardes, recorre las estanterías como si buscara algo, luego coge un libro, siempre uno diferente, y se sienta a la misma mesa, de espaldas a la pared y mirando hacia la librería. Pero no parece leer, yo diría que me vigila.

—¿Te vigila? ¿De qué manera?

—No lo sé. Me intriga mucho, Mara. Apenas habla, solo da las buenas tardes al llegar y al irse, pide un café solo, por favor, da las gracias y nada más. Le he preguntado si podía ayudarlo, si buscaba algún libro en concreto, pero me dice que solo mira y que, si encuentra algo que le interese, me lo diría. De que es educado no hay duda.

El aludido tenía la mirada fija en las dos mujeres con poco disimulo. Al cruzarse con los ojos de Mara, la desvió hacia el libro que tenía sobre la mesa.

—Creo que has visto muchas películas de misterio, Geno. Es un

lector o, como otros habituales, solo busca un poco de paz en un lugar tranquilo.

—De todas formas, no me he atrevido a entrar en la trastienda y dejar la librería a su merced.

—No tiene pinta de ladrón.

—Pero sí de coleccionista, y de esos no te puedes fiar.

—¿Crees que tienes aquí algún ejemplar valioso?

—En las estanterías, no, pero todavía no he terminado de vaciar las cajas. Si no te importa echarle un vistazo mientras estoy dentro, sigo con la tarea.

—Ningún problema en vigilarlo, es bastante agradable de mirar —añadió en voz baja y con una sonrisa socarrona.

—Sí que lo es.

Genoveva entró en la trastienda y la mirada del desconocido la siguió sin disimulo. Después pareció centrar su atención en la lectura, pero Mara sabía que no estaba interesado en el libro que tenía sobre la mesa. Su atención se desviaba con demasiada frecuencia de las líneas para recorrer los estantes, hacia la trastienda donde estaba Genoveva y hacia ella misma.

No compartía la opinión de su amiga de que deseara algo siniestro, pero desde luego no iba para leer con tranquilidad.

Se preparó un té y se sentó a una mesa desde la que pudiera observarlo con facilidad. Poco después entró un comprador y la dueña de la librería salió para atenderlo. Se llevó un libro de economía que ya estaba descatalogado, todo ello bajo la atenta mirada del desconocido, que no había perdido ni un ápice de la transacción. ¿Sería un inspector? Pero ¿un inspector de qué?

Geno regresó a la trastienda y salió un rato después con tres ejemplares en las manos. Se acercó a Mara para mostrárselos: una edición de *Cumbres borrascosas*, otra de *Los tres mosqueteros* y una

bastante nueva de *La colmena*.

—Muy variados los libros que había en la casona de los Almeida —dijo Mara.

—Estos estaban bastante bien conservados, solo he tenido que hacerles una limpieza básica. Voy a colocarlos en las estanterías correspondientes.

Genoveva mantenía un estricto orden en sus estantes según el criterio de la temática y la fecha de publicación. No usaba el habitual orden alfabético que imperaba en otras librerías o bibliotecas.

—¿Había algún papel en ellos o algo extraño?

—Nada.

—¿Crees que esa nota era un hecho aislado o formaba parte de una correspondencia habitual?

—Ni idea. ¿Quieres entrar tú a echar un vistazo a las cajas? Yo vigilo y me tomo un té.

—Solo un momento. He perdido mucho tiempo esta semana y debo recuperarlo. Pero no puedo resistir la tentación.

La mujer colocó los tres libros en los estantes correspondientes y Mara se dirigió a la trastienda. El desconocido observó sin disimulo los movimientos de las dos mujeres.

Mara sintió la mirada masculina sobre su espalda y un cosquilleo la recorrió entera. Pero no era un cosquilleo de intranquilidad, sino de otro tipo. Una sensación agradable y placentera.

Revisó varios de los libros que Geno había apartado para restaurar, uno con el lomo totalmente deshecho y páginas descosidas que necesitaría la labor de un buen profesional.

Cuando salió un rato después y ocupó de nuevo su mesa dispuesta a estudiar, el hombre se hallaba recorriendo todos los estantes con parsimonia, y se detuvo de forma especial en aquellos en que Geno había colocado los tres ejemplares. Los localizó y los

cogió con sumo cuidado. Abrió las tapas, contempló las guardas y hojeó con detenimiento hasta el más mínimo resquicio.

A ninguna de las mujeres les cupo duda de que sabía manejar libros antiguos, y de que los amaba tanto como ellas. Pero una vez que los hubo examinado, regresó a su mesa y continuó con la fingida lectura.

A las siete, como cada tarde, Mara se despidió de Geno, dejando en el local al nuevo cliente y a una de las mujeres que solían frecuentarlo.

Mientras se ocupaba de sus hermanos no pudo dejar de pensar en el extraño visitante de la librería. Su amiga tenía razón, la actitud del hombre no era la habitual de un lector ni de un cliente que quisiera comprar o alquilar un libro determinado. Parecía buscar alguno en concreto, pero lo había negado cuando Geno le preguntó. ¿Por qué? ¿Por qué acudía cada tarde a Alfama y qué buscaba? Un rato de plácida lectura desde luego que no.

La curiosidad de Mara se había exacerbado todavía más. ¿Tendría algo que ver la presencia del hombre con los libros recién adquiridos? ¿Con la nota que habían encontrado? ¿Sería el destinatario de la misma? Se veía muy joven y el papel era antiguo.

No parecía lógico que estuvieran relacionados, pero su imaginación era muy excitable.

Mientras atendía sus tareas no pudo cesar de hacer elucubraciones, algunas bastante descabelladas. Tenía que encontrar la forma de averiguar todo lo referente a la nota y también al misterioso y atractivo hombre de la librería, o no conseguiría centrarse en los estudios.

***

El desconocido continuó asistiendo a la librería, si no cada tarde, dos o tres veces por semana. Mara se sorprendió buscándolo con la mirada nada más entrar y comenzó a notar una ligera decepción si no lo hallaba.

Porque el hombre la miraba. Lo miraba todo, pero a ella de una forma especial, o eso le parecía. ¿O era que sus ojos le producían un cosquilleo en el vientre que no había sentido antes?

Aquella tarde vio con agrado que se encontraba en su mesa habitual. Con un libro sobre la madera, pero sin la taza de café. Genoveva estaba preparándola en aquel momento.

—Hola, Geno —la saludó como siempre, acercándose al rincón que solía ocupar.

La mujer le hizo un guiño apenas perceptible señalando al hombre.

—Hola, Mara. ¿Te importa llevar el café a aquel señor de la mesa del fondo? Como ves, hoy tenemos bastante clientela y me veo un poco desbordada. Tengo que localizar varios libros que me han pedido esos chicos.

En efecto, un grupo de estudiantes había ocupado dos de las mesas para hacer un trabajo de clase. La habitual calma del local se veía alterada por voces juveniles y Mara supo que no podría estudiar mucho. Aprovecharía para ir a la trastienda y seguir con las cajas.

—Claro, en seguida.

Cogió la taza y se acercó a la mesa con paso decidido. El hombre la miró aproximarse con expresión enigmática, sin un simple gesto en su rostro.

—Aquí tiene su café.

—Muchas gracias.

La voz era ronca y varonil. Los ojos color miel buscaron los suyos y sostuvieron la mirada durante un largo minuto. Mara no pudo

evitar ponerse nerviosa.

—No hay de qué —respondió.

—Yo creo que sí. Me parece que no es una empleada de la librería.

—Soy amiga de la propietaria y, como ve, ella está hoy muy ocupada. Si necesita algo, puede acudir a mí. —Los ojos del hombre chispearon por un momento—. Conozco el contenido de los libros tan bien como ella —aclaró. Solo por si la oferta le había sonado a otra cosa.

—Por supuesto, pero no será necesario. Tengo todo lo que necesito —afirmó señalando la taza y el libro con un gesto de la mano. Una mano de dedos cuidados, que no estaba acostumbrada a ningún tipo de trabajo duro.

Se quedó con las ganas de preguntarle su nombre. De decirle el suyo. Pero, sobre todo, de intentar averiguar el motivo de su presencia en la librería casi a diario. Que le gustaban los libros era evidente; que los manejaba con cuidado, también.

—En ese caso, vuelvo a mis ocupaciones.

Se alejó de la mesa y sintió de nuevo los ojos masculinos clavados en ella, y el mismo desasosiego de otras veces.

—¿Te parece si voy a la trastienda a seguir con los libros? ¿O prefieres que me encargue yo de atender a los chicos? Me resultará imposible estudiar hoy con tanto bullicio.

—¿No te importa?

—En absoluto.

—Continúa con la limpieza, entonces. He encontrado unos ejemplares muy interesantes, pero me temo que será bastante difícil recuperarlos. Tienen manchas de humedad y yo no sé cómo eliminarlas.

Se dirigió al fondo del local dispuesta a continuar el encargo. Para ello pasó muy cerca del desconocido, que la siguió con la vista y le

dedicó una leve sonrisa. Muy leve, y muy rápida. Tanto que incluso dudó de que se hubiera producido.

Contuvo las ganas de acercarse más y de interrogarlo abiertamente. Pero entró en la zona de la trastienda y se olvidó del mundo durante un rato.

Cuando le sonó la alarma del móvil indicándole que era la hora de regresar a casa, había limpiado y revisado dos libros más.

Dejó la tarea y salió a la librería. Lo primero que hizo fue mirar hacia la mesa del rincón, pero estaba vacía. Paseó la mirada por la estancia, pero no había rastro del hombre.

—Se ha marchado —dijo Genoveva, adivinando su escrutinio.

—¿Ha hecho algo diferente hoy? Es más temprano que de costumbre, yo me suelo ir antes que él.

—Nada nuevo. Es un tipo de costumbres, al parecer. ¿Has encontrado tú algo interesante?

—Nada relevante. He limpiado un par de libros y me marcho ya.

—Hasta mañana, niña.

Salió del local y miró a su alrededor por si el desconocido se encontraba todavía por las cercanías. No había ni rastro de él, y se encaminó a su casa con paso apresurado.

Capítulo 4

La quinta Almeida

Mara llevó a sus hermanas al parque aquel domingo por la mañana, como solía hacer. Pero la tarde, puesto que su madre trabajaría de noche ese día, se la reservó para ella tras el beneplácito de su familia. No explicó sus planes ni tampoco que iría sola porque, en ese caso, las niñas insistirían en que las llevara, y no deseaba compañía. Todos parecían asumir que había quedado con alguna amiga y no les sacó del error.

Una idea daba vueltas en su mente hacía días y necesitaba ponerla en práctica. Y sola, pues dudaba de que alguien entendiera la fijación que había comenzado a sentir por la casona y la familia Almeida.

Almorzó temprano y tomó el tren a Sintra, que circulaba cada media hora, y tras un trayecto de cuarenta minutos, llegó a la ciudad. Hacía mucho tiempo que no la visitaba, la última vez fue en compañía de su padre, que llevó a toda la familia. Subieron también al castillo Da pena, que encantó a todos, en especial a los más pequeños.

Recorrió a paso rápido la distancia entre la estación y el lugar donde la ubicación le indicaba que se encontraba la casona. Había visto fotos de la misma en Internet, pero la realidad la impresionó. Era de piedra oscura y toda la edificación parecía cubierta por un halo de misterio, algo siniestro que le causó escalofríos. No obstante, la rodeó para contemplarla bien por los cuatro costados. Tenía forma de L y dos plantas, coronadas por tejados a dos aguas. Las ventanas se veían desvencijadas y los cristales rotos, y estaba segura de que en más de una ocasión alguien se habría colado dentro. Alguien poco aficionado a los libros antiguos, pues estos habían sobrevivido a cualquier acto vandálico de los que la vivienda hubiera sido objeto.

Al dar la vuelta a la edificación para regresar a la fachada principal, vio una figura que se le acercaba, sin que hubiera advertido su proximidad. Dio un respingo, sobresaltada. No había nadie más por los alrededores, y por un momento, su exacerbada imaginación le sugirió que se trataba de un fantasma del pasado, que le recriminaba que hubiera atisbado por las ventanas, tratando de desvelar los secretos de la quinta. Pero el visitante no tenía nada de siniestro y sí mucho de conocido. Cuando lo tuvo cerca reconoció al misterioso hombre que visitaba la librería por las tardes. Él se detuvo a pocos pasos de Mara y la observó con atención.

—¿Qué haces aquí? —inquirió molesta.

—Yo podría preguntar lo mismo, pero responderé. Debo confesar que te he seguido. Me pareció verte desde mi ventana y no estaba seguro de que se tratase de la chica de la librería Alfama. Esto está muy lejos de tu entorno.

—¿Y has decidido seguirme? Eso no es muy correcto.

—Lo admito, pero la curiosidad ha podido más que yo, Mara.

Una nueva incomodidad se apoderó de ella.

—¿Sabes cómo me llamo?

—Genoveva, la mujer de la librería, se ha dirigido a ti varias veces por ese nombre. No tiene ningún misterio.

—Pero yo desconozco el tuyo.

—Gustavo Pereira. Ya estamos en igualdad de condiciones.

Le tendió la mano, que ella ignoró. No le gustaba el encuentro y mucho menos que la hubiera seguido.

—¿Vienes tras de mí desde Lisboa?

Él esbozó una sonrisa tenue.

—Claro que no. Solo desde mi casa. Resido a un par de calles de distancia. Ya te digo que me ha parecido extraño verte por aquí.

—¿Vives en Sintra?

—Sí. Es un sitio precioso y tranquilo. La capital es demasiado grande y bulliciosa para mí.

—¿Y te desplazas a Alfama cada tarde? ¿Por qué?

—Yo podría preguntarte también por qué has venido a Sintra hoy. Y más concretamente a los alrededores de esta casa, vacía y abandonada.

—Tengo mis motivos.

—No lo dudo. Yo también los tengo para acudir a la librería. Si me dejas invitarte a un té, podemos explicárnoslos uno al otro.

—¿También sabes que bebo té?

—Soy observador y ni Genoveva ni tú sois muy discretas a la hora de ofreceros bebidas.

—En cambio tú tomas café solo, sin leche ni azúcar.

—También eres observadora.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro masculino.

Mara se encogió de hombros. ¿Debería aceptar la invitación? No solía hacerlo con desconocidos, pero Gustavo no lo era del todo, y la curiosidad pudo más.

—De acuerdo, acepto ese té, pero no en tu casa, si es esa la proposición.

—Jamás invito a una mujer a mi casa en el primer encuentro. Hay una cafetería cerca. Puedes estar tranquila, no voy a violarte ni asesinarte, solo quiero un poco de información.

—¿Sobre mí?

—Sobre libros.

—En ese caso… has dado con mi punto flaco. Adoro los libros.

Abandonaron el solitario paraje caminando uno junto al otro y se adentraron en la pintoresca ciudad. Mara seguía a su acompañante en silencio, sintiendo un poco de inquietud. Si él deseaba información sobre libros, ¿por qué no la solicitaba en la librería?

Llegaron a una cafetería poco concurrida a aquella hora de la tarde, y se acomodaron en una de las mesas. Gustavo se acercó a la barra para pedir las consumiciones y Mara lo observó con detenimiento. Vestía un pantalón vaquero y un jersey negro de cuello redondo, y parecía más alto que en la librería.

Cuando él se sentó a su lado, depositando las bebidas sobre la mesa, Mara aguardó a que iniciara la conversación.

—Espero que el té sea de tu gusto. No sé si es el que tomas de forma habitual.

—Sí, ningún problema con eso. Me gustan todos los tipos de tés.

—¿Con qué hay problema entonces?

—Todo esto es muy raro, Gustavo. Tú eres muy raro.

—Y me lo dice alguien que daba vueltas alrededor de una quinta abandonada situada a treinta kilómetros de su casa.

Mara se envaró, inquieta.

—¿Sabes dónde vivo?

—Cerca de la librería, sin duda. Te escuché decir una tarde a Genoveva que te marchabas porque debías estar a las siete en casa,

y eran las siete menos diez. Salvo que puedas teletransportarte, tu domicilio no debía estar lejos

—Pensaba que me habías seguido en otra ocasión.

—Esta es la primera, lo prometo. Y solo porque me ha extrañado verte tan lejos de Alfama y caminando en una dirección donde no hay mucho que ver en el aspecto turístico. Y no me llames Gustavo, prefiero Gus.

—Gus entonces. ¿Vas a decirme ahora por qué acudes a la librería cada tarde?

—Busco libros.

—Por lo que sé ,aún no has comprado ninguno.

—No he encontrado nada interesante.

—¿Qué te interesa en concreto?

—Libros antiguos. Los que estaban en la quinta Almeida y ha comprado Genoveva.

—¿Cómo sabes eso?

—Tengo mis contactos. Quería comprarlos yo, pero estaba de viaje y llegué tarde, ya se habían vendido.

—¿Para qué deseabas adquirirlos? ¿Tienes una librería también tú?

—Soy restaurador y estoy convencido de que habrá ejemplares que, después de pasar por mis manos, le interesarán a algún coleccionista.

—¿Piensas que hay algún libro valioso? Por lo que he visto, no hay primeras ediciones.

—Valiosos tal vez no; interesantes, seguro.

—De modo que por eso te levantas de la mesa cada vez que Genoveva saca un ejemplar de la trastienda, lo buscas y lo hojeas.

—Justo por eso. No hay más misterio en mi actitud.

—Por el momento estamos sacando los que se encuentran en mejor estado y solo necesitan una limpieza. Hay otros que están de

pena y requerirán la mano de un profesional.

—Yo soy restaurador, ya te lo he dicho. Tal vez Genoveva quiera vendérmelos.

—Eso tendrás que preguntárselo a ella, pero suele vender los que son más modernos. De los antiguos le cuesta desprenderse, son como sus hijos.

—¿Incluso de los que están en mal estado?

—¿Te desprenderías de un hijo enfermo?

—Tal vez yo pueda «curarlo».

—¿Eres muy caro? La librería no da muchos ingresos, apenas cubre gastos.

—Podríamos negociar. Lo hablaré con ella la próxima vez que acuda a Alfama. Ahora te toca a ti contarme qué hacías dando vueltas por la quinta Almeida.

—Desde que Genoveva compró los libros siento mucha curiosidad por la casa y deseaba echarle un vistazo.

—¿Curiosidad malsana?

—Por supuesto que no. Pero no es normal que una vivienda de ese tipo lleve tantos años abandonada. ¿Sabes algo de la familia que la habitaba?

—Los Almeida.

—Sí. No he encontrado mucha información sobre ellos. Seguro que hay alguna leyenda.

—Por lo que sé, la última habitante murió sin descendencia, y el linaje se extinguió. Nada de leyendas. ¿Por qué te interesa tanto saber de ellos?

No quiso hablarle de la nota, seguro que pensaría que era una fantasiosa romántica.

—Estudio Historia y estoy convencida de que dentro de la Historia con mayúsculas hay muchas pequeñas historias personales igual de

interesantes. Me encanta buscarlas.

—¿Piensas que en la casa Almeida también las hay?

—Estoy convencida. Pero no he hallado mucho en Internet.

Gustavo la miró con atención. Los ojos marrones habían comenzado a brillarle y supo que aquella mujer era capaz de apasionarse con cosas que no interesarían a la mayoría de las féminas. Y eso le gustó.

—Tal vez haya otros sitios donde buscar.

—Si los hay, los encontraré. Ahora tengo que irme —dijo mirando el reloj—. Debo estar en casa…

—A las siete.

—Hoy puedo quedarme un poco más, pero los trenes salen cada media hora y, si pierdo el próximo, me retrasaré mucho.

—¿Te espera un marido controlador?

—Una familia numerosa que necesita de mi ayuda —comentó sin ganas de dar más explicaciones.

—Si quieres quedarte un poco más, puedo llevarte de vuelta en el coche.

—No, gracias. Prefiero el tren.

—Como desees.

Se levantó dispuesta a abonar su consumición.

—Ni se te ocurra —rehusó Gustavo—. Te he invitado yo.

—No suelo dejarme invitar por desconocidos.

—Ya no lo somos. Y espero que, cuando nos veamos en Alfama, intercambiemos algo más que miradas.

—Supongo que te refieres a palabras.

—Por supuesto —afirmó con una sonrisa—. Y libros.

Ella se levantó y salió de la cafetería en dirección a la estación de tren. La tarde se le había pasado en un suspiro. Hacía mucho que no mantenía una conversación con un hombre atractivo, y debía

reconocer que Gustavo Pereira lo era. Su voz grave y cadenciosa resonó en sus oídos durante todo el trayecto de vuelta a Lisboa. Su madre y su abuela tenían razón, estaba falta de contacto con personas de su edad, con hombres, sobre todo. Pero lo de aquella tarde había sido algo excepcional, volvía a su rutina. Sin embargo, lo hacía con una sensación de euforia que hacía años no sentía.

Capítulo 5

El restaurador

Gustavo regresó a su casa después de despedirse de Mara. No sé arrepentía de haberla seguido cuando la vio pasar junto a su ventana. Se encontraba en el taller, situado en la planta baja de su casa, cuando, al mirar hacia la calle por pura casualidad, la vio venir por la acera. La reconoció al instante y se preguntó qué haría en Sintra, sola y mirando el teléfono móvil como si siguiera una dirección en él.

La chica le había llamado la atención en la librería desde el primer momento en que la vio. Parecía tan seria, tan diferente a las mujeres de su edad, que le intrigó. Se encontró esperando que apareciera cada tarde para tomarse un té y, a continuación, conectar su *tablet* a Internet. También para realizar misteriosas visitas a la parte posterior de la librería, desapareciendo al igual que la dueña de la misma, tras el último estante repleto de libros.

Debía tener una relación estrecha con la dueña del local, algo que le aclaró ella misma una tarde al servirle un café, afirmando que la mujer y ella eran amigas. Nadie más tenía acceso a esa parte de la

librería.

Cuando la vio pasar bajo su ventana no se lo pensó, dejó la tarea que tenía entre manos y, sin molestarse en ponerse siquiera una chaqueta, salió de casa para seguirla. Su sorpresa fue aún mayor cuando vio que se encaminaba hacia las afueras, hacia la abandonada casa de los Almeida, la que tanto interés le había generado a él mismo. Sintió que había entre los dos una especie de conexión y, sin poderse contener, se hizo visible ante sus ojos. Deseaba saber qué hacía allí, rodeando la propiedad con la curiosidad pintada en el rostro.

La conversación que habían mantenido mientras tomaban una bebida caliente le confirmó su sospecha. No era una joven convencional, sino alguien tan bibliófilo como él. No era fácil encontrar personas con su misma afición, con el mismo amor por los libros que él sentía.

El rato que pasaron juntos se le hizo muy corto, conversando y tratando de satisfacer la curiosidad que le generaba, pero la chica se mostraba cauta ante sus preguntas y un poco molesta por lo que ya sabía de ella, y decidió no seguir indagando en su vida. Al menos no aquella tarde. Volverían a verse en la librería y entonces averiguaría mucho más. Tenía la excusa perfecta para que volvieran a hablar, no una, sino varias veces. Mara parecía interesada en la familia Almeida, y él sabía algo de ellos, aunque no se lo hubiera dicho aquella tarde. Prefería dejarlo para otra ocasión, cuando supiera qué buscaba en la casa, porque no era lógico que hubiera tomado un tren y se hubiera desplazado hasta Sintra, en una fresca tarde de otoño, sin un motivo poderoso.

Llegó a casa contento de haber seguido su instinto, había pasado un rato agradable en su compañía, y confiaba en que no fuera el último. Esperaba mantener con ella en el futuro muchas charlas

sobre libros; era la primera mujer con la que compartía esa afición.

***

Mara llegó a su casa y encontró varias caras expectantes e inquisidoras. Ya había pasado la hora del baño de sus hermanas, tarea de la que se había ocupado su madre.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Catarina nada más entrar en la casa.

—Dando un paseo.

—Un paseo muy largo. ¿Con quién?

—No seas curiosa —la reprendió su abuela.

—¿Tienes un novio? —inquirió Joana, que a sus nueve años ya se consideraba lo bastante mayor para saber de asuntos amorosos.

Mara rio imaginando qué pensarían si supieran que sí había estado con un hombre, aunque solo hubieran tomado un té.

—No lo tengo. Solo he ido a dar una vuelta.

—¿Sola?

—Sí, sola.

No mentía, había salido sin compañía y el encuentro había sido fortuito.

—¿Te lo has pasado bien? —quiso saber su abuela.

—Sí —admitió—. Mucho.

—Pues debes repetirlo más a menudo, pero no sola —aconsejó Cata—. Debes buscar amigos de tu edad con los que compartir esos paseos.

—Ya veré —dijo sin comprometerse—. Soy una chica solitaria, y ya sabéis que más vale sola que mal acompañada.

—Mejor bien acompañada, cielo —aseguró su madre.

Se había sentido bien acompañada aquella tarde, pero prefería no

decir nada en casa. A quien sí deseaba contarle el encuentro era a Genoveva, por lo que entró en su habitación a cambiarse de ropa y aprovechó para llamarla. La mujer respondió en seguida.

—Hola, Geno.

—Hola, Mara. ¿Qué ocurre? No me digas que tus hermanas vuelven a estar enfermas y no puedes venir mañana. He encontrado un libro muy interesante que tengo ganas de mostrarte.

—No, todos estamos perfectamente. Te llamo por otro motivo.

—Dime.

—¡Ni te imaginas con quién he estado tomando un té esta tarde!

—Pues ni idea. ¿Un cantante? ¿Un actor famoso?

—Mucho mejor que eso. ¡Con nuestro hombre misterioso de la librería!

—¿En serio? Ya me parecía que te miraba mucho.

—No vayas por ahí, nuestro encuentro ha sido casual. Hoy decidí tomarme la tarde libre y cogí el tren a Sintra para ver de cerca la quinta Almeida. Desde que encontramos aquella nota, me genera mucha curiosidad.

—Ya me he dado cuenta de eso.

—Pues cuando estaba rodeándola para verla por los cuatro costados, me encontré a Gustavo que se acercaba también.

—De modo que Gustavo.

—Pues sí, nos hemos presentado, aunque él ya conocía mi nombre y el tuyo, y me ha invitado a tomar algo. Hemos estado hablando y ya sé el motivo de su presencia en la librería todas las tardes.

—¿Algo misterioso?

—Nada de eso. Es restaurador de libros y estaba interesado en comprar los que tú has adquirido, pero te adelantaste.

—¿Y rondaba la casa por si se había quedado alguno en ella?

—En realidad no, me seguía a mí. Vive en Sintra y me vio pasar junto a su ventana. Esto le generó curiosidad y decidió averiguar qué hacía yo tan lejos de Alfama. No entramos en la casa, es una propiedad privada.

—Claro.

—De modo que, cuando vuelva a la librería, hablará contigo por si quieres venderle alguno de los ejemplares que le interesen. También se ha ofrecido a restaurar los que lo necesiten, si llegáis a un acuerdo en el precio.

—Veo que la tarde ha dado mucho de sí.

—Es un hombre muy agradable.

—Me alegro, Mara. Trataré de llegar a un acuerdo con él, si está interesado en algún ejemplar. A ti tendré que pagarte una comisión como vendedora.

—No hace falta. He pasado un buen rato en su compañía.

—En ese caso…

—Ahora debo dejarte, me esperan para cenar.

—Hasta mañana.

Cuando cortaron la comunicación, Genoveva sonrió. Le vendería a aquel tipo lo que quisiera, le encargaría restauraciones o lo que hiciera falta para mantenerlo en la librería, porque nunca había detectado en la voz de su joven amiga el entusiasmo con que había dicho que había pasado un buen rato con el hombre misterioso, que ya no lo era tanto: ahora era Gustavo.

***

Mara llegó a la librería con una impaciencia nueva. Se había apresurado a recoger la cocina y marcharse más temprano de lo habitual, aduciendo que tenía mucho que estudiar.

Cuando llegó, Genoveva acababa de abrir el local y no había nadie más en el mismo. Sintió un poco de decepción, estaba deseando presentar de forma oficial a Gustavo y que este pudiera hablar con Genoveva de su interés por los libros de la casona Almeida.

—No está —dijo algo contrariada.

—Suele llegar más tarde, eres tú la que hoy se ha adelantado. Aunque tampoco viene todos los días.

—Ya.

No tuvieron que esperar mucho. Gustavo llegó poco después y Mara no pudo ocultar la sonrisa que el hecho le provocó.

—Buenas tardes —saludó al entrar, como solía hacer siempre.

—Hola, Gustavo —respondió Mara.

Él levantó una ceja.

—¿Otra vez Gustavo?

—Gus.

—Así mejor.

Mara desvió la mirada hacia Genoveva que los observaba con sorna. Él se acercó a la mujer y le tendió la mano en un gesto de presentación.

—Gustavo Pereira. Gus para los amigos, y todo amante de los libros es un amigo para mí. Espero que las dos me llamen así.

—Encantada. Yo soy Geno.

Se estrecharon la mano. Mara sintió algo de vergüenza por haberla rechazado la tarde anterior, pero había estado tan desconcertada por su presencia que desconfió de sus intenciones. Para remediar su torpeza, extendió la suya.

—Mara Duarte.

Gus la estrechó y la retuvo unos instantes.

—Encantado. Pero no pienso llamarte por ningún diminutivo, tienes un nombre demasiado bonito para acortarlo. ¿Sabes lo que

significa?

—Pues el significado más usual es amarga o amargura, pero yo prefiero el que deriva del latín y se refiere al mar.

—También hay una acepción que lo asocia con una mujer romántica, que creo que es tu caso.

—¿Me consideras romántica?

—¿No lo eres?

Mara recordó su primer pensamiento sobre la nota encontrada en el libro de Gustavo Adolfo Bécquer.

—Tal vez un poco —admitió.

Gustavo dirigió su atención a Genoveva.

—Supongo que ya Mara la habrá informado del motivo de mi presencia en su librería.

—De tú, por favor —rogó la mujer—. No soy tan mayor. Sí, algo me ha dicho. Estás interesado en los libros que adquirí de la casona Almeida.

—No en todos, aunque los hubiera comprado pues, según me informaron, se vendieron en un solo lote.

—Sí. ¿Cuáles te interesan? ¿Sabes qué contenía la colección?

—Tendría que verlos primero.

—Algunos están bastante deteriorados.

—Seguro que se pueden reparar. Yo soy restaurador y me ofrezco a hacerlo.

—¿Cuánto cobrarías?

—El precio no será un problema. Un médico no se niega a curar a un enfermo que no puede pagar sus honorarios. Seguro que llegamos a un acuerdo. Tal vez mi trabajo a cambio de alguno de los libros.

—En ese caso, puedes echarles un vistazo a los que quedan en la trastienda. Mara, ¿puedes acompañarle tú? Ya sabes que yo debo

permanecer aquí fuera.

—Claro. Pero primero seguro que Gus quiere tomarse su habitual café.

—En seguida lo preparo.

Gustavo se sentó a su mesa del rincón en espera de la bebida. Cuando Mara se la llevó, le pidió:

—¿No me acompañas? Es un poco absurdo que nos tomemos las bebidas cada uno en una mesa, ¿no te parece? Ya nos hemos presentado de forma oficial.

—Como quieras.

Pocos minutos después se sentaba a su lado. En esta ocasión Gus no había cogido ningún libro de las estanterías, como solía hacer.

—¿Llegaste bien ayer a casa?

—Sí.

—Pero hoy sí te tienes que ir a las siete.

—Hoy sí. Me esperan tareas domésticas. Y después intentaré estudiar un rato.

No quiso decirle que aquella tarde no iba a adelantar mucho si debía acompañarlo a la trastienda para que viera los libros, pero no hizo ninguna mención al tema. Podía negarse y pedirle a Genoveva que lo hiciera ella, y quedarse fuera vigilando el local, y estudiando, pero ni se le pasó por la cabeza. Ya estudiaría, aunque fuera de madrugada.

—¿Hace mucho que eres restaurador?

—Unos ocho años.

—¿Es un oficio heredado de la familia?

Él negó con la cabeza.

—Lo único que he heredado de mi familia es el nombre. Hay, por lo menos, un Gustavo en cada generación. Por eso prefiero que me llamen Gus.

—Es un nombre bonito. ¿No te gusta?

—No está mal, pero somos demasiados Gustavo Pereira. En las reuniones familiares, cuando alguien dice Gustavo, todos vuelven la cabeza. Todos menos yo.

—Es un nombre serio y, antes de encontrarnos ayer en Sintra, yo pensaba que lo eras. Ahora tengo mis dudas.

—Soy serio en mi profesión y en mi trabajo. En lo personal, no.

—La restauración de libros no es una profesión muy habitual. ¿Por qué la elegiste?

—Porque no soporto ver un libro estropeado. Yo heredaba los libros escolares de un primo mayor, también Gustavo, que acababan bastante deteriorados, y me hice un curso básico de restauración para repararlos. Y me enganché. Me produce fascinación coger un ejemplar que está mal y volver a darle la forma que tuvo en un principio. O hacer mi propia versión, si el libro es para mí. En cuanto pude, hice los estudios pertinentes para dedicarme a esto de forma profesional.

—¿Trabajas en casa?

—Ahora sí, aunque estuve dos años como ayudante de restauración en una biblioteca. Allí hice contactos, porque mi especialidad son los libros antiguos, y monté mi propio taller.

—¿Se vive bien de eso?

—Se vive, a veces bien y a veces regular, pero no me quejo. No necesito mucho, soy mi propio jefe y organizo mi horario. El ocio y el tiempo libre para mí son inapreciables.

—Yo no tengo mucho de eso, la verdad. La escapada del domingo fue algo esporádico.

—¿No se va a repetir? —preguntó con el ceño fruncido.

—Se repetirá cuando se alineen los planetas. Mi vida es muy complicada en este momento.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Estudio, trabajo y tengo una familia numerosa a la que atender.

—¿Tienes hijos? Eres muy joven.

—Tres hermanos menores, una abuela y una madre que trabaja a turnos muy largos. Nos repartimos las tareas lo mejor que podemos.

—¿En qué trabajas? Siempre estás aquí por las tardes, pero me dijiste que no eras una empleada de la librería.

—Y no lo soy. Estoy empleada por las mañanas en una floristería del barrio. Aquí vengo a estudiar porque en mi casa es imposible entre mis hermanos, mi abuela, la televisión… Este es mi remanso de paz.

—¿Yo te voy a impedir estudiar esta tarde? Si vas a acompañarme a la trastienda a revisar los libros…

—No te preocupes. No puedo resistirme a pasar un rato revisándolos; me interesa mucho la opinión de un experto.

—Vamos entonces. Intentaré no entretenerte mucho. Les echaré un vistazo por encima y ya iré sacando los que me interesen para examinarlos con más detenimiento.

Dejaron las tazas a Genoveva para que las lavara y se dirigieron a la trastienda. Había todavía muchos ejemplares en las cajas, y otros, los que estaban pendientes de restauración, apilados sobre una mesa.

Gustavo los fue mirando con rapidez, cogiéndolos con manos expertas, y haciéndose una idea de la colección. Había libros muy interesantes, que trataría de comprar porque, una vez restaurados, los podría vender a alguno de sus clientes habituales. Otros los deseaba para sí. Pero no encontró el que andaba buscando.

Pasado un buen rato, salieron a la librería y Mara se sentó en una mesa y conectó su *tablet* para aprovechar un rato de estudio.

Gus se acercó a Genoveva con uno de los ejemplares más

estropeados.

—Creo que puedo tener un comprador para este libro, una vez restaurado.

—¿Tú crees? Está muy mal.

—No quiero pecar de prepotente, pero soy bueno en mi profesión. ¿Me dejas restaurarlo y, si lo vendo, nos repartimos los beneficios?

—Trato hecho.

Con el libro en la mano se dirigió a su mesa habitual para examinarlo con detenimiento y evaluar el daño. Pero, cada pocos minutos, desviaba la vista hacia Mara, que parecía absorta en su trabajo. Era una mujer poco convencional y lamentaba no poder ofrecerle un poco, del ocio del que carecía. Le gustaría repetir la tarde del día anterior. Tal vez pudiera reservar aunque fueran unos pocos minutos para verse los domingos.

Capítulo 6

Propuestas

La rutina de las tardes cambió para Mara. Llegaba a la librería siempre con la esperanza de encontrar en ella a Gustavo y, si ya estaba allí, se tomaba el té con él y no con Genoveva. Esta la animaba a hacerlo; en vez de molestarse por que ya no lo hiciera en su compañía, le pedía que atendiera bien al cliente que podía ayudarlas con las restauraciones.

Este se había tomado muy en serio colaborar con la librería en reparar los libros de la quinta Almeida. Se había llevado uno a su taller, tras firmar el correspondiente recibo a Genoveva, y estaba trabajando en él. La restauración llevaría tiempo porque se encontraba muy deteriorado. Según le confesó a Mara, habría que deshacerlo entero, volverlo a coser, cortar y confeccionar unas tapas de cuero acordes a la antigüedad del manuscrito y lo más parecidas a las originales, que estaban inservibles.

A la chica le hubiera encantado verlo trabajar y aprender todo lo que le explicaba, pero apenas tenía tiempo para nada más que estudiar a trancas y barrancas las asignaturas de la carrera en aquel

momento del curso. Aunque la modalidad escogida le permitía dilatar los estudios, deseaba terminarlos cuanto antes para encontrar un trabajo mejor remunerado y que su madre pudiera reducir los turnos. También ella deseaba dejar la floristería, la dueña era bastante tirana con los empleados, pero no había encontrado otro trabajo cuyo horario y cercanía a casa le permitiera continuar los estudios. Aunque su ilusión era dedicarse a participar en excavaciones por todo el mundo, lo más probable era que tuviera que conformarse con la enseñanza.

Aquel viernes, Gustavo llevaba tres días sin aparecer por Alfama. Mara había echado de menos tomar el té con él y el breve rato de charla que esto conllevaba. A su pesar, ese rato no era demasiado prolongado, porque tenía mucho trabajo en la universidad; él permanecía en la librería hasta que ella se marchaba, según le había comentado Genoveva, revisando libros, y en seguida se despedía también.

Al verlo entrar después de su ausencia, sintió una alegría inusitada y una amplia sonrisa curvó sus labios. Genoveva dijo lo que ella no se atrevió.

—¡Hola, Gus! Te hemos echado de menos.

—He estado en Oporto. Un cliente me llamó para que le echara un vistazo a unos libros que ha comprado y necesitan una buena restauración.

—¿Café?

—Por favor. En pocos sitios encuentro un café tan a mi gusto como el que preparáis aquí.

—Es por los granos. Yo misma hago la mezcla —confesó Genoveva cogiendo la cafetera.

La mujer comenzó a preparar la infusión y Gus se dirigió a la que ya consideraba su mesa, en compañía de Mara.

—¿Cómo llevas las clases?

—Más o menos. Estamos a finales del semestre y tengo trabajos que entregar y mucho que estudiar para el examen. ¿Y tú? Supongo que esos libros a los que te referías antes te darán mucho trabajo.

—No me quejo. Llevo una buena racha de encargos, pero eso no significa que deje de lado los vuestros. Puedo alternarlos, porque algunas fases del proceso requieren tiempo para pegarse y prensarse de forma adecuada. Siempre llevo varios trabajos de forma simultánea.

—¿Entonces no dejarás de venir por la librería?

—No es mi intención. Tal vez no pueda hacerlo todos los días durante una temporada, pero, al igual que te pasa a ti, este lugar se ha convertido en un refugio para mí. Aparte de que el café de Geno es insustituible.

—Soy más de té, pero tendré que probarlo.

—Yo también he echado de menos mis visitas a Alfama estos días —confesó Gustavo.

—Geno y yo temíamos que no vinieras más, salvo para entregar el libro que estás restaurando.

—Claro que seguiré viniendo. Esta librería se me ha metido en la piel, tiene algo especial.

—¿Verdad que sí?

Gustavo dio un sorbo a su café con evidente placer.

—Entonces ¿estás muy ocupada ahora con los estudios?

—Bastante.

—¿No podrás permitirte una tarde libre?

—¿Para qué?

—Me dijiste que te interesaba la familia Almeida.

—Mucho.

—He investigado un poco y sé dónde conseguir información sobre

ellos.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Se trata de un coleccionista particular que posee un libro sobre las grandes familias portuguesas. Está descatalogado, es un ejemplar único. He hablado con él y no me permite sacarlo de su casa, pero sí consultarlo en ella. Puedo concertar una visita, si quieres.

—¡Claro que quiero! ¿Cuándo?

—Cuando a ti te venga bien. Yo me organizo los horarios de trabajo a conveniencia.

—Si es una tarde entre semana, deberá ser de cuatro a siete. Salgo de la floristería a las tres y tengo que ir a casa y comer.

—¿Y el domingo? Este señor vive en Cascáis. Con tres horas iríamos un poco justos de tiempo.

—¿Iríamos?

—¡No pensarás que me lo voy a perder! Además, a ti sola no te permitiría verlo, no te conoce y el libro es muy valioso. En coche no tendríamos que depender de horarios de transporte público. Salvo que no quieras que te acompañe, y entonces habría que buscar información en otro lugar.

—Será un placer ir contigo, pero ignoro qué turno tendrá mi madre.

—¿Trabaja en domingo? ¿Dónde?

—En un hospital. Si entra de noche, ella se ocupa de mis hermanas pequeñas durante el día, como aquella tarde que nos vimos en Sintra. Si no, soy yo la encargada de llevarlas al parque por la mañana y de distraerlas por las tardes. Son muy intensas, sobre todo Catarina, la pequeña y mi abuela está mayor. Bastante tiene con ocuparse de la casa y de ellas durante la semana. Los domingos la descargo de esa tarea.

—¿Y tú cuando sales?

—No salgo. Pero veré de arreglarlo para este fin de semana. Te lo confirmo mañana, si vas a venir.

—No estoy seguro de poder hacerlo, debo comprar algunos materiales delicados que no me gusta encargar online. Pero te doy mi teléfono y me lo dices. Si estás libre, intentaré concertar una cita.

—De acuerdo.

Intercambiaron los números de teléfono y terminaron las respectivas bebidas. Después, Mara abandonó la mesa y se dispuso a estudiar un rato. Trataría de aprovechar todo lo posible por si lograba tener libre parte del domingo.

No habría ningún problema por parte de su madre y de su abuela en que saliera, pero se sentía culpable por abandonar una tarea que ella misma se había impuesto. Sin embargo, tenía muchas ganas de saber más de la familia Almeida, y si era en compañía de Gustavo, aún más.

Se dijo que su familia tenía razón, que sentía necesidad de salir y hacer cosas fuera del entorno del hogar. Porque no era lógico que el corazón le latiera con tanta fuerza ante la idea de hacer unas gestiones sobre una familia de cuya existencia unas semanas atrás no tenía ni idea.

A las siete menos diez, como cada tarde, se despidió. Desde su mesa, Gustavo la saludó con un gesto de la mano y se apresuró a llegar a su casa para plantear su posible salida del domingo.

Lo hizo durante la cena. Cata había trabajado de mañana, aunque llegó a casa sobre las siete en vez de a las cuatro y media, con aspecto cansado.

—¿Qué turno tienes el fin de semana, mamá? —preguntó con una voz que trató de que sonara indiferente.

—Seguramente de tarde, ¿por?

No pudo evitar un gesto de decepción.

—Porque pensaba salir, si estabas en casa. Hay unas gestiones sobre un tema de la librería que quería hacer, pero si tú trabajas…

—Si ella trabaja, yo estoy aquí para ocuparme de todo —afirmó su abuela—. Aunque preferiría que salieras a divertirte y no a hacer gestiones.

—No dudes de que voy a divertirme —aseguró con los ojos brillantes y entusiasmo en la voz.

Cata y Camila intercambiaron una mirada y una sonrisa. Era la segunda vez en pocas semanas que Mara salía de la rutina familiar, y eso les agradaba.

—¿Por la tarde?

—En realidad todavía no lo sé. Tampoco es seguro que sea este domingo.

—Da igual, cariño. Nosotras nos ocuparemos. Tú pásalo bien con tus gestiones. Y si no puede ser este domingo, tampoco te vendrá mal dar un paseo para despejarte. Sabemos que te acuestas muy tarde con los trabajos de la universidad y no te relajas lo suficiente.

—No, si no surge, me quedaré en casa.

—Como quieras.

Terminada la cena, se sentía impaciente por comunicarle a Gus que podría acompañarlo el domingo a Cascáis. Sin embargo, era tarde y no tenía confianza con él para telefonearle a las once de la noche. Lo haría al día siguiente.

***

Gustavo recibió la llamada de Mara a la hora del almuerzo. La había esperado con impaciencia, temiendo que la chica no hubiera podido solucionar su problema para ausentarse el domingo. Le apetecía

mucho su compañía, pero también deseaba saber por qué mostraba ese interés por la familia.

Cuando la pantalla del teléfono se iluminó con el nombre de Mara, dejó el manuscrito que estaba cosiendo y se apresuró a responder.

—Hola, Mara. Dame buenas noticias, por favor —pidió.

—He podido solucionarlo y te acompañaré el domingo a Cascáis —respondió ella con alegría—. Si mi madre trabaja de tarde, mi abuela se ocupará de mis hermanas.

—¿Son muy pequeñas?

—Seis y nueve años.

—No lo son tanto; no darán mucha lata.

—Están acostumbradas a que yo ejerza de madre cuando la nuestra trabaja. Esperan que haga cosas con ellas. Además de ocuparme del baño de Catarina y ayudar con la cena.

—No debes permitir que tu familia te acapare hasta el punto de no salir nunca a divertirte. Eres joven y tienes derecho a tu propio esparcimiento.

—Ellos no me acaparan, soy yo la que los he acostumbrado a que puedan contar conmigo en todo momento. Los adoro. ¿Tú no tienes familia?

—Solo padres, tíos y primos, todos adultos y con poco contacto entre nosotros. Nadie a quien cuidar.

—Debes haberte sentido muy solo de niño.

—Tengo tres primos, todos bastante cafres, pero siempre he sido muy solitario. Mi familia han sido los libros desde muy pequeño.

—La mía también hasta que, a los once años, nació mi hermano Tiago, y después, con poco intervalo, las dos niñas. Fui la reina absoluta de mi casa hasta entonces, pero después se acabó la tranquilidad.

—El domingo disfrutarás de un poco de charla adulta. ¿Puedo

pedir una cita entonces? ¿Por la mañana o por la tarde?

—Me da igual. Si es por la tarde podré llevar a mis hermanas al parque como suelo hacer, pero me adapto a tus horarios y, sobre todo, a lo que el dueño del libro desee. No soy quién para imponer nada. ¿Crees que pondrá algún impedimento?

—Es cliente mío y ya lo he consultado con él. Nos dejará echarle un vistazo al libro. Solo esperaba que tú accedieras a acompañarme para concretar fecha y hora. Lo llamo y te digo. ¿Vale?

—De acuerdo. ¿Vas a venir esta tarde a Alfama?

—Me temo que no podré, pero te telefoneo en cuanto sepa algo.

—Gracias, Gus. Ni te imaginas lo mucho que me interesa saber más de los Almeida.

—El interés es mutuo. Hasta luego, Mara.

—Adiós.

Cortaron la comunicación y Gus continuó con su trabajo. Mara salió de su dormitorio para poner la mesa. Faltaban tres días para el domingo y aunque tenía mucho trabajo pendiente de la universidad, se le iba a hacer muy larga la espera.

Capítulo 7

La familia Almeida

Mara se reunió con Gustavo en la puerta de la librería a las tres y media de la tarde. Había rehusado su oferta de recogerla en su casa, si alguna de sus hermanas lo veía echarían al vuelo las campanas de boda, porque nunca la habían visto siquiera con un amigo desde el instituto. Deseaba mantener su amistad con Gustavo lejos de su familia, no quería estar explicando la relación que los unía, porque no lo entenderían. Pensarían que había entre ellos algo que no existía, porque nadie creería que lo único que los unía eran unos libros antiguos y una casona abandonada por una familia que se extinguió sesenta años atrás.

Se había arreglado con esmero, incluso se aplicó un poco de maquillaje suave y favorecedor, y cepilló la melena que le caía sobre los hombros, y que casi siempre llevaba recogida en una coleta. No quiso cambiar sus habituales pantalones por un vestido porque eso suscitaría sospechas de que iba a reunirse con un hombre.

Él la esperaba ya en el lugar del encuentro, apoyado en un Toyota blanco aparcado en doble fila. Ataviado con unos pantalones grises,

jersey del mismo color y una chaqueta negra informal. Ambos se contemplaron antes de saludarse.

—¡Hola! ¿Hace mucho que esperas?

—Diez minutos. Me gusta ser puntual y con el tráfico nunca se sabe.

—¿A qué hora habíamos quedado?

—A las cinco y media, pero, como llegaremos con tiempo, tomamos algo hasta la hora de la cita.

—Me parece bien.

Subieron al coche. El interior del vehículo reflejaba a su dueño, sobrio y elegante. Limpio y pulcro.

—¿Conoces Cascáis? —preguntó Gustavo mientras arrancaba.

—Fui de niña con mis padres, antes de que la familia se volviera numerosa, pero apenas recuerdo nada de aquella visita. Hace mucho que no salgo de Lisboa, casi ni de Alfama. Mi excursión a Sintra fue la primera en mucho tiempo.

—¿Y te gusta?

—¿Sintra? Claro, es preciosa.

—Me refiero a hacer pequeñas excursiones, a recorrer pueblos y entornos.

—Sí, aunque es algo que no he disfrutado de adulta.

—Podrías hacerlo de vez en cuando… Yo ejercería de cicerone encantado, porque es uno de mis placeres. No soy hombre de discotecas ni de fiestas, pero una escapada a un entorno bonito me vuelve loco.

—¿Seguro? Yo diría que solo te vuelven loco los libros.

—Hay más cosas, te lo aseguro, aunque no las dejo ver. No soy tan aburrido como piensas. De vez en cuando salgo de casa, ceno fuera, paseo y me siento al volante para hacer kilómetros.

—No eres aburrido, o tal vez yo lo soy tanto como tú. Me lo paso

bien contigo conversando de libros. Sobre todo, cuando hablas de tus restauraciones, porque tu cara se ilumina y tu voz muestra entusiasmo.

—Tal vez algún día quieras venir a ver mi trabajo en vivo y en directo. A mí me fascina.

—¿Te refieres a visitar tu taller?

—Mi taller se encuentra en la planta baja de mi casa, a poca distancia de la finca Almeida. Soy sintrense, pero mis padres hace tiempo se mudaron a Lisboa. Yo me quedé la casa familiar cuando me independicé, porque el ajetreo de la gran ciudad no me gusta. ¿Tú siempre has vivido en Alfama?

—Mis padres se casaron y compraron la casa en la que vivimos ahora, pero mi madre sí es natural del barrio. Todavía quedan unos años de hipoteca; cuando terminen será un alivio económico. También cuando yo finalice los estudios y tenga un empleo como profesora o historiadora o lo que pueda encontrar.

—¿Qué preferirías?

—Recorrer el mundo de excavación en excavación, aunque creo que ese es un sueño que no me gustaría si se materializara.

—¿Lo que se suele decir de «ten cuidado con lo que sueñas porque se puede hacer realidad»?

—Justo eso. No creo que soportara un largo periodo alejada de mi familia, ni la incomodidad de un campamento con frío o calor. Me gusta dormir en una cama con sábanas limpias, y tener a los míos cerca. Aunque me encantaría disponer de una habitación para mí sola.

—¿La compartes?

—Con mis dos hermanas. Mi abuela duerme con mi madre, y mi hermano Tiago posee un cuartito para él solo, pero minúsculo. Yo al menos tengo espacio para colocar una mesa donde situar el portátil.

Cuando mis padres se casaron no pensaban tener una familia tan numerosa.

—Yo dispongo de una casa grande para mí solo.

—Tal vez algún día tengas una familia con la que llenarla.

—Lo dudo. Las dos mujeres que han pasado por mi vida no han durado lo suficiente para formalizar nada serio.

—¿Tan exigente eres?

—Al contrario. Han sido ellas las que han salido corriendo de un tipo tan aburrido como yo. ¿Y tú? ¿Alguna relación digna de mencionar?

—Poca cosa. En el instituto, pero tampoco sobrevivió al cambio que sufrió nuestra vida tras la muerte de mi padre.

—¿De eso hace?

—Seis años.

—¿Y desde entonces no has salido con nadie?

—¿Alguien aguantaría mi vida y la implicación que tengo con mi familia?

—Si te quiere lo suficiente, sí. El amor, cuando es profundo, soporta muchas cosas.

—Yo no tengo ganas de arriesgarme. No me apetece que me rompan el corazón. ¿Y tú? ¿Cuánto hace de tu última relación?

—Tres años. Hubo un momento en que me planteé pedirle que se casara conmigo, incluso estaba dispuesto a mudarme a Lisboa, pues a ella no le gustaba Sintra. Pero antes de que lo hiciera me dijo que quería dejarlo, que yo no era el hombre de su vida, y que para serlo debía cambiar mucho. Pero nadie cambia, Mara. La esencia de una persona es la que es, y yo he sido así desde pequeño. No disfrutábamos con las mismas cosas ni queríamos lo mismo de la vida, por lo que ahora me alegro de haber puesto fin a la relación. Solo el sexo funcionaba, pero no solo de sexo vive el hombre.

—Amén. —Ella llevaba mucho tiempo sin sexo y consideraba que tenía una vida plena—. ¿Has vuelto a saber de ella?

—Sé que está con un hombre de éxito, carismático y bien posicionado. Yo sigo con mis libros, de modo que todos felices.

—¿Todavía la quieres?

—No. Mi corazón está libre para amar de nuevo, si la vida me diera otra oportunidad.

Habían llegado a su destino y la conversación se centró en buscar una plaza de aparcamiento. Disponían de casi una hora antes de la cita.

—¿Qué prefieres? ¿Tomar algo o dar un paseo?

—Dar un paseo. Apenas recuerdo nada de la ciudad, y me gustaría verla. Aunque si tú quieres un café…

—No sería como el de Geno. Vamos, te enseñaré lo que nos dé tiempo antes de reunirnos con mi cliente.

—Gracias.

Recorrieron el casco antiguo, deleitándose en las calles tranquilas en aquella época otoñal. Para Mara fue como verla por primera vez, y disfrutó mucho de las explicaciones de Gustavo, que parecía conocer bien el entorno. Era un hombre culto y sabía mostrarlo sin resultar prepotente ni cargante.

A la hora señalada, se dirigieron al lugar de la cita. Se trataba de una casa grande, acorde a la opulencia del cliente habitual de un restaurador de libros.

Mara nunca había estado en una vivienda tan lujosa.

Les abrió la puerta una mujer con uniforme negro y blanco y, en cuanto Gustavo se identificó, les condujo a una habitación con las paredes forradas de estanterías llenas de libros. Todos estaban cuidados, nada que ver con el estado en que se encontraban los de la quinta Almeida. Los muebles antiguos y evidentemente muy caros

la hicieron sentir que se encontraba en un museo. Sin embargo, a la casa le faltaba el alma y el encanto que rezumaba la librería de Genoveva.

Un hombre de avanzada edad les aguardaba en la habitación.

—Señor Costa —lo saludó Gustavo—. Le presento a la señorita Duarte. Es colaboradora mía desde hace unos meses.

Mara se acercó a estrechar la mano que el anciano le tendía.

—Encantada, señor Costa.

—Espero que encuentren lo que buscan.

—Yo también. Estamos restaurando los libros que había en la quinta de los Almeida, y sentimos mucha curiosidad por la familia que la habitó. ¿Quién sabe? Tal vez los actuales herederos estén interesados en adquirir alguno una vez reparado.

—Gustavo, si hay alguno que me pueda interesar, hágamelo saber. Ya sabe que siempre estoy dispuesto a ampliar mi colección.

—Así lo haré.

El hombre se dirigió hacia un estante y cogió un libro, con sumo cuidado.

—Esto es lo que han venido a consultar. Por favor, tomen asiento —dijo señalando una mesa sobre la que depositó el ejemplar.

Gus y Mara se acomodaron en sendas sillas y abrieron el libro. Pasaron las páginas despacio hasta hallar lo que iban buscando.

Había bastante información sobre los Almeida, incluido un árbol genealógico:

La quinta fue construida por Joao Almeida en 1840, no había nada con anterioridad a esa fecha. Estuvieron tomando notas en una agenda que Gus había llevado sobre matrimonios, hijos y diversas ramificaciones, pero, de acuerdo con la información que Mara había encontrado en Internet, no era una familia muy prolífica en cuanto a hijos y descendencia. Uno o dos vástagos por cada generación.

Cuando la única descendiente era una mujer, el hijo adoptaba el apellido de la madre en lugar del paterno para perpetuarlo.

Se habían dedicado al comercio, poseían un par de barcos con los que transportaban mercancías entre España y América del Sur, preferentemente Argentina; habían ocupado una posición elevada en la sociedad; se casaban con gente de su misma clase, salvo la última hija, Esmeralda, que permaneció soltera y falleció joven y sin descendencia, acabando así con el linaje.

Tras copiar todo con meticulosidad, devolvieron el libro y Gustavo y el señor Costa mantuvieron una animada conversación sobre pasados y futuros tratos comerciales entre ambos.

Después de reiterar el agradecimiento por permitir la consulta, se despidieron. Eran solo las seis y cuarto de la tarde de un precioso día de otoño.

—¿Te apetece ahora tomar algo o tienes que regresar ya a casa?

—Te mueres por un café, ¿no? —bromeó Mara.

—No, solo me gustaría disfrutar un poco más de nuestra excursión. Todavía queda un rato de luz.

—Debería volver, pero también me apetece quedarme.

—¿Conoces La boca del infierno?

—No. He oído hablar de ella, pero no recuerdo haberla visitado, ni siquiera de niña.

—Está muy cerca. ¿Te llevo entonces?

Asintió, sin ningún deseo de regresar a su casa aún.

Subieron de nuevo al coche.

—¿Estás satisfecha con lo que hemos averiguado de los Almeida?

—No demasiado. Solo son cosas generales.

—¿Qué querías encontrar?

—No lo sé. Algo más personal.

—¿Personal en qué sentido?

Mara decidió hablarle de la nota.

—Encontramos en un libro una nota de lo que me parecía una cita. Me hubiera gustado descubrir una pista sobre quién la escribió y a quién.

—Eso no lo vas a hallar en un libro sobre familias ilustres. ¿Puedo preguntar qué decía la nota?

—Era sobre alguien que no había acudido a un encuentro amoroso. La letra me ha parecido de mujer.

—¿Alguna firma?

—No

—¿Ni siquiera una inicial?

Negó con la cabeza.

—Anónima y sin un destinatario.

—¿Qué habéis hecho con ella?

—Geno la conserva. Ambas esperábamos encontrar alguna respuesta en uno de los libros, pero hasta el momento no he hallado nada. Y hoy tampoco. La podía haber escrito cualquiera de las mujeres de la familia, durante los dos siglos que habitaron la casa.

—¿Me dejaríais verla? Tal vez el tipo de papel nos dé una pista de la fecha en que fue escrita. Y con lo que hemos anotado hoy, es posible que podamos hacernos una idea de quién fue la misteriosa mensajera.

—Mañana se lo diré a Geno. Tal vez tú nos ayudes a averiguar algo más. No se me había ocurrido que tú entiendes de tipos de papel antiguo.

—Hasta cierto punto; no prometo nada.

Habían llegado a su destino.

—La boca del infierno es un conjunto rocoso erosionado durante siglos por el mar, que en los días de temporal hace un ruido infernal, de ahí su nombre —explicó Gustavo mientras se acercaban a

contemplar el enorme agujero excavado en la roca por el que circulaba el agua—. Hoy no es el caso, pero te aseguro que en los días malos el sonido resulta atronador.

—Es impresionante.

—Hay una leyenda.

—Esa la conozco. Sobre una pareja de amantes que huía de un hechicero, enamorado de la chica, que mediante un conjuro abrió las piedras para que el mar se tragara a los fugitivos.

—Exacto.

Recorrieron el entorno, disfrutando del paisaje y sacando instantáneas con el teléfono móvil durante un rato de todos los ángulos posibles. Gus le hizo algunas a ella desde el mirador. Estuvo tentada de pedirle que se hicieran un *selfie* juntos, pero lo descartó. No quería que pensara que tenía algún interés en él.

Mara había visto fotografías del conjunto, pero ninguna se podía comparar a la experiencia de encontrarse allí. El sol comenzó a descender, y supo que había llegado el momento de regresar. Se sintió un poco como Cenicienta al dar las doce.

—Creo que debemos volver a Lisboa —dijo con pesar.

—Tú mandas —aceptó Gustavo, dirigiéndose al coche de nuevo—. Pero me gustaría traerte un día de temporal para que puedas apreciar toda la belleza del lugar en su apogeo.

—Me encantaría.

—Te tomo la palabra, entonces.

Subieron al coche y emprendieron el regreso. Mara se había mostrado muy dicharachera durante la ida, pero apenas encontraba tema de conversación mientras el coche devoraba los kilómetros que la acercaban a casa. La tarde pasada en compañía de Gustavo se le había hecho muy corta, y esperaba que él hablara en serio al proponerle repetir la excursión cuando hiciera mal tiempo.

—¿En qué piensas? —preguntó Gustavo al verla tan ensimismada.

—En lo mucho que tengo que estudiar esta noche para compensar este rato de esparcimiento —mintió.

—Espero que al menos haya valido la pena.

—La ha valido con creces.

—¿Aunque no hayas encontrado lo que buscabas en el libro de Costa?

—Aun así. Me lo he pasado muy bien, y ver este espectáculo de la naturaleza ha sido algo increíble.

—Yo también he disfrutado mucho. Cuando quieras, o puedas, repetirlo, solo tienes que decírmelo. Ya sabes que soy mi propio jefe.

—Te tomaré la palabra.

Llegaron a Lisboa antes de lo que deseaban. Mara insistió en que la dejara en la puerta de la librería en vez de acercarla a su casa, y bajó del coche.

—¿Vendrás mañana? —preguntó antes de alejarse por la acera.

—Si Genoveva trae la nota, sí. Solo un rato. También yo tengo trabajo pendiente y me gusta cumplir con los plazos.

—Hablaré con ella y te llamo. Hasta mañana, Gus.

—Adiós, Mara.

Capítulo 8

La nota

Mara llegó a la librería temprano aquella tarde. No había podido hablar con Genoveva la noche anterior después de regresar a casa, pues Catarina la acaparó hasta que se quedó dormida. La niña quiso que jugara con ella, que la acostara y que le leyera un cuento, que fueron más de uno, y no pudo ni quiso negarse. Se sentía un poco culpable por haber disfrutado tanto aquella tarde mientras su abuela se ocupaba de las pequeñas. Camila las cuidaba y las atendía, pero no jugaba con ellas, ni les leía, ni las distraía más que poniéndoles programas infantiles en la televisión.

Cuando al fin su hermana se durmió ya era tarde para telefonear a Genoveva, que se iba temprano a la cama, por lo que le mandó un mensaje antes de entrar en la floristería pidiéndole que por la tarde llevara la nota a la librería.

Gustavo no había llegado aún y ambas mujeres tuvieron tiempo para charlar con intimidad. La clientela habitual solía llegar más tarde.

—¿Tienes la nota? —preguntó tras los saludos.

—Sí. ¿A qué se debe tu petición?

—Gus quiere verla. Como ya te dije, ayer fuimos a visitar a un bibliófilo para consultar un libro que tenía información sobre los Almeida.

—¿Descubristeis algo interesante?

—Solo cosas generales; nada que aclare la identidad de la remitente de la nota o de a quién iría dirigida. La conversación posterior sobre lo averiguado dio pie a que le hablara de nuestro hallazgo y me dijo que, si veía el tipo de papel, podía saber la fecha en que se escribió con cierta aproximación. Puesto que encontramos un árbol genealógico, tal vez supiéramos el nombre de la persona que la envió.

—Pues aquí la tengo, pero Gustavo aún no ha llegado.

—Dijo que vendría solo un rato, ya que tiene bastante trabajo en estos momentos.

—¿Y qué tal la tarde con él?

—Muy bien. Además de visitar al señor Costa para consultar el libro, hicimos un poco de turismo; me enseñó la ciudad y después me llevó a la Boca del infierno, que no la conocía a pesar de estar tan cerca.

—Es un hombre muy agradable, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te gusta?

—Tú acabas de decirlo; es muy agradable y a todo el mundo le gusta la gente así.

—No me refiero a eso.

—No puedo permitirme otra cosa, Geno. No con mis circunstancias familiares.

—Eso son tonterías. Y no es lo que te he preguntado. ¿Te gusta como hombre?

—Podría gustarme.

—Tampoco es una respuesta.

—Aparte de que él tampoco busca una relación, no tengo tiempo para un hombre en mi vida. Exigiría dedicación, y ya me faltan horas del día para todo lo que tengo que hacer. No permitiré que una pareja me cuestione lo que hago por mi familia, ni me mande al diablo por no dedicarle el tiempo suficiente. Ya me pasó y no volverá a suceder. Me permitiré enamorarme cuando termine la carrera, tenga un trabajo estable y tiempo para mí misma.

—¿Y Gus?

—Gus es un hombre con el que coincido en la librería, nos tomamos una bebida juntos y hemos salido a buscar una información que me interesa debido a sus contactos. Nos llevamos bien, me agrada conversar con él, pero eso es todo. No dejaré que haya nada más.

—¿No saldrás con él otra vez?

Mara se encogió de hombros.

—Sugirió volver a la Boca del infierno un día de temporal, pero supongo que es de esas cosas que se dicen en el momento y se olvidan.

—¿Y lo harás, si te lo propone?

—Depende de si puedo encajarlo en mis obligaciones. Ya conoces mis prioridades.

—Haz un poder, aunque solo sea para salir de la rutina, niña. No tienes que empezar una relación con él, pero no te niegues divertirte y disfrutar un poco, en cualquier terreno. Por lo que he visto, compartís gustos y aficiones. Hoy en día no hace falta un matrimonio, ni siquiera un noviazgo, para darle una alegría al cuerpo. Y Gus está de muy buen ver.

—Te pareces a mi abuela, que siempre insiste en eso, sin

mencionar el sexo, claro. Pero mi cuerpo está muy oxidado en ese terreno, me daría hasta vergüenza.

—¿Vergüenza por qué?

—Porque hace mucho tiempo que no estoy con un hombre. De hecho, nunca he estado con uno, solo con un chico cuando los dos éramos muy jóvenes y bastante inexpertos. No sabría qué hacer con alguien como Gus, que ha tenido pareja y admite que el sexo era lo mejor de la relación.

—Seguro que sí sabrías. Y si no, que te enseñe. A todo hombre le gusta iniciar a una mujer en los entresijos del amor carnal.

—Hablas como mi abuela, Geno. Hoy se dice sexo y nada más,

—Como se diga, es lo mismo. Deberías hacerle caso, aunque solo se trate de salir a divertirte. ¿Le has hablado de Gustavo a alguien de tu familia?

—No hay nada que hablar sobre él.

—¿Ni siquiera como amigo? ¿Con quién piensan que estuviste ayer?

—Sola. Dije que debía hacer unas gestiones para tu librería.

—¿En domingo? ¿Se lo han creído?

—No han dicho lo contrario. En realidad, es lo que hice.

—Y turismo.

—También.

—Mira, ahí llega Gustavo. ¿No te parece guapísimo?

Mara sonrió sin responder a la pregunta. Claro que se lo parecía.

El aludido entró con gesto sonriente y una bolsa de papel en la mano.

—Ya he terminado la restauración del libro que me llevé —comentó después de dar las buenas tardes.

Lo sacó ante la mirada atónita de las dos mujeres. No quedaba rastro del deterioro que había mostrado con anterioridad. Geno abrió

la cubierta con cuidado.

—Puedes manipularlo sin miedo, no se te va a deshacer en las manos.

—Es una maravilla, Gus —afirmó Mara.

—Las tapas son nuevas, pero yo diría que igual a las que tenía deshechas.

—El cuero con el que están confeccionadas no tiene la misma antigüedad, pero la he hecho idéntica a la original. En eso consiste una restauración, en reparar sin cambiar.

—Es un trabajo excelente, Gus. Pásame la factura —apremió Genoveva.

—¿No quedamos en que trataría de venderlo y nos repartiríamos los beneficios?

—Pero has hecho un trabajo, y muy bueno. En ese caso, tu porcentaje debe ser mayor.

—Y tú eres la dueña, la que pagó por él. Al cincuenta por ciento; si no lo vendo, ya hablaremos de honorarios, pero creo que tendrá salida.

—De acuerdo.

—¿Tuviste problemas anoche por llegar más tarde? —preguntó dirigiéndose a Mara.

—Claro que no. A mí nadie me obliga a estar a una determinada hora en casa. Si un día llegase de madrugada, tampoco pasaría nada, solo les extrañaría porque no es habitual en mí.

—Me alegro. Así, cuando vayamos otra vez a la Boca del infierno, podemos quedarnos un poco más, porque de noche es impresionante.

Genoveva miró a Mara y alzó una ceja.

—Ese día avisaré de que llegaré tarde.

—¿Me podéis enseñar la nota que encontrasteis en el libro? —

preguntó Gustavo cambiando de tema.

Genoveva la sacó de un cajón que había debajo del mostrador. Él la cogió con cuidado y la contempló con detenimiento, palpando el papel con la yema de los dedos. Después cogió una lupa que extrajo de la mochila que llevaba a la espalda y recorrió la escritura.

—Está escrita con tinta —añadió Genoveva.

—Te equivocas, es bolígrafo, pero de los primeros que se comercializaron sobre mitad del siglo pasado. Eso nos da una idea de la fecha aproximada en que se escribió. El papel tampoco es demasiado antiguo, de principios del siglo XX como mucho. De buena calidad.

—Parece arrancado de algún sitio.

—Probablemente de una agenda o un diario —corroboró Gustavo —. Cortado, no arrancado. De ser así presentaría bordes más irregulares.

—Pues eso nos indica que la nota debe pertenecer a una de las últimas generaciones de Almeida —sugirió Mara.

—Creo que tengo una idea. Yo… no he sido del todo sincero cuando hablé de mis motivos para venir a la librería, Geno.

Las dos mujeres tensaron el rostro.

—Además del interés por los libros, que lo tengo, también buscaba respuestas. Creo que sé quién es el destinatario de esa nota.

—¿Quién?

—Mi abuelo. Otro Gustavo.

Los ojos de Mara se agrandaron por la sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

Gus sacó de su mochila un sobre del que extrajo un pequeño fajo de papeles doblados. Cinco o seis, no más.

—Él falleció hace poco y, desalojando su casa, encontramos esto. Yo juraría que la letra es la misma de la nota que tenéis vosotros.

Genoveva desdobló uno de los papeles cuidadosamente plegado en cuatro partes.

—Lo es, sin ninguna duda. El tipo de papel también parece el mismo.

—En las notas encontré referencias a la quinta Almeida y a sus libros, por eso traté de comprarlos. Al saber que ya habían sido adquiridos por la librería Alfama, empecé a venir tratando de averiguar algo más. Como así ha sido.

—¿Qué puedes contarnos de tu abuelo? —indagó Mara, muerta de curiosidad—. ¿Has leído las notas? ¿Menciona el nombre de la mujer?

—Primero un café, ¿vale?

—De acuerdo.

Genoveva se apresuró a preparar bebidas para los tres y, puesto que la librería no tenía otros clientes aún, se sentó con ellos a tomarlas y a escuchar lo que Gustavo tuviera que aportar al enigma de la nota.

—Mi abuelo se llamaba Gustavo Pereira y fue preceptor de una hija de la familia. Debió ser la última, la que murió soltera y sin descendencia.

—Esmeralda —afirmó Mara recordando el árbol genealógico.

—Sí. Aunque no he encontrado en las cartas nada que sugiriera que fuera ella, ni un nombre ni una inicial, por las fechas no puede tratarse de otra. Solo frases de amor y algunas referencias a poemas de Gustavo Adolfo Bécquer sobre amores imposibles.

—Es en un libro de ese autor donde apareció la nota. Ahora háblanos de él. ¿Cómo era? ¿Romántico?

—Para mí era solo mi abuelo. Se casó con mi abuela hace bastantes años, tuvieron a mi padre y a mi tío Mauro, y nunca, que yo sepa, hizo referencia a un amor anterior a ella. O simultáneo. Era

un hombre normal, eso sí, un enamorado de la literatura, como yo. Y muy culto. Tenía libros de poesía, pero nunca le vi leerlos.

—¿Dónde han aparecido las cartas?

—En un compartimento de su escritorio.

—¿Secreto?

—No.

—¿Las tenía a la vista de todo el mundo?

—Tampoco es eso. En un cajón bajo llave, pero nada más. Aunque a mi abuela nunca se le hubiera ocurrido husmear en sus cosas. Ella era el tipo de mujer entregada al hogar y a la familia. No le interesaban los libros, y consideraba la cultura en la mujer una pérdida de tiempo. El despacho se limpiaba y nada más.

—¿Podemos leer las cartas?

—Por supuesto, vosotras me habéis permitido ver la vuestra.

—No es más que una nota, con lo que parece ser una cita —comentó Genoveva.

—Una cita a la que él no acudió —añadió Mara—. ¿Hay algo referente a esa ausencia?

—No lo sé, puesto que, al no tener vuestra nota, no sabía qué buscar en ellas. Ahora podemos echarles un vistazo los tres. ¿Tienes tiempo, Mara, o debes estudiar?

—Debo estudiar, pero nada me va a impedir leerlas ahora mismo. Me muero de curiosidad.

—No son muy extensas, no te llevará mucho tiempo.

Después de retirar las tazas de la mesa, Genoveva regresó a su mostrador para atender a un cliente que acababa de llegar, y se quedó en él, dejando a la pareja que leyera con tranquilidad.

Sabía que Mara le contaría con todo lujo de detalles lo que descubriera en los escritos, y deseaba darles un poco de intimidad, si eso era posible en una librería pública. Pero ellos, mientras se

inclinaban sobre las hojas de papel, parecían sumergidos en un mundo privado y alejados de todo.

Sonrió al pensar lo que Mara le había comentado sobre Gustavo y la relación que había entre ambos. La chica podía engañarse al respecto, pero ella era perra vieja y lo que veía hablaba de un interés mutuo y que poco tenía que ver con cartas ni amoríos del pasado. Ese interés por bucear en la historia del abuelo de Gustavo con la chica Almeida solo ayudaría a afianzar lo que ya existía entre ambos.

Deseaba que Gustavo irrumpiera en la vida de su amiga y la sacara del exceso de responsabilidad y la dependencia que sentía hacia su familia, que la hiciera vivir y disfrutar como la chica joven que era, y también, ¿por qué no?, le quitara el óxido que afirmaba tener en sus relaciones sexuales.

Pensaba que lo que tenía era miedo de lanzarse a una relación, a que Gustavo no aceptara su forma de ser y su implicación familiar, pero él no era un hombre corriente y sabría apreciar a la mujer tan especial que era Mara.

Ella haría todo lo posible por darle trabajo a Gus, para acercarlos uno al otro y ayudar a que lo que empezaba como la búsqueda de una historia se convirtiera en una historia por sí misma.

Capítulo 9

Las cartas

Cuando Genoveva los dejó solos, Gustavo extendió las cartas sobre la mesa. No estaban fechadas, pero, a pesar de eso, creía haber establecido una cronología en ellas. Entregó a Mara la que pensaba que era la primera y esta la leyó con interés.

> Hoy la lección sobre geografía ha sido muy interesante, pero apenas podía fijar mi atención en los conocimientos que explicabas. Solo te veía a ti, tus manos sobre el libro que tenías abierto, el tono grave de tu voz hablando sobre países lejanos y delineándolos con la yema de tus dedos. Me siento como si me acariciaran a mí, y soy consciente de que eran otras palabras las que deseabas decirme. Palabras de amor, como las que me expresas a través de los poemas de ese libro de Gustavo Adolfo Bécquer, que usaste en una de las primeras clases y que se ha convertido en el enlace y destinatario de nuestro amor secreto y prohibido.
>
> Dejas caer, como al descuido, un número durante la lección

y yo busco la rima correspondiente cuando me quedo a solas, me deleito con el mensaje que transmiten e imagino que eres tú quien me dice esas bellas palabras, que estas reflejan tus sentimientos, esos que no me puedes expresar abiertamente porque no estamos solos en el aula.

Ayer casi lloré leyendo una y otra vez la rima cuyo número pronunciaste en clase, de una forma absurda: la XXI. Te imaginé sentado junto a mí, con mi mano entre las tuyas y mirándome a los ojos. A fuerza de leerla una y otra vez la aprendí de memoria.

Mara alzó la vista del papel y observó a Gustavo.

—¿Se hablaban a través de las rimas de Bécquer?

—Eso parece. Por lo que he podido comprender, él no podía dejarle a ella notas, y le expresaba su amor a través de poemas del conocido autor español. Ella le respondía dejando cartas entre las páginas del libro. Estas cartas.

—Voy a buscar el ejemplar en el que estaba la nota, tengo que saber qué le decía en el poema número veintiuno.

—Te lo puedes imaginar. Bécquer era muy romántico. Yo también las busqué en casa.

Se levantó y se dirigió a la estantería en la que se encontraba el libro, para regresar poco después junto a Gus. Buscó con rapidez la rima mencionada y leyó bajito con voz emotiva, para que solo pudiera escucharla él.

¿Qué es poesía? Dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía… eres tú.

—¿Crees que ella tenía los ojos azules? —preguntó Mara.

—Pienso que sí, porque no es la única referencia a ese color que hace en los poemas.

—¿Hace referencia a más poemas en el resto de las cartas?

—Sí.

—Ya tenemos un dato más sobre nuestra misteriosa mujer. Por lo que has averiguado del papel y la edad de tu abuelo, tuvo que ser Esmeralda Almeida y tenía los ojos azules. Me siento como una historiadora reconstruyendo el pasado.

Volvió a leer el poema.

—Hay un pequeño círculo junto al número de la rima. ¿Crees que es una señal?

—Podría ser. Veremos si en el resto de las mencionadas en otras cartas también lo hay.

—Dame otra. Esto se pone muy interesante.

Gustavo le tendió un nuevo papel, y los dos inclinaron la cabeza para leerlo a la vez. Desde el mostrador, Genoveva los observaba con una sonrisa en los labios y una certeza cada vez más grande de que entre los dos estaba creciendo algo más que curiosidad por una historia del pasado.

> Hoy la lección ha versado sobre matemáticas, por lo que te ha resultado muy fácil introducir el número noventa y uno. Me mirabas con emoción al pronunciarlo y mi corazón ha brincado deseoso de descubrir tus sentimientos en letras de otro. Pero tú los haces tuyos… nuestros.
>
> Vivo cada día con la esperanza de verte, de hacer de este rato en el aula algo especial a través de nuestras miradas, de nuestros gestos. No podemos permitirnos ser muy explícitos porque siempre hay otra persona con nosotros, vigilando

acechante cualquier posible desliz. No podemos permitirnos un roce, una caricia, solo un lenguaje mudo que hemos aprendido a desarrollar con pericia.

Sin embargo, los sentimientos que expresas en la poesía de ayer me dicen todo lo que nuestras manos y nuestras bocas no pueden. Son intensos y sabes que los míos te corresponden.

Mara se apresuró a buscar el poema y a leerlo con emoción. También había un círculo junto al número de la rima.

—Es una señal sin duda para diferenciar los poemas que llevan mensaje.

—Sí.

Rima XCI

Podrá nublarse el sol eternamente
Podrá secarse en un instante el mar
Podrá romperse el eje de la tierra
Como un débil cristal.

¡Todo sucederá! Podrá la muerte
Cubrirme con su fúnebre crespón
Pero jamás en mí podrá apagarse
la llama de tu amor.

—Era un romántico tu abuelo.

—Nunca me lo pareció, pero es cierto que los hijos, o en este caso los nietos, vemos a nuestros mayores bajo el prisma del parentesco que nos une con ellos. Nunca nos planteamos que han tenido o aún

tienen sus historias de amor, presentes o pasadas, por lo menos yo.

—Yo tampoco. Tengo que preguntarle a mi madre y a mi abuela por las suyas, de las que apenas sé.

—En realidad, quien es una romántica empedernida eres tú. Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad?

—¡Ni te imaginas cuánto! Es como estar en una excavación reconstruyendo el pasado, pero durmiendo en una cama caliente y en agradable compañía. No puedo pedir nada mejor.

—Me alegra que la compañía te resulte grata.

—¿Leemos otra carta?

—No, si continuamos nos pasaremos toda la tarde con ello. Los dos tenemos trabajo que hacer; tú tienes que estudiar, y yo, regresar a casa. He dejado un libro encolado que ya estará en el punto justo para curvarle el lomo. Seguiremos mañana. Así será más emocionante.

—¿Tan complicado es curvar el lomo a un libro?

—Un poco. Tiene que estar lo bastante pegado para que no se deshaga y lo bastante moldeable para cambiar de forma. Un delicado equilibrio. Puedes venir a ver cómo lo hago cuando quieras.

—Cuando termine el examen y entregue todos los trabajos que tengo pendientes, me encantará hacerlo.

—Te tomo la palabra, y tengo muy buena memoria. Ahora me marcho y nos vemos mañana.

—¿No me dejarías las cartas para echarles un vistazo? Te prometo que las cuidaré y te las devolveré intactas.

—No, y no porque no confíe en ti. Sino porque deseo que las leamos juntos. No me quiero perder el brillo de tus ojos mientras lo haces.

—¿Me brillan los ojos?

—Mucho.

—Estoy disfrutando lo indecible con nuestra investigación.

—Prométeme que no vas a buscar más rimas con circulito al lado. Estamos juntos en esto.

Ella rio con ganas. Había adivinado sus intenciones.

—De acuerdo; te lo prometo.

Se levantaron de la mesa y se acercaron al mostrador donde se encontraba Genoveva. Gus depositó el libro sobre el mismo.

—Cuida este libro con tu vida —le dijo—. Y no permitas que Mara se acerque a él hasta mañana, cuando yo venga.

—No lo tocaré, si doy mi palabra soy de fiar.

—Adiós, entonces.

Gustavo se marchó y Mara se acercó a Genoveva.

—El libro de Bécquer no era solo el medio usado para depositar la nota: Esmeralda Almeida mantenía un romance secreto con su tutor o profesor, el abuelo de Gus.

—¿En serio?

—Eso parece. Se comunicaban a través de notas que ella le dejaba en el libro y él le respondía mediante un código numérico que indicaba una rima, en la que le expresaba sus sentimientos.

—¿Por qué crees que actuaban así?

—Supongo que por la diferencia de edad. Ella debía de ser más joven que él, o por la disparidad de clase social. En el libro del señor Costa estaba claro que los Almeida se casaban con miembros de su mismo estatus. Un matrimonio desigual estaba descartado.

—¿Y por qué utilizaban esos códigos secretos para comunicarse en vez de hablarlo en las lecciones?

—Al parecer había alguien más en el aula, vigilándolos.

—Debía de ser un ama o una doncella. En aquella época no estaba bien visto que un hombre y una mujer jóvenes permanecieran solos en la misma habitación.

—Así es. La figura de la carabina ha estado presente durante siglos.

—¿Gus qué piensa de todo eso? Al fin y al cabo, era su abuelo y Esmeralda no era su abuela.

—Está tan interesado como yo en descubrir el pasado. Ninguno de los dos vive ya, de modo que lo que sucediera en la quinta Almeida no puede hacer daño a nadie. Pasara lo que pasara, el amor entre Gustavo y Esmeralda no tuvo un buen fin, y él se casó con otra mujer y formó una familia.

—Ella murió joven.

—Sí, soltera y sin descendencia. Es una pena, pero así fue. Ahora voy a estudiar un poco, porque mañana leeremos alguna otra carta y sabremos un poco más de ese amor prohibido, y me temo que también platónico.

—Muy bien. Aprovecha el tiempo.

Mara se sentó en su mesa habitual, conectó la *tablet* y se sumergió en su trabajo, aparcando hasta el día siguiente la curiosidad por los amores de Gustavo y Esmeralda. Le había prometido a Gus no indagar en los poemas buscando más indicios y lo cumpliría. Le gustaba saber que estaban juntos en aquella aventura y tendría la paciencia necesaria.

***

Aquella tarde, cuando Mara llegó a su casa, su madre estaba levantada —trabajaba de noche esa semana— y dispuesta a ocuparse de las pequeñas.

—¿Puedes bañarlas tú hoy? —preguntó—. Me gustaría dedicar un rato a un trabajo que debo entregar en breve, y no lo llevo muy avanzado.

La lectura de las cartas le estaba quitando tiempo de estudio, pero por nada del mundo renunciaría a ello.

—Por supuesto, cariño.

Se metió en su habitación y cerró la puerta a sus hermanas menores para evitar que la interrumpieran. Quería disponer de tiempo al día siguiente para dedicarlo a la investigación con Gus.

Cuando terminaron de cenar y Cata se marchó al trabajo, acostó a las niñas y Tiago se metió en su pequeño cuarto a escuchar música o chatear con amigos desde el móvil. Se sentó junto a su abuela dispuesta a averiguar más de la mujer que había sido cuando era joven.

—Abuela… si te hago una pregunta un poco personal, ¿te molestaría?

—No lo creo. ¿Qué quieres saber?

—¿A qué edad conociste al abuelo?

—Nos conocíamos desde pequeños, éramos vecinos.

—¿Y siempre estuviste enamorada de él, o hubo algún otro?

Camila miró a su nieta con una sonrisa.

—No estaba enamorada de él desde siempre. Durante muchos años solo fue el hijo de la vecina. Y tuve un pretendiente, trabajaba en una carnicería del barrio donde yo solía ir a comprar. Siempre me obsequiaba con el mejor género, incluso incluía un poco más del peso que le pedía para congraciarse conmigo, hasta que un día me pidió relaciones. Salimos un tiempo, uno de aquellos noviazgos de entonces en los que se paseaba mucho, se hablaba más y ni siquiera nos rozábamos la mano, porque siempre me acompañaba mi hermana. A mí me aburría mucho todo aquello, supongo que porque no estaba lo bastante enamorada. Pero un día tuvimos un problema en casa, una estantería se vino abajo por el peso de las muchas cosas que colocábamos en ella. Mi madre trató de sostenerla para

evitar que la loza se rompiera, pero no podía, y yo acudí a la casa de al lado en busca de ayuda. Y allí estaba él. Vino en seguida, sostuvo la estantería mientras nosotras la vaciábamos del contenido, y se ofreció a repararla. De repente dejó de ser el hijo de la vecina para convertirse en un hombre muy guapo y fuerte.

—¿Reparó la estantería?

—Por supuesto. Se le daba bien trabajar la madera y las reparaciones en general. Me enamoré como nunca lo estuve del carnicero, y él ya lo estaba de mí, pero se mantenía al margen por mi relación. Nos hicimos novios en seguida.

—¿Qué pasó con el otro?

—Pues rompimos. No soy de las mujeres que juegan con dos hombres a la vez.

—¿También mantuvisteis un noviazgo platónico?

Camila lanzó una carcajada.

—Me casé virgen, como era de rigor en aquella época, pero algún escarceo tuvimos y besos… bastantes besos. Buscábamos la ocasión para robar unos minutos a solas.

—Me alegro.

—Vosotros lo tenéis mucho más fácil, sin todas esas mojigaterías de antaño. Aunque a veces se llega al extremo opuesto, a irse a la cama con alguien que apenas se conoce o por quien no se siente nada. Es un error, el sexo, como decís ahora, solo se vive en plenitud si va acompañado de amor.

—Pienso lo mismo.

—Ahora soy yo quien te hace una pregunta personal. ¿Por qué has querido saber de mi vida amorosa? Nunca se te había ocurrido hacerlo antes.

—Porque de repente me he dado cuenta de que tanto tú como mi madre sois mujeres además de abuela y madre. Mujeres que habéis

amado, e incluso podido tener en la recámara algún amorío secreto además del abuelo y el padre que yo conozco.

—De tu madre, no sé nada. Si lo tuvo, nunca me lo dijo. Siempre quiso a tu padre con locura. Solo espero que no se cierre en banda si el amor vuelve a llamar a su puerta.

—No tiene mucho tiempo para romances, la pobre.

—Un hospital está lleno de hombres, Mara. Cata es una mujer que vale mucho, y espero que alguno lo descubra. Tú también lo eres. —Los ojillos vivarachos de la anciana se posaron en su nieta—. ¿Tienes algo que contarme?

—No, abuela.

—¿Seguro? Te noto algo diferente estos días. Más animada, ilusionada casi. ¿Algún hombre?

—Estoy desentrañando una historia del pasado, y eso me gusta mucho. Descubrimos una pista en un libro y estamos tirando del hilo. Es muy emocionante.

A Camila no le pasó desapercibido el plural, pero no continuó preguntando. Mara hablaría cuando estuviera preparada para hacerlo.

—Pues, si no tienes nada más que desees saber sobre mi pasado, me voy a la cama. Tú deberías hacer lo mismo.

—Me quedaré un poco más estudiando, ahora que hay calma en la casa.

—Pero no mucho; tienes que descansar

—No te preocupes. Buenas noches.

Se quedó sola. Le había gustado la conversación mantenida, e intuía que su abuela sospechaba que había entrado un hombre en su vida. No comprendía por qué no le había hablado de Gustavo, del restaurador de libros, del asiduo visitante a la librería Alfama. No hacía falta añadir nada más, ni que lo encontraba muy atractivo, ni

que habían hecho juntos una excusión a Cascáis que tal vez repitieran. Pero, por alguna razón, deseaba mantener a Gus solo para ella.

Capítulo 10

La historia sigue

Mara se retrasó aquella tarde. La floristería donde trabajaba recibió el encargo de preparar diez centros de flores para una cena a última hora, y su jefa le había pedido —más bien exigido— que se quedara hasta terminarlos. Puesto que le pagarían las horas extras, no pudo negarse.

Salió tres horas después de lo habitual y se encaminó a su casa a toda prisa para cambiarse de ropa antes de acudir a la librería. Gus ya habría llegado y la impaciencia la hizo prescindir de un almuerzo en condiciones, solo tomó un sándwich apresurado mientras se vestía, antes de partir hacia su destino. No quería ni imaginar que él se marchase sin esperarla y que tuviera que aguardar otras veinticuatro horas para leer más cartas. Pero, sobre todo, no quería que pensara que había perdido el interés.

Llegó jadeante para comprobar, aliviada, que Gustavo charlaba con Genoveva junto al mostrador, y que entre ambos estaba el libro de poemas que consultarían para descubrir más poesías.

—Perdonad el retraso —se disculpó llegando junto a ellos y

despojándose de la chaqueta.

—Buenas tardes, Mara. Geno y yo nos preguntábamos qué te habría sucedido para retrasarte. Estábamos a punto de llamarte por teléfono para averiguarlo.

—¿Está enferma alguna de las niñas?

—No, nada de eso. He debido quedarme en la floristería hasta tarde. Ha entrado un encargo a última hora y no he tenido ni un minuto para avisaros a ninguno de los dos. Mi jefa no me quitaba ojo de encima. Después, preferí darme prisa en llegar.

—¿Vienes directa desde allí? —preguntó la mujer.

—He pasado por casa para cambiarme.

—Seguro que ni has comido.

—He tomado algo rápido, no te preocupes. Ya cenaré más esta noche. No quería correr el riesgo de que te fueras porque tuvieras encolado algún libro y quedarme sin saber más de la historia de nuestra pareja.

—Hoy no tengo prisa. Pero mientras Geno prepara las bebidas, voy a salir un momento. En seguida vuelvo.

—De acuerdo.

Gus se puso la gruesa chaqueta, pues ya el otoño arreciaba, y salió del establecimiento con paso apresurado.

—¿Dónde va? —preguntó Mara a la mujer que se volvía hacia la cafetera dispuesta a cumplir la petición.

—Sé lo mismo que tú. Pero no tardará, no le gusta el café frío.

—Eso es cierto.

Cinco minutos más tarde, él regresó con un paquete de la pastelería cercana en la mano.

—Hoy vamos a darnos un homenaje con el café. Intuyo que tu almuerzo ha sido más bien escaso. He traído *pasteles de Belem* y unos *toucinhos do chéu*, para que elijas. Geno, también hay para ti.

Te gustan los dulces, ¿verdad?

—Me gustan los dulces —admitió—. Más de lo que mi figura admite.

—Tu figura es perfecta.

Se sentaron los tres a la mesa a merendar y después, fiel a su costumbre, Genoveva regresó al mostrador rehusando la invitación a quedarse, con la excusa de unas facturas pendientes de ordenar.

Mara se dirigió a Gustavo.

—¿Seguimos con las cartas?

—Sí —dijo él extrayendo el sobre y cogiendo otro de los papeles doblados.

> Hoy has utilizado una explicación sobre las supersticiones para introducir el número trece de la rima. Me ha parecido preciosa, sobre todo por lo que me afecta. ¿Cómo sabes que el color de mis ojos nunca me ha gustado? En mi familia todos los tienen oscuros y los míos siempre me han parecido insulsos y me han hecho sentir diferente y poco agraciada. Hasta hoy. Hasta que los he visto con tu mirada.
>
> Me he observado en el espejo y tratado de ver en ellos lo que tú. Me he visto a mí misma como tú lo haces, y me siento feliz de contar con tu admiración y con tu amor que no ve defectos en mí, sino perfección.
>
> Cuando aquella primera vez leíste una rima en clase mirándome entre una línea y otra, con aquella pasión contenida, sentí que algo se agitaba en mi interior. Supe que habías descubierto mi secreto: lo que mi corazón solitario empezaba a sentir por ti y mantenía oculto en lo más profundo de mi ser. Y, sabiendo que varios días después volverías a utilizar el libro para continuar la lección de

literatura, me atreví a dejar una nota entre sus páginas, diciéndote lo mucho que me gustaban tus lecciones. De momento solo fue eso, pero tú mencionaste otro poema en clase y yo lo busqué. Ese fue nuestro comienzo. Así empezó esta historia de amor que llena mi vida de luz y color cada día, iluminando mi triste y solitaria existencia. No me importa que no podamos tocarnos, ni besarnos. Me basta con verte y con saber que sientes por mí lo mismo que yo por ti.

Rima XIII

Tu pupila es azul, y cuando ríes
su claridad suave me recuerda
el trémulo fulgor de la mañana
que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras
las transparentes lágrimas en ella
se me figuran gotas de rocío
sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo
como un punto de luz radia una idea,
me parece en el cielo de la tarde
¡una perdida estrella!

Mara alzó los ojos hacia Gustavo.

—A esto te referías cuando mencionaste otros poemas que confirman el color de los ojos de nuestra chica.

—Sí.

—¿No has encontrado aquella primera carta?

—No; solo las que tengo aquí. Es posible que las destruyeran o que se hayan perdido. En las que he hallado la historia de amor ya parece consolidada. Esta es la única alusión a sus comienzos.

—Sí, de una forma muy bella y romántica. A mí también me gusta mucho Gustavo Adolfo Bécquer. Tengo un libro en casa, no tan bonito como este, pero igual de usado. ¿Te gusta la poesía?

—Me gusta la literatura en general. Leo de todo; poesía también. Casi nunca veo la televisión, cuando termino el trabajo utilizo los libros para mi solaz particular a través de la lectura. Como ves, siempre estoy rodeado de ellos.

—¿Bécquer te gusta?

—Desde que lo leemos juntos, mucho más.

Había un tono suave y acariciador en las palabras de Gustavo y Mara sintió algo agitarse en su interior. ¿Podía el tono de voz decir algo más que las palabras? Imaginó a Esmeralda tratando de descifrar las inflexiones en la de su amado, adivinando a través de ellas lo que no podía decirle.

—¿Tenemos tiempo para otra carta? —preguntó.

—Yo sí. No tengo prisa hoy.

—¿No hay ningún libro que necesite tu atención urgente?

—No.

—En ese caso, vamos a ello.

Gustavo cogió otro de los papeles. Mara lo desdobló con cuidado y comenzó a leer:

Hoy nos hemos besado.

Asombrada, miró a Gustavo. Este sonrió y señaló el papel.

—Sigue leyendo.

A pesar de que la distancia física entre nosotros era la misma de siempre, que nos separa una mesa y un mundo de prohibiciones, he sentido tus labios en los míos. Suaves, cálidos y acariciadores. La rima número XX me ha traído tu aliento, el sabor de tu boca cuando por la noche pude buscarla. La he leído, releído y besado una y mil veces, imaginando que era a ti a quien besaba. Que tus labios se abrían para mí. Ha sido mi primer beso, nunca nadie lo ha hecho jamás, ni siquiera en la mejilla.

Sé que nunca saborearé un beso tuyo, que tus labios están tan prohibidos para mí como el resto de tu cuerpo, que debo conformarme con saber que lo deseas tanto como yo. Que solo puedes besarme con la mirada, como dice la rima. Pero al leerla he sentido el amor que me profesas, el mismo que yo siento por ti. Te quiero.

—Creo que sé cuál es la rima número XX —dijo Mara con un suspiro.

—Yo también la conocía; es una de mis favoritas —susurró Gustavo. A continuación, la recitó de memoria.

Rima XX

Sabe, si alguna vez tus labios rojos
quema invisible atmosfera abrasada
Que el alma que hablar puede con los ojos,
También puede besar con la mirada.

—Me encanta. Aunque es una pena que no pudieran besarse de verdad. Los besos son una de las mejores expresiones que tiene el amor —murmuró soñadora.

—¿Eso piensas? —preguntó Gustavo—. ¿Y el sexo?

—Supongo que también, pero creo que hay más intimidad en un beso. Que permite expresar mejor los sentimientos.

—Eso significa que no te han hecho el amor en condiciones.

Ella se encogió de hombros.

—Podría ser.

Sus experiencias sexuales habían sido satisfactorias, pero pensaba que el sexo estaba sobrevalorado. Por supuesto, Gustavo pensaría otra cosa, pero era un hombre. Más sensible que la mayoría, pero un hombre, al fin y al cabo.

—No existe amor completo sin la entrega total entre un hombre y una mujer —afirmó él.

—No creo que sea necesario el sexo para enamorarse. Mira tu abuelo y Esmeralda, tuvieron un amor platónico, por lo que muestran sus cartas, pero precioso.

—¿Eres tan romántica que te conformarías con un amor así?

Gustavo ahondó en sus ojos. Por un momento le pareció que eran los de su antepasado, que trataba de expresarle con la mirada algo que no le decía con palabras.

—Son otros tiempos. Ahora un amor sin contacto físico es impensable. Y tampoco estamos seguros de que ellos no lo tuvieran.

—Puede que tengas razón. Las cartas no aclaran demasiado. Tal vez en algún momento…

—¿Quedan muchas?

—Solo dos. Si hubo más, yo no las he encontrado. Pensaba que podría hallarlas en los libros que compró Geno.

—¿Y en ellas dice algo que aclare si lo hubo o no?

—Son del mismo estilo de las que ya hemos visto. Pero no vamos a leerlas hoy.

—¿Vas a hacerme esperar?

—Solo hasta mañana. Hoy hemos comenzado más tarde y ya ha pasado tu límite de las siete. Vas a llegar tarde.

—Apenas me he percatado. Tienes razón, me esperan en casa.

Recogió y se despidió de Genoveva, también Gustavo, y salieron a la par de la librería.

—¿Puedo acompañarte?

Mara se lo pensó un momento, pero accedió. Resultaría extraño negarse.

—De acuerdo, pero solo un poco.

—¿Tienes miedo de que averigüe dónde vives?

—No es eso…

Se la veía incómoda con la conversación y cambió de tema.

—Me gustaría invitarte a tomar algo. ¿Podría ser alguna tarde?

—Ya me has invitado a dulces.

—Porque apenas has almorzado

—Tomamos algo juntos todas las tardes.

—En la librería, como parte de un trabajo, de una investigación. ¿Recuerdas cuando nos encontramos en Sintra? Nos sentamos en una cafetería, tomamos unas bebidas, charlamos, y fue muy agradable.

—Tal vez en otra ocasión.

—¿El día que volvamos a la Boca del infierno? Podemos quedar temprano, ir a ver el espectáculo del agua y después cenar juntos en Cascáis.

—Estás muy seguro de que vamos a volver.

—Aceptaste hacerlo. ¿Te echas atrás?

Parecía decepcionado.

—No, pero dijimos que lo haríamos cuando hubiera un temporal.

—¿Dudas de que lo haya? Vivimos en la costa portuguesa, todos los temporales que vienen del Atlántico pasan por aquí, y estamos

en otoño, la época más propicia. Más pronto que tarde se dará la ocasión.

—De acuerdo. Iremos a la Boca del infierno y cenaremos juntos. Ahora, tengo que dejarte, mi casa está ahí delante.

—¿No puedo acompañarte hasta la puerta?

Mara rio.

—¿Cómo si fueras un novio de los de antes? No.

—¿Cómo si fuera un amigo de los de ahora?

—Tampoco. Nos despedimos aquí.

—De acuerdo.

Ella comenzó a caminar en dirección a la casa con paso apresurado. Llegaba tarde y tampoco había avisado.

—¡Mara!

Se giró. Gustavo la contemplaba parado en medio de la acera, sin dar un paso más. El aire agitaba sus cabellos dándole un aire travieso que normalmente no tenía. Se preguntó qué aspecto tendría si le revolvía el pelo con los dedos. O recién levantado. Sacudió esos pensamientos y preguntó:

—¿Sí?

—Cuando terminemos de leer las cartas, ¿dejaremos de vernos todos los días como hacemos ahora?

—Yo seguiré acudiendo a la librería cada tarde para estudiar. Ya sabes que es mi refugio, y Geno es mi amiga. Eres tú quien no tendrá motivo para volver.

—Sí que lo tengo. Me he comprometido a restaurar todos los libros deteriorados de la colección Almeida.

—En ese caso… nos seguiremos viendo.

—¿Y tomando nuestras bebidas juntos?

—Por supuesto… si quieres.

—Claro que quiero.

—Hasta mañana entonces, Gus.

—Adiós, Mara.

La vio alejarse y entrar en la casa. Restauraría todos los libros y se tomaría su tiempo para ello, aunque tuviera que hacerlos y deshacerlos, como hacía Penélope con su labor. Nunca se había sentido tan cómodo con una mujer, que además de resultarle muy atractiva, compartía con él gustos y aficiones. Emplearía el tiempo que fuera necesario para ver adónde les llevaba.

Capítulo 11

Salir del armario

Al salir de la floristería, Mara revisó el teléfono móvil para ver si tenía llamadas o mensajes. Su jefa no permitía el uso del mismo durante las horas de trabajo, y lo dejaba en el bolso, en la habitación trasera, habilitada para guardar los objetos personales y la ropa de abrigo. Si escuchaba una llamada o la vibración de un mensaje se ponía muy nerviosa por no poder atenderlo, imaginando mil situaciones que necesitaran su atención inmediata.

El nombre de Gustavo figuraba en ambas categorías, la de las llamadas perdidas y la de los mensajes no leídos. Optó por atender esto último.

> GUS: Hola Mara. Lamento decirte que un asunto imprevisto y personal me impide ir esta tarde a la librería para continuar con la lectura de las cartas. Me puedo demorar varios días, pero te ruego que me esperes, que no busques

más rimas en el libro sin mí. ¿Lo harás?

Claro que lo haría, a pesar de su impaciencia, porque lo que más le pesaba no era esperar para seguir indagando en la historia de Esmeralda y Gustavo, sino saber que estaría varios días sin ver a Gus.

Trataría de aprovechar el tiempo para estudiar, para terminar el último trabajo que debía entregar, y aguardaría el regreso de su amigo.

No obstante, puesto que él le había telefoneado, se tomó la libertad de devolverle la llamada para averiguar el motivo de su ausencia. Gus no respondió y, decepcionada, se dirigió a su casa, con un humor sombrío.

Se encontró con su madre en la cocina, mientras su abuela descansaba en su sillón habitual. Cuando no trabajaba, Cata se ocupaba de preparar la comida para que Camila pudiera descansar. Aquel era uno de los escasos días libres de que disponía, pues a menudo cubría los turnos de otras compañeras para sacar algo más de dinero con que hacer frente a los gastos de la casa, sobre todo la hipoteca.

—¿Qué hay de comer?

—Macarrones con queso.

Debió imaginarlo. Su madre no era tan buena cocinera como su abuela y no se complicaba mucho la vida con el menú. La pasta no era su comida favorita —aunque la comían a menudo— y pensó que el día no hacía más que empeorar.

Comió sin muchas ganas, manteniendo el móvil en el bolsillo del pantalón en vez de dejarlo en el salón, con la esperanza de que Gus le devolviera la llamada, pero al ver que no lo hacía, se sintió nerviosa e irritada.

—¿Qué te ocurre, Mara? —le preguntó su abuela.

—Nada.

—Pareces distraída.

—Solo pensaba en el trabajo que debo entregar pasado mañana.

—¿Lo llevas adelantado?

—Regular, pero contaré con tiempo para acabarlo. Esta tarde me emplearé a fondo.

La voz le salió más brusca de lo que deseaba al recordar que Gus no acudiría a Alfama.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó Catarina con un puchero.

—Claro que no, cariño. —Suavizó el tono—. ¿Por qué piensas que estoy enfadada?

—Porque tienes la cara muy rara.

—La niña tiene razón, estás muy seria —comentó su madre.

—Solo preocupada por los estudios. Se acerca el final del semestre y quiero terminarlo bien y aprobarlo todo.

—Mara, si no lo logras, no pasa nada. Te exiges demasiado.

—Llevas mucho sobre tus espaldas —afirmó Camila.

—Duerme muy poco —acusó Joana—. A veces me despierto por la noche y ella no está en la habitación.

Cuando todos dormían sacaba la *tablet* al salón para estudiar un rato en la tranquilidad de la noche.

—Estoy bien, no os preocupéis. Siempre me pasa lo mismo en época de exámenes, trabajo mucho y me pongo nerviosa. Pero no estoy enfadada con nadie, Catarina.

El móvil le vibró dentro del pantalón y se apresuró a mirar la llamada con impaciencia. Era un mensaje de Genoveva, advirtiéndole que Gus no acudiría aquella tarde a Alfama. No pudo disimular el gesto de contrariedad al comprobar que no era de él. No respondió.

—¿Es tu novio? —preguntó Joana socarrona.

—Ya os he dicho muchas veces que no tengo novio —explicó malhumorada—. Es Genoveva.

—¿No le respondes? —preguntó Tiago, para quien no responder un mensaje era poco menos que un crimen.

—No necesita respuesta.

—Dejadla tranquila —advirtió Camila.

—Gracias, abuela.

Terminó de comer y ayudó a quitar la mesa. En esa tarea participaba toda la familia, pequeños y mayores.

—Yo me ocupo de los platos, aprovecha tú para estudiar —comentó Cata dirigiéndose a la cocina.

En circunstancias normales habría rehusado el ofrecimiento, dándole a su madre un rato de descanso, pero se encontraba nerviosa y no le apetecía seguir en contacto con su familia, que la observaba con mal disimulada curiosidad.

—Me voy a la librería, seguramente ya estará abierta.

—Hasta luego, cariño. Hoy no trabajo, no es necesario que vengas tan temprano, yo me ocupo del baño de Catarina y de la cena. Aprovecha para estudiar o lo que te apetezca.

«Precisamente hoy que no viene dispongo de más tiempo», pensó malhumorada.

Salió de la casa y se dirigió a la cafetería con paso relajado. Volvió a mirar el teléfono para comprobar que no tenía ninguna llamada. Tampoco había respondido al mensaje de Gus. Lo hizo en aquel momento, de forma escueta.

MARA: Esperaré.

Y entró en Alfama dispuesta a aprovechar la tarde para terminar el trabajo que debía entregar en breve.

—Hola, Mara. ¡Has visto mi mensaje? —preguntó Genoveva al verla llegar.

—Sí. También me avisó a mí. ¿Te ha dicho el motivo?

—Algo personal, pero no especificó nada.

—Ya. Personal engloba una amplia gama de situaciones. Le llamé para preguntarle, pero ni descolgó ni me ha devuelto la llamada.

—¿Eso te molesta?

—¡Claro que no! Solo me preocupa, porque anoche quedamos en vernos hoy aquí. Me acompañó hasta casa —aclaró.

—Ya nos enteraremos, si quiere contarlo.

—Supongo que sí. Voy a trabajar, tengo tarea pendiente. Hoy puedo quedarme más tiempo, mi madre no trabaja.

Se sentó en su mesa habitual y Genoveva le llevó el té. Le supo diferente a los demás días, y lo bebió mientras tecleaba tratando de concentrarse en el trabajo y olvidar la llamada y el mensaje no respondido.

***

Mara acababa de llegar a su casa. Eran las ocho y media y había casi terminado el trabajo, solo le faltaba un último repaso y consultar varias fechas en las que tenía dudas. El sonido del teléfono la sobresaltó, ya no esperaba que Gustavo le devolviera la llamada. Al ver su nombre en la pantalla, se apresuró a salir de la cocina y dirigirse a su cuarto, mientras descolgaba.

—Gus… —dijo sintiendo un enorme alivio en su interior.

—¿Te pillo en mal momento?

—No te preocupes, estoy en casa, pero puedo hablar.

—Perdona por no haberte devuelto la llamada antes, pero estaba conduciendo cuando la recibí y después se me ha complicado el día.

—Espero que no te suceda nada malo.

—Bueno no es, la verdad, pero no se trata de mí. Estoy en Braganza. Un hermano de mi abuelo ha sufrido un infarto esta madrugada y hemos venido a toda prisa. Mi padre ya no conduce largas distancias y le he traído yo.

—Lo siento.

—Es muy mayor y los años no perdonan.

—¿Cómo se encuentra?

—Estable. De momento solo nos pueden decir eso, pero no pinta bien. Lo más probable es que tenga que permanecer aquí unos cuantos días hasta ver cómo evoluciona. Si la cosa se alarga regresaré, no me puedo permitir estar demasiado tiempo sin trabajar.

—Por nuestra investigación no te preocupes. Hoy he aprovechado para casi terminar el trabajo del que te he hablado y estudiaré mucho en tu ausencia.

—Soy una distracción para ti, ¿verdad?

—Tú no, la historia de tu abuelo. Pero me resulta irresistible.

—Voy a tratar de averiguar algo más sobre su juventud, ahora que estoy aquí.

—¡No irás a interrogar a un anciano que ha sufrido un infarto!

—A él no, pero sí a mi tía abuela. Eran tres hermanos, y tal vez ella pueda aclararme algo sobre la etapa de mi abuelo como profesor en casa de los Almeida. No pierdo nada por probar.

—¿Tu familia vive en Braganza? Creí que todos erais de Sintra.

—Mi tío abuelo se mudó al casarse y se llevó a su hermana soltera con él.

—La que pretendes interrogar.

—Interrogar es una palabra muy fuerte. Más bien sonsacar.

—Si descubres algo, me lo dices.

—Por supuesto. Me gustaría que estuvieras aquí para hacerlo juntos, pero imagino que un viaje hasta Braganza está descartado para ti.

—Totalmente descartado, y más en esta época del curso. Confío en ti para que lleves a cabo la gestión. Lo más probable es que tu tía abuela se niegue a hablar delante de una desconocida, contigo tendrá más confianza.

—No te presentaría como una desconocida, sino como una buena amiga. Aunque, con lo romanticona que es, lo más probable es que pensara que somos algo más.

—Estamos rodeados de celestinas. Hoy me ha enviado Geno un mensaje durante el almuerzo y mi hermana me ha preguntado si era de mi novio.

—¿Por qué ha pensado eso? ¿No os comunicáis a menudo?

—Sí, pero últimamente, con tanta salida, creen que tengo un novio o algo semejante.

—Te refieres a tus salidas conmigo.

—La que hice a Sintra y la excursión a Cascáis, sí. Ya te dije que no es habitual en mí y les extrañó.

—¿No les has aclarado que solo somos amigos?

—No les he hablado de ti en ningún sentido.

—¿Puedo preguntar por qué? ¿Te avergüenzas de tu amistad conmigo?

—Por supuesto que no. En realidad, no sé por qué te he mantenido en secreto. ¿Te molesta?

—No, eres muy libre de hablar de mí o de no hacerlo. Lo que sí te pido es que no sigas buscando rimas con circulito en mi ausencia. Te prometo que en cuanto regrese leeremos las dos cartas restantes y las buscaremos juntos. Una cosa sin la otra desvirtúa el sentido de la historia.

—No lo haré. Esperaré tu vuelta y las leeremos los dos.

—Gracias, Mara. Sé la impaciencia que sientes hacia todo esto.

—No te preocupes, como bien dices: sin las cartas, las rimas son solo unos poemas que ya he leído varias veces.

—Muy bien. Ahora debo dejarte. Vamos a cenar.

—Yo también. Ya me estarán esperando.

—Te llamaré cuando pueda.

—Me alegrará recibir noticias tuyas. Pero, si llamas, que sea a partir de las tres, en la floristería no me dejan tener el teléfono a mano.

—Lo tendré en cuenta. Adiós, Mara.

—Adiós, Gus.

Cortó la comunicación sintiéndose ligera. La llamada le había alegrado la noche. Gustavo estaba bien y su repentina desaparición no se debía a enfermedad propia ni al regreso de ninguna ex, como había llegado a temer a lo largo del día.

Salió a la cocina y encontró a su familia terminando de poner la mesa.

—¿Quién te ha llamado? —preguntó Joana, curiosa.

—¡Niña, no seas indiscreta! —la amonestó su abuela—. Sea quien sea, no es asunto nuestro.

—Se te ha puesto la cara contenta —dijo Catarina.

¿De verdad era tan transparente?

—Sois terribles. Pues sí, me he puesto contenta porque era el restaurador de Genoveva con una buena noticia.

—¿Tan decrépita está que necesita restauración? —bromeó Tiago.

—Restaura los libros, listillo. Algunos de los que ha comprado últimamente están muy deteriorados. Llamaba para decir que ha terminado uno que se encontraba en muy mal estado y no sabía si tendría arreglo.

—¿Lo tiene?

—Parece ser que sí.

—¿Y por qué no la ha llamado a ella? —inquirió Joana.

—Lo ha hecho, pero no ha podido contactar. Me ha encargado que se lo diga yo —mintió, y supo que podría engañar a sus hermanos, pero no a su abuela ni a su madre. Ellas detectarían el embuste, pero ninguna dijo nada al respecto.

—¿Cómo se llama el arreglador de libros? —quiso saber Catarina.

—Gustavo. Y vamos a cenar ya que me muero de hambre. Hummm, tortilla de patatas, ¡Qué rica! —Cambió de tema. Si las dejaba, le harían todo un interrogatorio.

Se sentó con su familia dispuesta a degustar uno de sus platos favoritos. Se sentía eufórica, no le extrañaba que sus hermanos hubieran notado la diferencia de su estado de ánimo con respecto al mediodía.

Había sacado a Gus del armario, pero hablando con él por teléfono se había dado cuenta de que mantenerlo en secreto era una tontería. Era una mujer de veintiséis años, no una adolescente que tuviera que ocultar una aventurilla juvenil. Tenía todo el derecho a tener amigos, del sexo que fueran. Además, Gustavo y ella no tenían una relación de ningún tipo, más allá de indagar en el pasado.

Terminada la cena, ayudó a recoger la cocina, acostó a sus hermanas y les leyó un cuento de princesas. Después se fue también a la cama. Había adelantado tanto aquella tarde que se podía permitir el lujo de dormir un poco más, algo que necesitaba mucho.

Capítulo 12

El preceptor

Gustavo permaneció una semana en Braganza mientras su tío abuelo se debatía entre la vida y la muerte. Echaba de menos su trabajo en el taller, verse rodeado de sus libros, y también sus tardes en Alfama y en la librería, los cafés con Genoveva y Mara, la investigación que llevaba a cabo con esta última, pero, sobre todo, su compañía. Ella se estaba colando en su corazón a pasos agigantados y no podía, ni quería, engañarse al respecto.

El temporal que había esperado para volver a la Boca del infierno llegó y pasó, mientras él se sentía atrapado en una ciudad muy lejana, viendo caer la lluvia torrencial y escuchando los partes meteorológicos que indicaban que el complejo rocoso estaría atronando con fuerza.

Telefoneó a Mara en una ocasión, tenía la necesidad de escuchar su voz, aunque ella solo le hablara de sus estudios y de la rutina de la librería. No tocaron ningún tema personal, solo asuntos generales, pero la llamada le hizo mucho bien en medio de la desolación que padecía su familia.

Al fin, tras preguntar a su padre sobre su abuelo sin obtener ninguna respuesta satisfactoria, salvo la de que él y su abuela se habían casado cuando Gustavo ya contaba con treinta y cinco años, se decidió a visitar a su tía abuela Matilde, para tratar de averiguar algo más de la etapa como preceptor de su hermano mayor para la familia Almeida. Si alguien podía recordar algo, era ella. Confiaba en que su cabeza se mantuviera lúcida a pesar de los años.

Matilde había abandonado Sintra en compañía de su hermano cuando este contrajo matrimonio con una chica bragantina, que se convirtió en su amiga durante el noviazgo. Residió con ellos, pues nunca se casó, y al enviudar su hermano continuaron viviendo juntos en la vejez

La anciana le recibió con muestras de cariño, a pesar de que no se habían visto mucho en los últimos años. Cuando era niño acudía en vacaciones acompañado de sus padres y su abuelo a visitar a la familia, que se había trasladado al norte del país, pero desde que se hizo adulto y se independizó, las visitas habían sido esporádicas.

—¡Gus, cariño! Qué alegría me da verte, aunque sea en circunstancias tan amargas.

—Siento mucho lo del tío.

—Todos lo sentimos. Yo me voy a quedar muy sola cuando se vaya.

—Aún sigue resistiendo.

—Pero no lo hará por mucho tiempo. Los médicos son claros al respecto.

Gus lo sabía, por eso todavía no había regresado a Lisboa. Su tío abuelo no sobreviviría al infarto y su resistencia se debilitaba por momentos.

—Pero no hablemos de cosas tristes, es ley de vida y todos nos iremos en algún momento. Cuéntame de ti, hace tiempo que no nos

ponemos al día.

—No hay mucho que contar, tía. Como sabes, me dedico a restaurar libros antiguos. No he venido mucho por aquí los últimos años porque he trabajado duro para hacerme un nombre en la profesión. Soy joven, en comparación con otros profesionales del ramo, y me ha costado ganarme la confianza de los coleccionistas y hacerme con una cartera de clientes habituales.

—¡No eres ya tan joven, tienes treinta y dos años! En mis tiempos, a esa edad los hombres ya estaban casados y con una familia a su cargo.

—Mi abuelo no; por lo que sé él se casó con treinta y cinco bien cumplidos.

—Eso es cierto. Gustavo se estaba convirtiendo en un solterón cuando conoció a tu abuela.

—No sé nada de su vida antes de eso. Le he preguntado a mi padre, pero, puesto que no había nacido, no sabe gran cosa de la vida anterior del suyo.

—Mi hermano Gustavo era muy reservado, no solía hablar de su vida privada. Me recuerda un poco a ti cuando eras niño, siempre entre libros. Era un estudioso, ¿sabes?

—Creo que fue profesor, o algo así, ¿no?

—Sí. Lo contrató una familia pudiente de Sintra para que le diera clases a su hija como preceptor: los Almeida.

—Algo he oído de eso. ¿No era lo habitual que para la educación de una mujer se contratara una institutriz? Los preceptores solían instruir a los varones.

—Sí, pero, al parecer, mi hermano superó con creces los conocimientos de las candidatas femeninas al puesto, y la madre de la chica insistió en que su hija tuviera una educación más allá de lo que se solía enseñar a una señorita. Por lo visto, no podía tener más

hijos y Esmeralda, como única heredera, debería encargarse de los negocios de la familia si no contraía matrimonio. Gustavo le enseñaba matemáticas, geografía y otras materias vedadas a las mujeres en aquella época.

«También literatura».

—Entonces se esperaba de ella que asumiera las riendas del negocio familiar. Creo que era de transporte a ultramar.

—Sí, por eso contrataron a tu abuelo. Por supuesto, para preservar la decencia, la madre de la alumna asistía a todas las clases. En aquella época no era correcto que un hombre y una mujer estuvieran a solas en una habitación, por muy joven que fuera la chica.

—¿Tan joven era?

—Yo la vi una vez, Gustavo y yo nos las encontramos a ella y a su madre en la calle un día y me las presentó. A mi parecer, su alumna no tendría más de doce o trece años en aquella época.

—¿Tan pocos?

—Tal vez fuera mayor, pero, por su aspecto, parecía poco más que una niña. Era menuda y delgadita.

«¿Mi abuelo era un pederasta?».

—Pensaba que era mayor.

—Tal vez fuera cosa de familia. Su madre también era muy joven, parecían hermanas más que madre e hija. Es posible que ambas fueran ese tipo de personas que aparentan menos edad de la que tienen.

—Puede ser. De todas formas, murió joven y soltera ¿no? La familia se extinguió con ella.

—Hubo otra hija bastarda, algo mayor que Esmeralda, que emigró a Argentina tras casarse con un oriundo de ese país. El señor Almeida tuvo muchos amoríos que no ocultaba, supongo que

tratando de encontrar un heredero varón al que legar los negocios, aunque fuera un hijo ilegítimo. No tuvo suerte. Por lo que se decía, era un hombre déspota y violento, tanto con su familia como con los extraños. Los empleados no duraban mucho a su servicio.

—¿Sabes qué pasó? ¿El abuelo dejó de trabajar para ellos? Siempre lo recuerdo formando parte del negocio familiar del padre de la abuela.

—La madre de la chica falleció, tenía una salud delicada; decían las malas lenguas que su esposo la obligaba a quedarse encinta contra la opinión de los médicos, pero perdía a los bebés a las pocas semanas de gestación. A uno de esos abortos no sobrevivió. A Esmeralda la enviaron a un internado para completar su educación. Cuando salió de él años más tarde, tras la muerte de su padre, estaba enferma y, aunque trató de ponerse al frente del negocio familiar, falleció también poco después. La empresa se vino abajo, la casa quedó abandonada, y no sé nada más.

—¿Y el abuelo? ¿Cómo se lo tomó?

—Cuando perdió el trabajo pasó una época abatido y más silencioso de lo habitual. Le gustaba darle clase a Esmeralda, pero lo aceptó con resignación. Gustavo era muy introvertido, no hablaba mucho de sí mismo. Un par de años después conoció a tu abuela y se casaron en pocos meses. Como sabes, empezó a trabajar con su suegro y olvidó su etapa de profesor. Nunca volvió a buscar trabajo en la enseñanza, aunque esa era su verdadera vocación.

—El abuelo era un desconocido para mí.

—Un poco para todos, Gus. Lo que te he contado de los Almeida lo sé por los rumores que circulaban por la ciudad, él nunca dijo nada. Iba a la quinta cada mañana, regresaba a la hora del almuerzo y preparaba las clases para el día siguiente. Jamás mencionaba a la familia ni sus entresijos. Sintra es pequeña, poco más que un

pueblo, y en aquella época, más. Los Almeida y su vida estaban en boca de todos.

—Ya veo.

—¿Por qué estás tan interesado en saber de aquella etapa en la vida de tu abuelo?

—Porque estoy restaurando algunos libros de la quinta Almeida y ha surgido su nombre. Me ha generado mucha curiosidad, porque no sabía que estuvo relacionado con ellos.

—¿Cómo han llegado a tus manos?

—Trabajo para una librería que los ha comprado —informó sin mencionar nada más. Si su abuelo mantuvo su relación con Esmeralda Almeida en secreto, no sería él quien la desvelara. Para mí la quinta siempre ha sido una casa abandonada a las afueras y nada más, no tenía ni idea de que el abuelo hubiera estado relacionado con ella.

—De forma profesional, pero sí, lo estuvo. Y basta de hablar del pasado. ¿No vas a contarme nada sobre ti, más allá de que restauras libros? ¿Vas a ser de los Pereira que se casan tarde, o de los que no se casan, como yo?

—El matrimonio no entra en mis planes por el momento.

—Pero ¿hay una mujer en tu vida?

—Alguien hay, pero no tengo muy claro qué tipo de relación tenemos. El tiempo lo dirá, no hay prisa.

—En efecto. Hay que estar muy seguro de encontrar a la persona adecuada. Yo no me casé por eso, porque no la encontré. ¿Te apetece un café?

—Nunca le digo que no a uno —aceptó.

Echaba de menos los de Genoveva. Echaba de menos a Mara. Y se moría de ganas de contarle lo que había descubierto, pero no lo haría por teléfono. Esperaría a regresar a Lisboa.

Dedicó el resto de la tarde a la anciana, prometiéndose a sí mismo que no dejaría pasar tanto tiempo sin volver a verla.

***

Mara se encontraba en la librería como cada tarde. Ya hacía una semana que Gus se había marchado y su ausencia era muy notoria en el local. Tanto Genoveva como ella se habían acostumbrado a su presencia y no quería ni pensar qué pasaría cuando él terminara de restaurar todos los libros de la quinta Almeida y no regresara más.

Había adelantado mucho en los estudios, tenía el temario al día y se encontraba lista para el examen que tendría lugar pocos días después. Este sería presencial y después dispondría de unos cuantos días de relax para descansar. Sus hermanas ya planeaban ocupar hasta el último minuto de esos días, pero confiaba en poder dedicar algún rato a Gus, si había regresado.

Se estaba despidiendo de Genoveva cuando le vibró el móvil en el bolso. Su rostro se iluminó al comprobar que era Gustavo quien llamaba.

—¡Hola, Gus! —exclamó sin poder disimular la euforia que le producía tener noticias suyas—. ¿Cómo está tu tío abuelo?

—Falleció hace dos días. Lo incineramos ayer.

—Vaya, lo lamento.

—Lo sabíamos. Ha sido un descanso para él y para todos los demás.

—¿Regresas pronto, entonces?

—Mañana.

—Eso es estupendo. Te hemos echado de menos por aquí.

—Yo también a vosotras. Dile a Geno que muero por uno de sus cafés, pero que, lamentándolo mucho, no tendré tiempo para

dedicárselo a otro de sus libros en unas semanas. Tengo mi trabajo muy atrasado y un cliente llamándome a todas horas reclamando un ejemplar al que aprecia mucho.

—¿No vas a venir por Alfama? —preguntó muy decepcionada.

—Pasaré un momento, pero no puedo quedarme toda la tarde, como suelo hacer. Y como me gustaría —añadió.

—Ya… claro… lo entiendo. No te preocupes.

—Tengo noticias nuevas sobre mi abuelo y Esmeralda.

—¡Dime!

—No, por teléfono no. Prefiero que lo hablemos cara a cara.

—¿Cuánto deberé esperar para saberlas?

—Tal vez podrías aceptar mi invitación a verme trabajar y venir tú a Sintra. Si tus obligaciones te lo permiten, claro. En caso contrario, yo bajaría a Alfama, me tomaría un café rápido, te pondría al corriente de mis descubrimientos y regresaría en seguida. Pero, si vienes, podemos estar juntos toda la tarde.

—Veré si puedo arreglarlo. Tengo muchas ganas de... —iba a decir verte, pero cambió el verbo— saber las novedades sobre tu abuelo.

—Espero tus noticias entonces. Me harías un gran favor si te desplazas hasta mi taller. Yo te llevaría de vuelta a Lisboa a última hora, para que no dependas del tren, pero adelantaría trabajo mientras hablamos.

—Lo hablaré en casa, y ya te digo.

—De acuerdo. Ah, si vienes, trae el árbol genealógico que encontramos en el libro de Costa. Hay una cosa que quiero comprobar.

—Muy bien. Te llamo.

—Adiós, Mara.

—Adiós.

—Vuelve pronto, ¿no? —preguntó Genoveva en cuanto devolvió el

teléfono al interior del bolso.

—Mañana, pero me encarga que te diga que de momento debe posponer la restauración de tus libros, que tiene trabajos urgentes y atrasados.

—No me corren ninguna prisa. ¿No va a venir entonces?

—Me ha invitado a ir a su taller. Hace tiempo le dije que me gustaría verlo trabajar.

—¿Y vas a hacerlo?

—Si puedo arreglarlo en casa, sí. Tengo mucha curiosidad por saber más sobre la restauración, y también ha descubierto cosas nuevas sobre la historia de su abuelo y las cartas.

—Ya. Curiosidad. Reconoce que te mueres de ganas de verlo.

—¿Tanto se nota? —Rio.

—Un poco. Háblalo con tu familia, seguro que no les importa que te tomes una tarde libre.

—Seguro que no.

—Tienes derecho a un descanso de vez en cuando, a tener vida privada. A que haya un hombre en tu vida.

—No son ellos, Geno, soy yo. Y respecto al hombre… no adelantes acontecimientos. De momento solo somos dos personas embarcadas en una investigación conjunta.

—Ni borracha te crees eso, de modo que no me lo hagas creer a mí. Parecías un alma en pena durante esta semana, y ahora resplandeces. Más te vale arreglarlo para ir a Sintra o me presentaré en tu casa para decir que estás colada por mi restaurador y él por ti, y que te dejen tiempo para seducirlo.

—¡¿Serías capaz?!

—Y tanto que lo sería.

—No es necesario, lo arreglaré. Hasta mañana.

—Adiós, Mara.

Se marchó eufórica tratando de decidir qué contaba sobre su desplazamiento a Sintra. Desde luego no lo que Genoveva había sugerido, pero tampoco mentiría. Ya sabían de la existencia de Gustavo, enfocaría la visita a la profesión de su amigo. O lo que fuera.

Capítulo 13

La visita

Mara cogió el tren a Sintra aquel viernes después de almorzar. Había advertido a su familia que probablemente regresaría más tarde de lo habitual, a lo que nadie puso la menor objeción. Ni siquiera hicieron preguntas de su destino o posible compañía, por lo que no se vio en la necesidad de hablar de Gustavo ni mencionar que saldría de Lisboa.

Aunque él le había ofrecido llevarla de vuelta a casa, su intención era regresar en el tren para no restarle tiempo a sus ocupaciones, al menos más tiempo del que su presencia y la lectura de las últimas cartas le robaría.

Gustavo le había mandado la ubicación de su casa, y no le costó encontrarla siguiendo la aplicación del teléfono móvil.

Se trataba de un edificio de dos plantas, pintado de blanco y con grandes ventanas que debían aportar mucha luz a la vivienda.

El corazón le latía con fuerza cuando llamó al timbre. Era consciente de que la ausencia de Gus de la librería había cambiado algo en ella, y le había hecho aceptar que sus sentimientos hacia el

restaurador no eran solo amistosos. Aunque no compartía la opinión de Genoveva de que él sintiera lo mismo por ella. No se hacía ilusiones, su vida era demasiado complicada para que un hombre deseara entrar en ella, aunque se tratara de alguien tan tranquilo como Gustavo.

Él abrió la puerta en seguida; era evidente que la esperaba. Vestía un pantalón vaquero y un jersey azul. El pelo algo revuelto le daba un aire diferente al aspecto pulcro que presentaba en la librería cada tarde. Por un momento se quedaron mirándose uno al otro como si hiciera mucho tiempo que no se veían. Como si se contemplaran por primera vez.

—Pasa, hace frío aquí fuera —invitó apartándose de la puerta.

El tiempo había cambiado. El otoño avanzaba a pasos agigantados y la temperatura había bajado de forma considerable en los últimos días, sobre todo después del temporal que había asolado el país durante la estancia de Gustavo en Braganza.

Mara se adentró en un amplio vestíbulo, donde se despojó de la chaqueta acolchada que llevaba puesta y que Gustavo colgó en un perchero junto a la suya.

—Me alegra mucho que hayas venido. Temía que te surgiera algún imprevisto a ti o a tu familia y anularas la visita. Tenía muchas ganas de verte y de enseñarte mi casa y mi taller.

—No ha pasado nada, estoy aquí —comentó con una sonrisa, mirando a su alrededor. También ella sentía curiosidad por conocer la vivienda y el lugar de trabajo de Gustavo. Todo lo relacionado con él y su vida cotidiana, que intuía mucho más tranquila que la suya.

—La chimenea está encendida en el salón —la invitó abriendo una puerta situada a la derecha. Una escalera ascendía hacia el piso superior y otra puerta cerrada se situaba a la izquierda.

Se adentraron en una habitación grande y sobria, con paredes

blancas y un amplio sofá azul con *chaise longue*, en el que sería una delicia acurrucarse frente al fuego en las noches frías de invierno. Una manta de cuadros escoceses se hallaba doblada sobre uno de los brazos. Una mesa y varias sillas ocupaban el ángulo opuesto al sofá y varios pequeños cuadros de paisajes salpicaban las paredes. En general era una habitación muy acogedora.

—Ponte cómoda —sugirió—. Prepararé unas bebidas calientes. Té, ¿verdad?

—Sí, por favor.

Mara abrió el bolso que le colgaba del hombro y extrajo una lata hermética.

—Geno te manda un poco de su café, para que no lo eches de menos durante los días que no puedas bajar a Alfama.

—Le estaré eternamente agradecido, porque no podré hacerlo durante unos días. Luego la llamaré para decírselo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Eres mi invitada, hoy me toca a mí agasajarte. Pero si quieres acompañarme a la cocina…

Lo siguió hasta otra habitación situada junto al salón. La estancia mantenía el mismo estilo de la casa, sencilla, sobria y muy ordenada. Mara intuyó que ese sería su estado habitual, que el orden no se debería a su visita. No se lo imaginaba viviendo en un sitio diferente a aquel.

Poco después se acomodaban en el sofá, con sendas tazas y un plato con pastas sobre la mesa de centro.

—Las pastas no son caseras. Cocino, pero la repostería se me resiste —se disculpó Gus.

—No importa. Las compradas me gustan también. Los dulces me encantan, aunque trato de controlarlos.

Tomó un sorbo del té. Era de excelente calidad y Gus lo había

preparado a su gusto con un poco de leche.

—¿Cómo te han ido estos días? —preguntó él.

—Mejor que a ti, sin ninguna duda. Vuelvo a reiterarte mis condolencias por tu tío abuelo.

—Gracias. Prefiero no hablar de ello, cuéntame mejor sobre ti.

—He trabajado duro; entregué el trabajo y tengo el último examen bastante preparado. Solo me queda dar un repaso general. En caso contrario, no estaría aquí, por mucho que me apeteciera.

—¿De verdad te apetece?

—Sí —admitió sin reservas—. Al margen de mi curiosidad por saber más de la historia de tu antepasado, ya te he dicho varias veces que me gustaría verte trabajar, sobre todo después de la transformación que realizaste con el libro de Geno.

—Tuve que deshacerlo entero y empezar de cero. Pero quedó muy bien, debo reconocerlo. No siempre es posible.

—No te quites méritos, has hecho un trabajo admirable. Tengo ganas de verte en acción.

—Primero el té, como en Alfama, y luego, si puedes contener la curiosidad por leer las dos cartas restantes, trabajaré un poco y mientras te cuento lo que he averiguado sobre mi abuelo y la historia que investigamos. Tengo un libro a medio coser y me gustaría dejarlo terminado y encolado para que se pegue durante la noche. Después leeremos las cartas. Prometo que lo haremos antes de que tengas que marcharte.

—Por supuesto que esperaré. Estoy deseando verte trabajar. Y no tengo prisa, les he advertido que hoy llegaría más tarde.

Una vez finalizadas las bebidas, Gus retiró el servicio y la precedió hasta la habitación que habían dejado atrás junto a la entrada.

—La temperatura es más baja que en el salón —advirtió abriendo la puerta—. Si sientes frío puedo dejarte algo de abrigo, pero los

libros no soportan temperaturas muy altas ni el calor del fuego. Aquí solo utilizo un radiador de aceite que mantiene una temperatura constante no superior a veinte grados y no reseca el aire.

—No te preocupes; no soy friolera y vengo abrigada.

De hecho, sentía un agradable calor en todo el cuerpo cuando lo tenía cerca. La separación la había afectado más de lo que pensaba. Aquella tarde era más consciente que nunca de Gustavo como hombre, y no como restaurador ni como amigo.

Él le enseñó los distintos elementos que había en la habitación y su finalidad en la encuadernación: varios telares para coser libros, uno de ellos con uno insertado en las cuerdas que caían tensas y perpendiculares desde la parte superior.

También había prensas y cajas con agujas, punzones y diversas herramientas más. Le señaló una ventana.

—Desde ahí te vi venir aquel día, y te reconocí al instante. Por suerte estaba realizando una tarea que pude dejar a medias sin problema para seguirte. Fue un impulso irresistible.

—No te imagino como un hombre de impulsos, pero me alegro de que lo hicieras. No hubiera averiguado nada sobre la nota de no ser por ti.

—¿Solo te alegras por eso?

Mara no supo adivinar si había un tono de burla en sus palabras o no. Si la mirada que le estaba dirigiendo era divertida o anhelante. Fuera como fuera, le hizo sentir mariposas en el estómago.

—También me ha gustado conocerte. Saber que en el mundo hay alguien tan friki de los libros como yo.

—Opino lo mismo de ti, aunque no te considero una friki. Eres la primera mujer que conozco que se interesa por mi trabajo.

Le indicó una silla y él se acomodó en otra, delante del telar que tenía insertado el libro. Comenzó a coser explicándole las diferentes

formas y técnicas para hacerlo, y cuál era la más indicada para cada ejemplar. Mara lo escuchaba con atención. Sin duda poseía el mismo don para la enseñanza de su abuelo, porque lo comprendía todo de aquella profesión, que hasta el momento le había resultado desconocida y ahora le parecía fascinante. Estaba pendiente de cada una de sus palabras, de sus gestos, de la fuerza y delicadeza de sus dedos tirando del hilo que mantenía unidas las hojas.

—¿Vas a contarme ya lo que has averiguado sobre tu abuelo? —le preguntó para apartar su mente de las ideas que la asaltaban sobre las manos masculinas y lo que deseaba de ellas.

—Estaba esperando que me lo preguntaras. Quería saber cuánto aguantaría tu curiosidad. —Rio Gus—. Pues después de preguntar a mi padre, descubrí que mi abuelo se casó ya a la edad de treinta y cinco años, y que no sabía nada de su vida anterior a la boda con mi abuela. Su etapa como enseñante era anterior y la desconocía por completo. De modo que busqué a la única persona que compartió con él ese tiempo: su hermana pequeña Matilde. Por suerte, a pesar de su edad, tiene la cabeza lúcida y pudo contarme algo.

—¿Ella sabía de su historia de amor con Esmeralda?

—No, pero sí me dijo cosas de los Almeida que no están en los libros de apellidos ilustres. Al ser una familia importante en Sintra, los convecinos estaban al tanto de su vida y milagros. Pero no tengo claro que fuera Esmeralda el objeto de su amor, por eso te pedí que trajeras el árbol genealógico. Además de los nombres de los miembros de la estirpe vienen las fechas de los nacimientos, muertes y matrimonios, según creo recordar.

—Sí, aunque no me he fijado demasiado en ellas.

—¿Lo has traído?

—Sí.

—Según Matilde, Esmeralda era casi una niña cuando fue alumna

de mi abuelo, o al menos lo parecía. El concepto que tengo de él es de un hombre serio, íntegro, en absoluto un pederasta, por eso quiero saber la fecha de nacimiento de su alumna. Según mi tía abuela, la chica ingresó en un internado a la muerte de su madre, y eso puso fin a las clases. Años después, él se casó con mi abuela, y te aseguro que era una mujer hecha y derecha, de busto generoso; no tenía aspecto infantil en absoluto. Un hombre que se siente atraído por las niñas no contrae matrimonio con una mujer exuberante y curvilínea.

—Si no era Esmeralda, ¿quién? Porque las cartas hablan de las clases, del aula. Era ahí donde se veían.

—Te lo diré cuando vea las fechas. También he averiguado que el señor Almeida era un hombre cruel y déspota, que tuvo innumerables amantes para tratar de lograr el heredero varón que su mujer no podía darle. Hubo una hija bastarda, mayor que Esmeralda, que emigró a Argentina, y pienso que sean sus descendientes los actuales dueños que han puesto la finca a la venta. Es lógico que ni la quinta ni su contenido les importe lo más mínimo y se deshagan de todo.

—Es muy posible.

—Me cuenta mi tía también que Esmeralda salió del internado para hacerse cargo del negocio familiar, pero falleció poco después. Todo eso lo sabía porque la vida de los Almeida era de dominio público en Sintra, no porque mi abuelo contase nada de su etapa como profesor con ellos. Sí me dijo que cuando su alumna ingresó en el internado, mi abuelo pasó una época triste y abatido. Supongo que todos imaginarían que por haber perdido el empleo.

—Es posible.

—Eso es todo lo que puedo contarte por el momento. Tengo una sospecha, que te confirmaré después, cuando veamos el árbol

genealógico.

—Muy bien.

Gustavo continuó cosiendo el libro con destreza. Mara veía los dedos largos y finos manejar la aguja de punta roma, el punzón y apretar con fuerza y delicadeza a la vez las frágiles páginas.

Se sentía fascinada por esas manos. En realidad, aquella tarde se sentía fascinada por todo él.

Gus tardó una hora en terminar de coser el ejemplar, lo sacó del telar y procedió a encolarlo y meterlo en una de las prensas.

—Ahora solo resta esperar —comentó—. Soy todo tuyo, para lo que desees, el resto de la tarde. Podemos leer las cartas, pasear o, simplemente, charlar frente al fuego. Cuando debas irte, te llevaré a Lisboa.

—No es necesario, hay trenes hasta tarde y no quiero entretenerte más tiempo del necesario.

—No hay discusión posible sobre eso, ya he terminado mi trabajo por hoy. Te acompaño yo en el coche. Y no te preocupes, me mantendré a prudencial distancia de tu casa para que nadie me vea.

—Ya les he hablado de ti, saben que existes.

—¿En serio? —Había sorpresa y agrado en su voz—. ¿Qué les has contado?

—Que eres el restaurador de libros de Geno y que a veces me llamas por teléfono para que le dé recados de tu parte sobre libros, cuando no puedes localizarla.

—¿Solo restaurador? ¿Ni siquiera amigo?

—Si te presento como amigo echarán al vuelo las campanas de boda. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Es una proposición?

Mara se arrepintió al instante. No pudo evitar sonrojarse.

—Era una broma, tonto. No tengo intención de casarme con nadie

en mucho tiempo, pero mi familia siente una curiosidad malsana por mi vida amorosa.

—¿Tienes vida amorosa?

—Me temo que no desde hace mucho tiempo. Respecto a tu otra pregunta, sí, te considero mi amigo.

—Me alegro. ¿Saben que estás hoy aquí?

—No, porque no han preguntado. No les habría mentido si lo hubieran hecho.

—¿Les hubieras dicho que habías venido para traer un libro o recogerlo?

—Es muy probable. No hubiera sido nada fuera de la verdad, he traído el libro de Gustavo Adolfo Bécquer para buscar los poemas que mencionen las cartas.

—En ese caso, vamos al salón. Estaremos más cómodos y calientes.

Salieron del taller y se acomodaron en el amplio sofá frente a la chimenea.

Capítulo 14

Conclusiones

Gustavo sacó el sobre que contenía las cartas y, tras mirarlas un momento, le tendió una a Mara para que la leyese.

Esta rima es preciosa. La número XXIV nos refleja a la perfección. Sí, eso somos nosotros, dos partes de un todo, que se complementan. Esta vez no te has limitado a decir el número, sino que la has leído para mí en una clase de literatura que trataba sobre la métrica. Tu voz suave y ronca se colaba en mis oídos y en mi corazón sabiendo que esas palabras eran para mí; aunque antes hablaras de versos octosílabos, de rima asonante, yo solo escuchaba el contenido. Los sentimientos que expresaban. Los que yo te inspiro.

Me está pesando este amor en la distancia, el no verte nunca a solas, el no poder tocar tus manos ni tu rostro. Tener que desviar la mirada para no delatar mis sentimientos, que cada día me cuesta más contener.

Quisiera decirte que te amo cara a cara, y solo puedo hacerlo en estas cartas, que lees a solas y no me permiten ver tu rostro mientras lo haces. Pero es nuestro destino, por habernos enamorado sin derecho a hacerlo. Mas, ¿quién le pone barreras al corazón? Te amo, y pase lo que pase, siempre te amaré.

Mara cogió el bolso para sacar el libro y buscó el poema, aunque tenía una ligera idea de cual podía tratarse. En las últimas semanas había leído mucho a Bécquer en el ejemplar que tenía en su casa.

—Debe de ser terrible sentir un amor tan profundo y no poder expresarlo —dijo.

—Ellos encontraron la forma de hacerlo.

Rima XXIV

Dos rojas lenguas de fuego
que a un mismo tronco enlazadas
se aproximan y al besarse
forman una sola llama;
dos notas que del laúd
a un tiempo la mano arranca
y en el espacio se encuentran
y armoniosas se abrazan;
dos olas que vienen juntas
a morir sobre una playa
y que al romper se coronan
con un penacho de plata;
dos jirones de vapor
que del lago se levantan

y al juntarse allí en el cielo
forman una nube blanca:
dos ideas que al par brotan,
dos besos que a un tiempo estallan,
dos ecos que se confunden…:
eso son nuestras dos almas.

—¿Sabes que me emociona leer estos poemas? Bécquer siempre me ha gustado, pero, a partir de ahora, su obra tiene un significado especial para mí —dijo Mara con voz ronca y emocionada. Se sentía especialmente sensible aquella tarde, en aquella habitación, sentada frente al fuego, al lado de un hombre que le gustaba mucho.

—También para mí. Leamos la última carta —la animó Gustavo, desdoblando el papel.

—Las voy a echar de menos. Después, ¿qué?

—Si lo dices porque ya no tendremos excusa para vernos, sigo siendo el restaurador de Geno.

—Eso es cierto.

—Y has admitido que somos amigos, ¿no? —La miraba con intensidad. Sus palabras eran apenas un susurro.

—Sí.

—Pues los amigos siguen en contacto, siempre. No necesitan un motivo ni una empresa común.

Gus desdobló el papel con mano firme.

Hemos estado varios días sin clase. Yo soy la culpable, porque me he sentido indispuesta. Sabes que mi salud no es muy buena y a veces… a veces debo guardar cama durante unos días. He tratado de recuperarme lo antes posible porque estar sin verte me resulta insoportable, pero no he podido

evitarlo. Espero que la distancia te haya resultado tan difícil de sobrellevar como a mí. Sé que así ha sido porque el brillo de tu mirada cuando las clases se han reanudado me lo decía.

También he visto preocupación en ti al notar mi aspecto demacrado. Sabía que te inquietarías, pero no he sido capaz de aguantar más tiempo sin verte, y he decidido reanudar las lecciones sin reponerme del todo.

La rima que me has sugerido hoy, la número XVI, me dice con toda claridad cuánto me has echado de menos y se ha convertido en una de mis favoritas. Gracias, amor mío, por estar en mi vida, por hacer que te sienta cerca, aunque no lo estés. Por darme fuerzas cuando estas me faltan.

No te preocupes por mí, me recuperaré, siempre lo hago, y espero que, en esta ocasión, también sea así. Pero, por si mi malestar se agravara, me gustaría que al menos una vez nos viéramos a solas. ¿Podrías venir el jueves por la noche a reunirte conmigo en el jardín trasero? A las doce, cuando todos duerman. Sé que eres un hombre de honor, que nunca me comprometerías, y te aseguro que solo deseo verte un momento, tocar tus manos, que nos miremos sin condicionantes ni testigos. Ven, por favor. Te quiero, y te necesito.

—Creo que esta carta es la anterior a la nota que encontré en el libro —comentó Mara.

—Sí. Pero él no fue e ignoramos el motivo. Sospecho que nunca lo sabremos.

—Tampoco recogió la nota porque, en caso contrario, la tendrías tú y no se habría quedado en el libro.

— Exacto. Ahora las palabras de Matilde cobran un sentido nuevo para mí.

—Vamos a leer la rima. Creo que la historia está tomando un sesgo de fatalidad.

—No terminó bien, debemos ser conscientes de eso, Mara. Ella murió y mi abuelo se casó con otra mujer.

—Lo sé. Busquemos la rima.

Gustavo pasó las páginas del libro hasta hallar el poema indicado.

Rima XVI

Si al mecer las azules campanillas
de tu balcón
crees que suspirando pasa el viento
murmurador,
sabe que, oculto entre las verdes hojas,
suspiro yo.
Si al resonar confuso a tus espaldas
vago rumor
crees que por tu nombre te ha llamado
lejana voz,
sabe que, entre las sombras que te cercan,
te llamo yo.
Si te turba medroso en la alta noche
tu corazón,
al sentir en tus labios un aliento
abrasador,
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
respiro yo.

—¡Qué bonito!

Mara sentía una opresora sensación de pérdida. Como si fuera ella la mujer a quien iba destinado el poema —fuera Esmeralda o no— y tuviera la intuición de que no volvería a ver a su amado. ¿Habría sido así? ¿Era aquella carta, aquella rima, el final de la historia?

Se sintió avergonzada al comprobar que unas lágrimas silenciosas comenzaban a surcar sus mejillas, sin que pudiera contenerlas.

Clavó la vista en el libro para evitar los ojos de Gustavo, llena de embarazo por su debilidad, pero él le agarró la barbilla con la mano y le hizo alzar la cabeza. Se miraron con intensidad durante un largo momento, y él inclinó la cabeza hacia ella, hacia sus labios. No se apartó.

Fue un beso suave, dulce, más emotivo que pasional. Durante unos largos minutos fueron como los miembros del poema anterior, dos almas fundidas en una sola.

Gustavo enmarcaba la cara de Mara con sus manos mientras sus labios se acoplaban, sus lenguas se acariciaban para expresar lo que sus palabras nunca habían dicho.

Cuando se separaron se miraron a los ojos. Mara parpadeó y exhaló un suspiro. Gustavo esbozó una tenue sonrisa y delineó la boca femenina con sus dedos. Con esos dedos fuertes que había admirado durante toda la tarde, pero que en aquel momento eran suaves como la seda. Tan suaves como habían sido sus labios minutos antes.

No sabía qué decir. Ni qué hacer. Hacía tanto tiempo que no se había besado con nadie que se encontraba perdida. Perdida en aquella mirada que parecía esperar una respuesta por su parte.

—Pensarás que soy una tonta por llorar por un poema, por una carta que parece ser de despedida, pero que se escribió hace muchos años.

—No eres ninguna tonta. Solo una mujer sensible y capaz de sentir emociones fuertes. Me gusta que seas así.

—La historia de tu abuelo con Esmeralda me ha atrapado desde el principio. No puedo evitarlo —dijo desviando la conversación del beso que acababan de compartir—. ¿Para qué querías el árbol genealógico?

—Sácalo y te explico —respondió Gus, aceptando que Mara no deseaba hablar de lo sucedido.

Juntos contemplaron el papel donde habían copiado los datos familiares de los Almeida.

—Es lo que suponía. Esmeralda tenía doce años cuando su madre murió, era solo una niña. No pudo ser ella el amor de mi abuelo, una cría de esa edad, y más en aquella época, no posee la madurez suficiente para escribir esas cartas.

—¿Quién entonces?

—Lucía, su madre. Mira el árbol genealógico. La tuvo con dieciséis años, y murió con veintiocho. Ella asistía a las lecciones para preservar la moral y acabó enamorándose, y enamorando, al profesor.

—¿De qué moriría?

—De un aborto, según me contó mi tía abuela. Su marido estaba obsesionado con tener un heredero y la dejaba encinta una y otra vez en contra de la opinión del médico. Perdía a las criaturas a las pocas semanas de gestación y eso deterioraba su salud, ya precaria. Al último no sobrevivió. Creo que esa es la indisposición que menciona en esta última carta. Debía sentirse muy mal para insistir en verse a solas. Intuyo que quería despedirse.

—¡Qué pena!

Mara no conseguía contener las lágrimas. En esta ocasión, Gustavo el ofreció un pañuelo, reprimiendo el deseo de abrazarla

para ofrecerle consuelo. Si ella prefería fingir que no se habían besado, lo dejaría estar. Por el momento.

Cuando se calmó, enfrentó sus ojos.

—Creo que es hora de que me marche.

—¿No te quedas a cenar? Dijiste que no tenías prisa.

—En otra ocasión.

—Vamos entonces.

En silencio se pusieron las chaquetas y subieron al coche. Apenas hablaron durante el trayecto. La única conversación posible era sobre el final de la historia de amor del abuelo de Gus, y Mara no quería volver a llorar. Alarmaría a su familia si la veían llegar con los ojos enrojecidos. Tampoco podía hablar del beso sin admitir sus sentimientos. La única conversación posible era sobre encuadernación y se limitaron a formular preguntas y ofrecer respuestas sobre el tema.

Gustavo detuvo el coche cerca de la casa de Mara, tal como le había prometido.

—Me ha gustado mucho que vinieras.

—A mí también. Ha sido una tarde muy agradable.

—Sigue en pie lo de volver a la Boca del infierno, ¿verdad? —preguntó Gus tratando de averiguar si el beso había cambiado algo entre ellos.

—Sigue en pie, cuando haga mal tiempo.

—Bien. Nos vemos pronto en la librería. Es posible que tarde unos días en poder regresar. Tengo que ponerme al día con los encargos. Pero tienes mi número de teléfono, puedes llamarme si lo deseas.

—De acuerdo. Gracias por traerme.

—Ha sido un placer.

Mara salió del coche y se encaminó a su casa con paso rápido. Se sentía como flotando. Hacía mucho tiempo que no se besaba con

nadie, y hacerlo con Gustavo había sido muy especial. Le gustaba mucho, pero no se hacía ilusiones; no quería hacérselas. Él solo había pretendido consolarla.

Su familia estaba terminando de cenar y se sentó a la mesa con ellos.

Después se fue a la cama deseando que sus hermanas se quedaran dormidas para pensar en aquella tarde tan especial, en el cúmulo de emociones vividas tanto con la historia como con el beso compartido.

Vio que tenía un mensaje de Gustavo en el móvil y se le aceleró el corazón. Lo abrió, pero solo contenía dos palabras: Rima XXIX

Abrió el WhatsApp y le envió un mensaje.

MARA: ¿Has encontrado otra carta?

GUS: No, esta es para ti

Se apresuró a coger el libro y buscarla. Y en su rostro se instaló la sonrisa más bobalicona que había esbozado jamás.

Rima XXIX

Sobre la falda tenía
El libro abierto;
En mi mejilla tocaban
Sus rizos negros;
No veíamos las letras
Ninguno, creo;
Mas guardábamos ambos
Hondo silencio.
¿Cuánto duró? Ni aun entonces
Pude saberlo;

re a ampliar sé que no se oía
Más que el aliento,
Que apresurado escapaba
Del labio seco.
Sólo sé que nos volvimos
Los dos a un tiempo,
Y nuestros ojos se hallaron.
Y sonó un beso.
Creación de Dante era el libro
Era su infierno.
Cuando a él bajamos los ojos
Yo dije trémulo
—¿Comprendes ya que un poema
cabe en un verso?
Y ella respondió encendida:
—¡Ya lo comprendo!

MARA: Gracias

Escribió con el corazón alborozado. Él solo respondió con varios emoticonos de corazón.

Capítulo 15

Sorpresas

Durante más de una semana Gus no apareció por la librería. Mara se debatía entre sentimientos encontrados. Él le había dicho que tenía mucho trabajo, pero a medida que transcurrían los días, se preguntaba si su prolongada ausencia se debía al beso que se dieron la tarde que fue a su casa. ¿Se arrepentía? ¿Quería poner distancia? ¿O tal vez al enviarle el poema de Bécquer le estaba haciendo algún tipo de proposición? ¿Anhelaba otra respuesta por su parte, y al no recibirla había decidido alejarse?

Trató de apartar esos pensamientos insidiosos mientras terminaba de preparar el examen. Se presentó y salió contenta del mismo. Debía esperar las calificaciones, pero confiaba en que al menos hubiera aprobado, aunque deseaba obtener una nota alta. Sin embargo, no sentía la euforia que debería.

Tenía por delante un periodo de descanso después del intenso trabajo realizado en las últimas semanas, pero se encontró sin nada que hacer por las tardes. Gus no estaba en Alfama, los libros de los Almeida estaban catalogados y colocados en las estanterías, excepto

los que Gustavo debía restaurar, que esperaban su regreso en la trastienda, y la historia de las cartas había llegado a su fin.

Acudía a la librería a diario, como siempre, esta seguía siendo su refugio, pero se encontraba en ella nerviosa y desasosegada. Geno la observaba ir y venir con una sonrisa enigmática en los labios.

—Creo que en vez de té deberías tomarte una infusión de tila o valeriana —le aconsejó un día que la notaba más inquieta de lo habitual. No cesaba de mirar hacia la puerta, pero esta no se abría. El frío mantenía a los parroquianos en sus casas y era temporada baja en la librería.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no paras quieta un segundo.

—No estoy acostumbrada a estar ociosa. No sé qué hacer con las tardes hasta que comience el nuevo semestre.

—¿Seguro que es eso? ¿No será que echas de menos a alguien?

—También, un poco —admitió—. Me había acostumbrado a charlar con Gus y se le echa de menos, ¿verdad?

—Tú más que yo.

—¿Crees que dejará de venir?

—Me aseguró que restauraría los libros que quedan en la trastienda, pero tú fuiste la última que lo vio. No sé qué hablasteis.

—Me dijo que estaría unos días sin venir para poner al día su trabajo, pero ha pasado más de una semana. Es demasiado tiempo, ¿no te parece? Quizás ahora que hemos aclarado la historia de su abuelo haya perdido el interés. O tal vez…

—Tal vez, ¿qué?

Mara agachó la cabeza, dudando si decidirse a contarle a Genoveva lo sucedido en casa de Gustavo la última vez que se vieron. No le había comentado nada sobre la visita. Su amiga tampoco había preguntado.

—La tarde que fui a Sintra… pasó algo.

Genoveva lo sabía. Conocía a su joven amiga lo bastante para intuir que su relación con el restaurador había cambiado, aunque no los hubiera visto juntos después de ese día.

—¿Algo como qué?

—Nos besamos —confesó—. No fue nada importante, más bien un beso tonto. Leímos la última carta, yo me emocioné y me puse a llorar… y, sin saber muy bien cómo, pues sucedió. Pero me pregunto si se arrepiente y ha decidido no volver. O también es posible que…

—¿Qué? ¿Te lo tengo que arrancar con sacacorchos?

—Por la noche me envió la referencia a una rima de Bécquer, como hacía su abuelo en sus clases. Una que habla de un beso. Yo le respondí con un simple gracias. ¿Crees que se molestaría? ¿Que esperaría otra cosa?

—Pregúntaselo. Tienes su teléfono, ¿no?

—No sé si debo hacerlo. ¿Y si después del beso no quiere saber nada de mí?

—Pues que te lo diga. Lo que no puedes hacer es comerte la cabeza y hacer elucubraciones que te hacen sentir mal.

—Es que no sé lo que quiero con él.

Genoveva lanzó una risita.

—¿Seguro que no lo sabes?

—Me gusta, eso no lo puedo negar, pero empezar una relación con mi situación familiar es complicado. No funcionaría, ya me pasó una vez hace años. No le podía dedicar a mi chico el tiempo suficiente y se cansó.

—Por lo que me contaste, aquel era un niñato casi adolescente que solo pensaba en divertirse y no entendía de responsabilidades. Gustavo es un hombre. Y nadie ha hablado de relaciones, al menos yo no. Amistad tal vez. Pero como mínimo deberías preguntarle si no

va a volver por Alfama, y el motivo.

—¿Por qué no le llamas tú? Tienes libros por restaurar.

—Eres tú quien debe hacerlo, puesto que eres quien tiene dudas. Yo sé que volverá para realizar el trabajo. Pero puedes darle un recado de mi parte, si necesitas una excusa para telefonearle. Pregúntale si piensa volver o necesito buscar otro restaurador.

Con una sonrisa cogió el teléfono y marcó el número. Estaba deseándolo. Él respondió en seguida.

—¡Hola, Mara!

—Gus, perdona que te moleste.

—No es ninguna molestia. Ya te dije que llamaras si te apetecía.

—He estado un poco liada —se excusó—. Ha sido la fecha del último examen y estuve estudiando mucho.

—Temía que no desearas hablar conmigo.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Por lo que sucedió en mi casa. El beso.

—No fue algo tan grave —insinuó para conocer su opinión.

—No lo fue. Al menos no tanto como para romper nuestra amistad, ¿verdad?

—Exacto. Fue algo que simplemente sucedió, y somos adultos. No tuvo la menor importancia.

—¿Te has examinado ya, entonces? —preguntó Gustavo cambiando de tema. No deseaba mentir y admitir que para él no había sido importante.

—Sí, hace unos días.

—¿Y cómo fue?

—Bastante bien, creo. Aún no han salido las notas, pero aprobada seguro que estoy.

—En ese caso habrá que celebrarlo.

—Cuando quieras. En realidad, te llamaba porque hace días que

no vienes por Alfama.

—Ya te advertí que tardaría unos días en bajar. Tengo mucho trabajo y la historia de mi abuelo está prácticamente desvelada. Solo me queda confirmar un pequeño detalle.

—Entonces ¿piensas regresar por aquí? Geno se pregunta si debería buscar otro restaurador.

—Por lo que a mí respecta, no. Claro que, si tiene prisa, debe hacerlo, ahora estoy saturado de trabajo. Yo mismo le recomendaría un colega muy capacitado.

—No, no creo que la tenga. Es solo que como no has venido, ni llamado, en bastantes días…

—He preferido esperar a que me telefonearas tú. No estaba seguro de que desearas saber de mí después de la última tarde que nos vimos.

—Ningún problema con eso.

—Me alegro, porque yo estoy deseando reanudar mis visitas a la librería. ¿Sigues acudiendo, a pesar de haberte examinado ya?

—Sí, por supuesto. Ya te dije que es mi momento de relax, entre libros. Además, me gusta ayudar a Geno, charlar con ella, tomar mi té... —«Y verte».

—¿Cuándo salen las notas?

—En un par de días.

—¿Me escribirás para decirme el resultado?

—Si te interesa…

—Claro que me interesa.

—Entonces, lo haré.

—Dile a Geno que tenga paciencia unos días más. Me ha entrado otra restauración importante de un cliente habitual. Ya sabes que mi trabajo funciona por encargos, y no puedo permitirme rechazarlos, porque a veces estos no se prodigan.

—No te preocupes, te esperará.

—¿Y tú? —preguntó ansioso.

—Yo también.

—¿Puedo llamarte cuando tenga un descanso?

—Por supuesto, siempre que sea después de las tres.

—Así lo haré. También puedes llamarme tú. —Hizo una pausa antes de añadir—: Me encantará que lo hagas.

—De acuerdo.

—Pues, hasta entonces. Bajaré a Alfama en cuanto pueda.

—Hasta entonces, Gus.

Cortó la comunicación

—¿Todo bien? —preguntó Genoveva, que se había alejado un poco para no escuchar la conversación.

—Todo bien. Te pide un poco de paciencia porque tiene mucho trabajo, pero su intención es retomar sus visitas en cuanto cumpla unos encargos urgentes.

—¿Más tranquila?

—Sí. Me ha pedido que lo llame cuando sepa las notas del examen.

—¿Y de lo otro, de lo que te inquieta?

—Si te refieres al beso, le da tan poca importancia como yo. —Era mentira, ella no podía quitárselo de la cabeza—. Por lo tanto, seguimos siendo amigos.

—Genial.

—Ahora voy a ponerme a leer un rato.

Genoveva sonrió mientras Mara se acomodaba en su mesa habitual con uno de los libros de la estantería. Prosa, porque estaba demasiado sensible para leer poesía, fuera de quien fuese.

***

Mara aprobó el examen con una nota más que satisfactoria y se apresuró a llamar a Gustavo para contárselo. Este la felicitó y le prometió celebrarlo cuando se vieran. También lo celebró con su familia. Una asignatura más aprobada, cuyos créditos no tendría que volver a pagar. Un alivio y un paso adelante.

Y continuó esperando el regreso de Gustavo durante varios días más.

Aquella mañana estaba en la floristería, preguntándose, como cada día, si por la tarde tendría el placer de verlo, si por fin habría acabado sus encargos. Para su sorpresa, él empujó la puerta del establecimiento a las once y se dirigió hacia el mostrador donde trabajaba con cara sonriente.

—¡Hola, Mara!

—¡Gus! ¿Qué haces aquí?

—Le he preguntado a Geno en qué floristería trabajabas, y como quiero comprar un ramo de flores, pensé que nadie mejor que tú para aconsejarme.

—Claro. ¿Tienes alguna idea? ¿Para quién? —osó preguntar.

—Para una mujer.

Un jarro de agua fría la hubiera impresionado menos.

—Dame más datos. ¿Joven? ¿Mayor? ¿Tu madre, quizás? —preguntó con un poco de aprensión. Tal vez hubiera conocido a alguien y por eso había estado alejado de la librería durante tantos días y el trabajo solo hubiera sido una excusa. No pudo evitar sentir un poco de celos.

—Joven y guapa.

—¿Sabes si le gusta algún tipo de flor en especial?

—No tengo ni idea. Tú tienes más experiencia que yo, por eso te pido consejo.

—Depende también de lo que esa mujer signifique para ti o lo que

quieras expresar con el regalo. Si se trata de amor, te recomiendo las rosas rojas. Es un clásico, pero siempre funciona.

Gus denegó con la cabeza.

—Algo menos evidente.

—Puedes utilizar rosas de otros colores, o claveles. Tal vez algo original mezclando varios tipos de flores con plantas verdes. Ese tipo de ramos queda muy bien, aunque son más caros.

—Eso me parece perfecto. Algo único. ¿Podrías hacer uno así?

—Claro.

—Que sea bonito, la chica es especial.

Más decepción.

—Muy bien.

Durante un rato Mara compuso un ramo pequeño pero precioso, poniendo sus cinco sentidos en el trabajo, mientras la palabra especial se le clavaba muy hondo. Gus la observaba en silencio, con una sonrisa de complacencia al ver su encargo ir tomando forma. Al terminar, le mostró el resultado.

—¿Está bien así? ¿Es lo que deseabas? ¿Quito o pongo algo?

—Es perfecto. Me encanta, Mara, has hecho un trabajo excelente.

—¿Hay que enviarlo a alguna dirección? ¿Incluir una tarjeta?

—Lo entregaré en mano. Y no necesita tarjeta. Gracias.

—Gracias a ti por confiar en mi criterio. ¿Te veremos pronto por la librería? —no pudo evitar la pregunta.

—Espero que sí.

—Pues hasta entonces.

Pagó el encargo y se marchó. Mara se quedó abatida viéndolo salir del establecimiento. Había hecho un ramo precioso para otra mujer.

***

Aquella tarde llegó a la librería con poco ánimo. No le habló a Genoveva de la visita de Gustavo a la floristería ni del encargo que le había hecho. Tampoco la mujer mencionó haberle dado ninguna información sobre su lugar de trabajo.

Se sentó a su mesa habitual y se enfrascó en la lectura. No tenía ganas de conversación, ni siquiera con su amiga. Deseaba digerir su decepción a solas. Tampoco levantó la vista cuando la puerta se abrió y Genoveva exclamó con jovialidad.

—¡Dichosos los ojos!

—¡Hola, Geno!

La voz tan conocida le hizo mirar. Gustavo entraba en la estancia con paso rápido. En la mano llevaba un ramo de flores. El mismo que ella había confeccionado aquella mañana. ¿Era para Geno? Pero él había dicho…

Él se giró hacia la mesa que ella ocupaba y se le acercó. Le tendió las flores.

—Enhorabuena por tu aprobado.

—¿Para mí?

—Para ti. Le pregunté a Geno cuáles eran tus flores favoritas y, puesto que no supo responderme, preferí que las eligieras tú misma. ¿Te gustan?

—Claro que me gustan. Pero no debías haberte molestado.

—Es solo un detalle. Una asignatura aprobada con todas las dificultades que afrontas cada día se merece un regalo. Lo único malo es que sabes cuánto me han costado, pero no lo recuerdes, ¿vale?

—Vale.

—¿Supone un problema para ti que te haya regalado flores? ¿Por tu familia?

—Ningún problema.

—¿Dirás que son del restaurador de la librería?

Negó con la cabeza.

—Diré que son de un amigo. Por haber aprobado —puntualizó.

—Vamos mejorando —comentó él con una sonrisa.

—¿Ya estás al día con los encargos? —preguntó Geno.

—Sí. Volveré a estar por aquí con regularidad.

—Pues siéntate a tomar tu café. Hoy invita la casa.

Se sentaron juntos a disfrutar de las bebidas calientes. Y a charlar de todo lo que no se habían contado durante días: trabajo, estudios y familia.

A las siete menos diez, como cada tarde, Mara cogió su ramo de flores y se marchó a su casa con el corazón ligero. Mientras, Gustavo gestionaba con Genoveva el encargo de una nueva restauración.

«Las flores eran para mí. Las flores eran para mí», se repetía una y otra vez mientras caminaba por la acera. Sabía que en su casa el regalo generaría preguntas, pero no le importaba. Se sentía demasiado feliz.

Capítulo 16

La boca del infierno

La televisión había anunciado un temporal para aquel viernes que se prolongaría todo el fin de semana. Se preveían lluvias abundantes en la zona de costa. Mara esperaba que Gus se pronunciara sobre la posibilidad de ir a la Boca del infierno, aunque las recomendaciones eran de no coger el coche.

No era ninguna temeraria, pero tenía muchas ganas de verlo a solas. Desde que él volviera a la librería su relación se había limitado a encontrarse en el local, a tomarse el café y charlar. En ocasiones la acompañaba hasta las inmediaciones de su casa, pero no había vuelto a invitarla a visitar su taller.

—¿Has visto la previsión del tiempo? —le preguntó él al despedirse aquella tarde.

—Sí, amenaza un temporal considerable.

—¿Te apetece que hagamos la excursión que tenemos pendiente a la Boca del infierno?

—¿No será peligroso?

—Mi coche es muy seguro, un poco de lluvia no le afecta. Y yo

estoy habituado a conducir con todo tipo de inclemencias, incluso con nieve. Mi trabajo me obliga a desplazarme a lugares poco accesibles para recoger o entregar libros, en cualquier época del año.

—En ese caso, acepto encantada.

—¿Te recojo a media tarde? A tiempo para ver el acantilado de día y de noche. Recuerda que me prometiste que cenaríamos juntos.

—¿Eso te prometí? No estoy segura de recordarlo.

—El día que viniste a mi casa, te pregunté si te quedabas a cenar y me dijiste que en otra ocasión. He supuesto que preferías hacerlo en un restaurante. ¿Mañana por la noche?

—De acuerdo.

—Avisa de que llegarás tarde.

—Sí.

Entró en su casa dispuesta a ocuparse de sus hermanas pequeñas. Como siempre, Catarina la acaparó con peticiones y llamadas de atención. Durante la cena expuso sus planes para el día siguiente.

—Mañana no cenaré en casa.

—¿Y eso? —preguntó su madre. Trabajaba de mañana aquellos días por lo que podía ocuparse de las pequeñas sin problema.

—Tengo que ir a Cascáis.

—Mañana va a llover —advirtió Tiago, que odiaba el mal tiempo.

—No voy a ir andando.

—Ya lo supongo.

—Un asunto de la librería, imagino —comentó su abuela con ligera sorna, que Mara ignoró.

—Más o menos.

— ¿Te va a llevar el arreglador de libros? —inquirió Catarina.

—Sí.

Nadie hizo ninguna otra pregunta, lo que agradeció. Había interceptado la mirada cómplice de Camila y Cata, y la ligera sonrisa de ambas. Sin embargo, no deseaba hablar de Gustavo de forma más personal. Todavía no. Con que se hiciera ilusiones ella sola era suficiente.

***

A la hora señalada, Gus la recogió casi a las puertas de su casa. Llovía demasiado para caminar hasta la librería.

Ambos iban pertrechados para la lluvia con botas, chubasqueros y paraguas.

—¿Dispuesta para la aventura?

—Sí. Deseando emprenderla.

Gustavo arrancó el coche. Ninguno de los dos se percató de que, desde la ventana de la casa, varios pares de ojos los observaban.

La lluvia arreció al llegar al destino, el limpiaparabrisas apenas podía despejar el cristal, pero no se arredraron. Con un paraguas que servía más de adorno que de protección, descendieron del coche y se acercaron hasta el mirador, luchando contra la lluvia y el viento.

El agua pasaba por el orificio entre las rocas con una furia mucho mayor que la vez anterior que estuvieron allí, y produciendo el sonido atronador que daba nombre al lugar.

—En verdad es impresionante —afirmó Mara contemplando la furia de los elementos.

—Ya te lo dije.

El viento amenazaba con hacerles salir volando. Mara se tambaleó y Gus le rodeó la cintura con el brazo para proporcionarle más resistencia. Ella hizo lo mismo con él, aferrándose con fuerza al

cuerpo masculino. El paraguas se volvió y lo cerraron.

Permanecieron un buen rato allí, cubiertos por los chubasqueros, contemplando el espectáculo. Aunque el agua calaba los pantalones de ambos, no se marchaban, como si estuvieran hipnotizados por la visión. Un rayo lejano iluminó el cielo, proporcionando una claridad fantasmagórica al lugar. Tomaron algunas fotos que probablemente no salieran o quedaran movidas, pero servirían para recordar el momento.

Aguardaron a que el sol se ocultara, abrazados por la cintura, y cuando la noche cayó sobre ellos, se movieron para regresar al coche. Estaban ateridos y empapados, pero felices. Parecían dos chiquillos cometiendo una travesura, disfrutando del morbo de lo prohibido. Y de estar juntos.

—Estás hecha una sopa —dijo Gus cuando entraron en el coche.

—Solo el pantalón, el chubasquero me ha protegido la parte superior del cuerpo.

—Vamos a cenar; he reservado en un restaurante de Cascáis que tiene chimenea. Nos secaremos mientras comemos.

Se dirigieron al pueblo. Gus sacó una toalla de la guantera, con la que se secaron el rostro bañado por la lluvia antes de entrar al restaurante. También el agua se les había colado bajo las capuchas y ambos tenían el pelo húmedo.

Una vez en el local se despojaron de los chubasqueros. El dueño los observaba desde la barra con incredulidad.

—Pensaba que anularían la reserva debido al mal tiempo.

—Nada de eso; estamos aquí. ¿Cuál es nuestra mesa?

—La que prefieran. Como pueden comprobar, no hay nadie más.

Escogieron una cercana a la chimenea. El agradable calor les reconfortó en seguida, y la sopa caliente que pidieron aún más.

—Confío en que no pillemos un resfriado.

—Soy una chica muy fuerte. Y si me acatarro, me da igual, merecerá la pena. No me lo hubiera perdido por nada del mundo.

—Tal vez deberíamos haber esperado a un temporal menos violento.

—El espectáculo habría sido menos bello.

—Eso es verdad.

La sopa estaba deliciosa y el pescado al horno también. Pero lo que de verdad les estaba haciendo disfrutar era la compañía. La intimidad que disfrutaban en aquella sala vacía iluminada por el fuego crepitante de la chimenea. Ni siquiera en la casa de Gustavo la habían sentido tan intensa, porque aquella tarde tenían que leer las últimas cartas y desgranar historias del pasado. Esa noche estaban solo ellos, Gustavo y Mara. Unidos por algo que no tenían muy claro qué era, pero tampoco se lo planteaban. Se limitaban a disfrutarlo.

Lo único que importaba era el momento presente, las miradas intensas, las voces quedas que hablaban más que las palabras sobre el tiempo que intercambiaban. La conversación era fácil y trivial, como si con ella pretendieran aligerar la complicidad que los rodeaba. El intenso placer de estar juntos.

Mara no tenía ganas de que acabara la cena. Gustavo tampoco, y comían muy despacio, ignorando el malestar del dueño del restaurante, que deseaba que aquellos dos locos terminaran de una vez para cerrar y marcharse a su casa.

Pidieron postre, café y copa. Pero al fin no pudieron prolongar más tiempo la estancia en el restaurante.

—¿Van muy lejos? —preguntó el hombre, aliviado al ver que se ponían los chubasqueros.

—A Lisboa.

—Tengan cuidado. La carretera puede estar cortada. Hay un tramo a la salida de la ciudad que se inunda con facilidad.

—Gracias por la advertencia.

Vieron las luces de los coches de policía desde lejos.

—¿Qué sucede, agente?

—Hay un desprendimiento, no pueden pasar. La carretera está cortada.

—¿Hay alguna otra forma de llegar a Lisboa?

—No se lo aconsejo, la vía está en peor estado que esta. Deberán esperar a que la tormenta amaine y se puedan reparar los caminos.

—Gracias —respondió Gustavo maniobrando para dar la vuelta—. Buscaremos un lugar donde pasar la noche. Algún hotel nos podrá acoger. Lo siento, Mara. Yo te he metido en esto.

—Tú no tienes la culpa de que el temporal sea más fuerte de lo que habíamos previsto. Los dos nos arriesgamos. Llamaré a casa para que no se preocupen.

—Tu familia va a odiarme.

—No lo creo.

Marcó el número de su madre.

—Mamá…

—¿Sí, Mara? ¿Qué ocurre?

—Nada, no te preocupes. Es solo que el temporal ha cortado la carretera por la que debíamos regresar y no podemos volver a Lisboa esta noche. Nos quedaremos en Cascáis.

—Me tranquiliza oír eso. Me inquieta mucho que andéis en coche con este temporal.

—Estamos bien, no te inquietes. Te llamaré cuando emprendamos el regreso, no sé cuándo repararán la carretera, imagino que cuando amanezca.

—Mañana es sábado, no tienes que trabajar, de modo que no os arriesguéis si no es necesario.

—No lo haremos. Te llamo mañana.

Cortó la comunicación.

—Asunto arreglado. Ahora, a buscar alojamiento. ¿Crees que nos acogerán en algún sitio?

—Si no, siempre podemos dormir en el coche. Los asientos se tienden del todo. Aunque preferiría una cama decente y un lugar caliente donde terminar de secarnos la ropa. Busca un hotel en internet.

Tras conectarse, Mara encontró un hotel de cuatro estrellas cerca de donde se encontraban. Miró el precio de las habitaciones.

—Gus, yo no puedo pagar esto. Tal vez deberíamos buscar otra cosa más económica.

—Yo sí.

—No puedo aceptarlo.

Gustavo no respondió. Detuvo el coche, cogió el teléfono y llamó al hotel para preguntar sí tenían habitaciones disponibles. Ante la respuesta afirmativa, aparcó en las inmediaciones y bajaron del vehículo. La lluvia seguía cayendo con intensidad y se empaparon de nuevo en cuestión de segundos.

—¡Menuda noche! —exclamó el recepcionista al verlos llegar.

—Acabo de llamar por teléfono preguntando por las habitaciones.

—Sí, señor. ¿Una o dos?

—Dos —pidió Gustavo.

—¡No! ¿Cómo vas a pagar dos habitaciones? Es mucho dinero —protestó Mara—. ¿Las habitaciones tienen camas individuales?

—Sí, señora, la mayoría sí.

—En ese caso, una sola. La compartiremos.

—Tú decides —dijo Gus dando los datos para registrarse—. Pero puedo permitirme las dos.

Mara denegó con la cabeza.

—Con desayuno, por favor —añadió él.

Pocos minutos después, subieron en el ascensor camino de la tercera planta.

La habitación era espaciosa, con dos amplias camas, y lo primero que hicieron fue subir la calefacción para caldear la estancia.

—Una ducha caliente nos vendría de maravilla. Yo sigo teniendo los pantalones húmedos —sugirió Gustavo entrando en el cuarto de baño para inspeccionarlo.

—Sí.

—Las damas primero. Hay albornoces tras la puerta, porque no tenemos ropa para cambiarnos y debemos secar la que traemos. Con la calefacción encendida mañana estará en condiciones de ser usada.

Mara respiró aliviada. Un albornoz cubría lo suficiente. No quería imaginar que tuviera que salir del baño envuelta en una escueta toalla. Cuando decidió compartir la habitación no había pensado en que tendrían que dormir desnudos o dejarse la ropa mojada.

Entró en el cuarto de baño y se deleitó bajo los chorros de agua caliente. Por un momento imaginó —solo imaginó— que Gus entraba y se metía en la ducha con ella. Sabía que no lo haría, lo conocía lo suficiente para saber que no invadiría su espacio privado sin invitación. La cuestión era… ¿deseaba que lo hiciera?

Su mente le dijo un no categórico. Su cuerpo lo contrario. ¡Hacía tanto tiempo que no estaba con un hombre! Y Gus le gustaba mucho. Demasiado.

Salió poco después, reconfortada por el agua caliente, y envuelta en el cálido albornoz.

—Tu turno.

Gustavo entró en el baño a su vez. Mara aprovechó para meterse en una de las camas completamente desnuda y cubrirse con el edredón hasta el cuello. Había dejado la ropa en una de las sillas

para que se secara, cuidándose de ocultar el sujetador y las bragas bajo el jersey para que no quedaran a la vista.

Y aguardó a que Gus saliera de la ducha. Intentó dormirse, pero no lo consiguió. No dejaba de imaginárselo bajo los chorros. El cuerpo delgado y flexible, del que apenas había visto nada con anterioridad. El que esa noche deseaba ver.

Cerró los ojos y murmuró muy bajito:

—¡Que sea lo que Dios quiera! Ya lo afrontaré mañana.

Capítulo 17

Cascáis

Gus salió del baño envuelto también en el albornoz del hotel. Mara no podía apartar la mirada de él. Con el pelo revuelto ofrecía un aspecto más atractivo aún de lo que solía.

Él se detuvo al lado de la cama vacía.

—Voy a quitarme el albornoz para acostarme —advirtió—. Date la vuelta si no quieres verme desnudo.

—No voy a darme la vuelta… salvo que tú desees que lo haga.

Gus negó con la cabeza y se acercó. Se sentó en el borde del lecho de Mara y le agarró la mano. La llevó hasta el cinturón del albornoz.

—Tira, si quieres.

Y ella tiró.

Gustavo se inclinó y buscó la boca femenina. El edredón se bajó, la felpa del albornoz se abrió, dejando expuesto el cuerpo de ambos y se enredaron en un beso tórrido. Muy diferente al que se dieron en Sintra. Un beso que dejaba poca imaginación a lo que los dos deseaban.

Gustavo entró en la cama de Mara y se apretó contra su cuerpo desnudo, mientras sus manos recorrían la espalda con movimientos suaves.

—Gus… yo… —murmuró Mara separando por un momento su boca de la masculina.

Él se detuvo y la observó con atención.

—¿Qué ocurre? Si no quieres, me vuelvo a mi cama.

—Sí quiero, no pienso en otra cosa desde hace días y esta circunstancia nos lo ha puesto en bandeja. Es solo que estoy un poco oxidada en esto. Hace bastante tiempo de la última vez.

Él esbozó una sonrisa.

—Es como montar en bicicleta.

—No quisiera decepcionarte, ni que pienses que soy una mojigata. Mi experiencia en el sexo fue bastante juvenil.

—¿Qué significa eso? ¿Se hace de forma diferente en los años jóvenes?

—No que yo sepa. Pero…

—Déjate llevar —murmuró él acariciándole la mejilla con el dorso de la mano—. Si hay algo que no te guste, solo tienes que decirlo.

Mara asintió y recibió de nuevo la boca de Gustavo. Suave, cálida y exigente a la vez.

Se perdió en sus brazos, en su boca y en su cuerpo. Se dejó llevar por sentimientos y emociones, por el deseo y la pasión. Olvidó sus miedos y cualquier cosa que no fueran ellos dos, entregados uno al otro en aquella habitación de Cascáis, envueltos por una tormenta que estallaba con furia detrás de los cristales, igual de intensa que la que tenía lugar en la cama.

Se besaron, se acariciaron sin prisas, sin urgencia. Haciendo aumentar el deseo con cada roce, hasta que al fin se unieron en uno solo con movimientos profundos y cadenciosos. Los gemidos

eclipsaron los ruidos del temporal, y el grito de placer que Mara no pudo contener coincidió con un trueno ensordecedor.

Gus se estremeció y se dejó ir a su vez, convulsionándose sobre el cuerpo femenino con gemidos entrecortados. Después se dejó caer sosteniéndose sobre los brazos y la miró. Sus ojos se encontraron brillantes y turbios por la pasión compartida.

—Te lo dije… como andar en bicicleta.

Ella negó con la cabeza.

—Yo antes iba en un triciclo.

Alargó la mano hacia el cuello masculino y le bajó la cabeza para besarlo de nuevo con intensidad.

La noche se hizo madrugada mientras satisfacían su deseo una y otra vez. No hablaron, sus bocas no pronunciaron apenas palabras, sus manos y sus labios lo dijeron todo.

El sueño los rindió al amanecer, agotados sus cuerpos al igual que se había agotado el temporal a lo largo de la noche. Despertaron casi a mediodía.

Los dedos de Gus jugueteaban con los mechones enredados del pelo de Mara. Ella se volvió para enfrentar su mirada, temerosa de lo que pudiera ver en ellos.

—Buenos días —murmuró él con una sonrisa radiante.

Ella se relajó.

—En verdad son buenos, la tormenta parece haber pasado, o al menos aminorado.

—No son buenos por eso.

—Ah, ¿no? ¿Por qué entonces?

—Porque acabo de pasar la mejor noche de mi vida. No sé tú…

—Para mí también ha sido algo especial. Nunca volveré a escuchar una tormenta sin acordarme de esta noche. Gracias.

—Las gracias se dan a alguien que ha hecho un esfuerzo. Nada

más lejos de la realidad para mí.

—¿No te has enforzado? Yo diría que sí.

—Solo me he dejado llevar, como tú.

Se quedaron mirando en silencio durante unos largos minutos.

—No irás a decir lo típico de la mañana después, ¿verdad? —preguntó Gustavo delineando el rostro de Mara con los dedos.

—¿Qué se dice la mañana después?

—Que ha sido un error, que te arrepientes.

—No me arrepiento.

El suspiro de alivio fue evidente.

—Me alegro, porque yo tampoco. Pero sí voy a decir algo también muy típico y muy cierto. ¡Me muero de hambre!

Mara sonrió.

—Y yo. Pero no sé si el comedor estará aún abierto para que podamos desayunar. Es tarde.

—Da igual. Seguro que el servicio de habitaciones funcionará o también podemos salir a la calle a comer algo. Lo que prefieras.

—Mejor salimos. Al desayuno invito yo y así averiguamos el estado de las carreteras.

—¿Tienes ganas de regresar?

—No, pero al menos debo llamar a casa para informar de si regreso hoy o no y tranquilizarles.

—Tal vez debamos quedarnos otra noche más en Cascáis. Aunque el temporal haya amainado, no sé cómo estarán los caminos. ¿Te importaría?

Mara sintió de nuevo en su vientre el calor del deseo.

—No. Pero tendré que dar explicaciones en casa. No suelo faltar tanto tiempo seguido.

—Si no quieres decir la verdad siempre puedes echar la culpa al estado de la carretera. Dudo mucho que hayan podido repararla

durante la noche, la tormenta ha durado horas.

—Pero seguro que hay otra forma de llegar a Lisboa.

—La hay, dando un gran rodeo. Anoche no lo consideré oportuno porque era una temeridad seguir conduciendo con semejante tiempo. Hoy podemos intentarlo, si quieres. Ahora solo cae una ligera llovizna.

—Vamos a desayunar y después decidimos qué hacer. Primero saciemos el hambre.

Comenzaron a vestirse y bajaron a una cafetería cercana al hotel, donde encargaron un desayuno abundante. El del hotel había dejado de servirse hacía rato.

—Me gustaría quedarme —afirmó Gustavo, expresando su opinión sobre lo que prefería hacer el resto del día—. No tengo ganas de separarme de ti tan pronto.

—Gus…

—Tú decides, por supuesto. Yo solo te he dicho mi preferencia.

—Si nos quedamos otra noche, lo más probable es que volvamos a acostarnos juntos.

—Solo si tú quieres. Si deseas que sea un hecho aislado, lo respetaré y dormiré en la otra cama. Y si prefieres volver, desayunamos y buscamos alternativas.

—También me gustaría quedarme —dijo—, pero no estoy segura de que sea buena idea.

Sabía que si se quedaban iban a disfrutar de otra noche de sexo, porque ella lo deseaba tanto como él.

—¿Por qué no?

—Porque esto se nos puede ir de las manos.

—Mara, ¿de qué tienes miedo?

—De que esto no sea un hecho aislado. De que no podamos pararlo.

—¿Te refieres a empezar algo? ¿Es eso lo que temes?

Se encogió de hombros. Él no había mencionado nada de empezar una relación, solo había propuesto pasar otra noche juntos. Pero Mara estaba segura de que volverían a caer uno en brazos del otro durante horas. Y su corazón se haría ilusiones.

—Yo estaría encantado de empezar algo contigo. Eres una mujer muy especial y me gustas muchísimo. Pero sé que tú tienes tus reticencias, que no quieres que tu familia nos vea juntos. No sé el motivo ni pretendo que me lo cuentes, si no quieres, pero, por mí, esto podría ser un comienzo.

—Tuve una relación hace mucho tiempo.

—La juvenil.

—Sí. ¡No te burles!

—Jamás se me ocurriría. Eres tú quien la ha calificado así.

—Estábamos en el instituto cuando empezamos a salir. Todo iba bien, pero de repente mi situación familiar cambió con la muerte de mi padre, mi abuela se vino a vivir con nosotros y mi madre comenzó a coger todos los turnos del hospital posibles para hacer frente a la hipoteca y los gastos de la familia. Todos tuvimos que arrimar el hombro, porque mis hermanos eran pequeños: Catarina era apenas un bebé, Joana tenía tres años y Tiago nueve. Yo tuve que buscar trabajo en la floristería y ayudar a mi abuela con los niños. Interrumpí mis estudios tal como los realizaba y me matriculé en la universidad a distancia a razón de una asignatura por año. Espero pronto poder aumentar el ritmo o me haré vieja sin terminar la carrera... Pero él continuó siendo estudiante, libre de obligaciones y responsabilidades. No estaba dispuesto a aceptar mi compromiso con los míos y me dejó. Me rompió el corazón.

—¿Piensas que yo haré lo mismo si empezamos a salir juntos?

—No lo sé, y tampoco quiero averiguarlo. No deseo ponerte a

prueba, Gus.

—Soy un hombre, no un crío que solo piensa en divertirse; sé de responsabilidades y compromisos.

—Eres tu propio jefe, te organizas los horarios como mejor te conviene, mientras que los míos dependen de los demás. No es fácil y no quiero que me rompan el corazón de nuevo.

—Solo puedo decirte que, desde que te vi por primera vez en la librería de Alfama, supe que eras especial. Y el tiempo no ha hecho más que corroborarlo. Me gustas mucho, muchísimo, y estoy dispuesto a ver dónde nos conduce esto. No le cierres la puerta cuando acaba de empezar. Déjate llevar, como anoche. No nos fue tan mal, ¿verdad?

—Nada mal. Pero…

—¿Pero qué, Mara?

—Podré dedicarte poco tiempo.

—No importa. Aceptaré con gusto el que sea. Y lo disfrutaremos.

—De acuerdo. Me dejaré llevar, pero estoy aterrada.

Gustavo había alzado las manos por encima de la mesa y acariciaba las de Mara con suavidad. También intentaba infundirle confianza con su mirada.

—Volvemos a casa, si te vas a sentir más segura. Iremos poco a poco, ¿de acuerdo? Sin etiquetas ni poner nombre a lo nuestro.

—¿No quieres quedarte esta noche en Cascáis?

—Sí que quiero, pero tú necesitas ir despacio y asimilar lo nuestro. Y tranquilizar a tu familia sobre tu ausencia. Nos marchamos.

—Gracias.

—No hay de qué.

Terminaron el tardío desayuno y cancelaron la estancia en el hotel. Subieron al coche y, tras comprobar que la carretera que conducía a Lisboa continuaba cortada, buscaron una alternativa que los haría

dar un buen rodeo, pero llegarían a la capital a media tarde.

El trayecto lo hicieron escuchando música, relajados y charlando sobre mil temas comunes. Gus le explicó los encargos que tenía pendientes y su agenda para realizarlos. Mara contó anécdotas de sus hermanos y los planes que tenía para el nuevo semestre que iba a afrontar. Con un poco de suerte, lo harían juntos.

Llegaron a Lisboa y Gus aparcó varias casas más atrás de la de Mara. Antes de que descendiera del vehículo, la agarró del brazo y la besó.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó al separarse.

—Mañana llevaré a las niñas al parque y por la tarde mi madre trabaja. ¿El lunes en Alfama?

—El lunes en Alfama. Llámame si quieres, a cualquier hora del día o de la noche.

—Lo haré.

La vio descender por la calle en dirección a su casa. Iba a luchar por ella, iba a convencerla de que no la dejaría tirada ni le rompería el corazón. Porque el suyo quedaría igual de roto.

Mara encontró a su familia en la cocina, merendando.

—¡Ya estás aquí! —exclamó Catarina saltando de la silla y abrazándose a ella, como si hiciera siglos que no la veía—. Tenía mucho miedo de que no volvieras nunca nunca.

—¡Cómo no iba a volver! ¿Qué iba a ser de mí sin vosotros? Lo que pasa es que llovía mucho y la carretera se rompió y no podíamos pasar.

—¿Ya la han arreglado?

—Sí.

—¿Me vas a bañar tú esta noche?

—Por supuesto. Y te voy a contar el cuento de hoy y el de ayer.

Su madre la observaba con atención y tuvo la certeza de que

podía leer en su cara lo sucedido. De que lo sabía todo. Y le dedicó una amplia sonrisa de aprobación mientras ella le dispensaba a su hermana toda la atención que esta le pedía. Había ejercido de madre de Catarina más que la propia y la niña la había convertido en un referente en su vida.

Un rato después escuchó la entrada de un mensaje y se apresuró a mirar el móvil. Era de Gustavo y se apartó un poco para leerlo. Solo dos palabras: Rima XXXII.

Se disculpó con Catarina por un momento y buscó el libro. Se sentía incapaz de esperar hasta que la pequeña se durmiera para saber qué quería decirle.

Rima XXXII

Pasaba arrolladora en su hermosura
y el paso le dejé;
ni aun a mirarla me volví, y, no obstante,
algo a mi oído murmuró: «ésa es».

¿Quién unió la tarde a la mañana?
Lo ignoro; sólo sé
que en una breve noche de verano
se unieron los crepúsculos, y… «fue».

Respondió con una ristra de corazones y besos, que él devolvió.

Capítulo 18

Gus

Mara llegó a la librería más temprano de lo habitual. Solo hacía dos días que se había despedido de Gustavo, dos días que llevaba viviendo como en una nube, y necesitaba verlo de nuevo, leer en sus ojos que lo sucedido en Cascáis era real y no producto de su imaginación. Que de verdad él deseaba empezar una relación; que los besos, las caricias y el amor compartido en aquella habitación no se iban a quedar en ella como consecuencia de una noche de tormenta.

Hubiera podido despejar sus dudas llamándole, pero también necesitaba digerir a solas lo ocurrido, saborearlo en su mente y hacerse a la idea de que cuando se volvieran a encontrar todo sería diferente. Si él no se arrepentía y continuaba deseando lo mismo.

La mañana se le hizo eterna en la floristería, con poco trabajo y limitándose a arreglar la tienda y mantener el género ordenado y a punto.

Almorzó muy rápido y recogió la cocina más rápido aún para marcharse cuanto antes, impulsada por una impaciencia que no

estaba segura de haber ocultado a su familia.

Genoveva la vio entrar mirando a su alrededor con avidez.

—Aún no ha llegado, suele hacerlo más tarde. Has venido muy temprano hoy.

—Hemos terminado de comer pronto y no había mucho que recoger en la cocina. He terminado en seguida.

—Veo que no eres la única que se ha dado prisa hoy en almorzar —dijo Genoveva con una mirada socarrona.

Mara giró la cabeza y vio a Gus entrando en el local. Con una amplia sonrisa en la cara, una sonrisa que no solo le curvaba la boca, sino que también le iluminaba la mirada.

—¡Hola, preciosa! —dijo acercándose hasta donde se encontraban las dos mujeres y besando a Mara en la mejilla—. ¿Hace mucho que estás aquí?

—Acabo de llegar.

—¡Vaya vaya! ¿Me he perdido algo?

—Te has perdido muchas cosas, Geno —confesó Gustavo—. ¿No te lo ha contado Mara?

—No me ha dado tiempo. Ya te digo que he llegado hace unos minutos.

—En ese caso, te lo contamos juntos: vamos a darnos una oportunidad.

—¿Y eso qué demonios es? —indagó la librera con suspicacia.

—Eso es que cuando la mandes a la trastienda por algo, yo voy a ir detrás para poder besarla en la intimidad.

—En mis tiempos eso tenía otro nombre menos ambiguo. Por mí puedes llevarla a la trastienda ahora mismo, si quieres.

Gustavo clavó en Mara unos ojos inquisidores y ella rio, cogiéndole de la mano y dirigiéndose al fondo del local.

Una vez lejos de miradas indiscretas, se abrazaron y se besaron.

—Me parecía que hacía un siglo que no te besaba —confesó Gus.

—Solo un día.

—Casi dos. He contado las horas: cuarenta y una. ¿Por qué no me has llamado? Esperaba que lo hicieras.

—He estado ocupada en casa.

—Seguro que has encontrado algún hueco para hacerlo.

—También podías haber llamado tú.

—No quería pillarte en un momento inoportuno con tu familia. Ese es mi motivo. ¿Cuál es el tuyo? El de verdad.

—Tenía que asimilar lo que nos sucedió en Cascáis. Todo fue tan precipitado, tan de repente...

—Yo llevaba deseándolo desde hacía mucho, y me confesaste que tú también. ¿No lo recuerdas? No ha sido de repente, Mara, al menos para mí.

—No me refiero a lo que hicimos en la habitación, sino a lo que hablamos durante el desayuno.

—¿Eso que según Geno tiene un nombre concreto que no le quieres poner?

—Sí.

—No te vas a echar atrás, ¿verdad?

—No. Si tenía alguna duda, acabo de desecharla al verte entrar por la puerta. También me moría de ganas de besarte.

—Eso está hecho.

La colocó contra la pared y, apretándola con su cuerpo, la besó de nuevo, una y otra vez.

Un rato después abandonaron el improvisado refugio. Genoveva se apresuró a conectar la cafetera y el hervidor de agua.

—¿Vais a contarme algo más o debo imaginarlo?

—Puedes imaginar todo lo que quieras, y acertarás —comentó Gustavo con aire pícaro.

—Ya era hora. Me temía que Mara se pasase el resto de su vida entre libros y familia, sin un buen mozo que le diera una alegría al cuerpo.

—Yo intentaré que sea así, que los libros sean su entorno habitual porque es el mío. Y para las alegrías me ofrezco voluntario también.

Se sentaron a la mesa para degustar las bebidas. Geno no quiso unirse a ellos, prefirió dejarlos solos. Intuía que tenían mucho que hablar, al margen del lenguaje sin palabras que hubieran empleado en la trastienda.

—¿Qué te dijeron en casa de tu ausencia?

—Poca cosa. Mi madre y mi abuela saben todo lo que pasó, lo leo en sus ojos, pero no han hecho ningún comentario.

—Temía que te vieras en una situación incómoda.

—No ha sido así. Las niñas sienten curiosidad y ellas han sido más inquisidoras. No están acostumbradas a que falte de casa por las noches. Catarina, sobre todo, es muy posesiva conmigo. Tiene su lógica, he cuidado de ella más que mi madre desde que era un bebé. Tenía miedo de que no volviera. Siempre insiste en que sea yo quien la bañe, la acueste y le lea cuentos. Es la más lectora de la familia, la más parecida a mí.

—Me gustaría verte alguna vez con tus hermanas.

—Más adelante. Ahora vamos a acostumbrarnos uno al otro y a esta situación nueva para todos.

—Me parece bien. ¿Tienes algo que hacer hoy en la librería?

—Ha terminado el semestre, hasta que comience el próximo estoy más libre de estudios.

—¿Te parece que demos un paseo? Hace una buena tarde para estar en la calle, y tal vez tomar algo fuera de Alfama. La carta de Geno es bastante limitada.

—Me parece una idea genial, pero hoy sí debo estar en casa a las

siete. Mi madre trabaja y me he ofrecido a hacer la cena. Mi abuela es mayor y ya hace bastante durante el día.

—Estarás puntual, te lo prometo. No voy a interferir en tus obligaciones con tu familia, ni a solicitar más de lo que puedas dar. La paciencia es uno de mis puntos fuertes, mi profesión me ha hecho desarrollarla.

Terminaron el café y se despidieron de Genoveva. Salieron a la calle. Hacía frío, el otoño estaba dando paso al invierno y pronto llegarían las navidades.

—Muéstrame tus zonas de Lisboa favoritas —pidió Gus cogiéndole la mano para caminar a su lado—. Quiero conocerte mejor, saber lo que te gusta y lo que no.

—Mi lugar favorito es Alfama, mi barrio.

—La cuna del fado.

—Sí. ¿Te gusta el fado?

—No he escuchado mucho, pero sí, me gusta.

—A mí me encanta. Son canciones tan íntimas, tan desgarradoras… Solía ir con mi padre a un local del barrio donde realizan conciertos. Muy diferentes de los espectáculos que se ofrecen al turismo. No he vuelto desde que falleció, a nadie más de mi familia le gusta.

—Eres una romántica.

—Me temo que sí. Pero no soy la única.

—¿Lo dices por alguien en concreto?

—¿Tal vez alguien que manda poemas de Bécquer por WhatsApp?

Gus rio.

—Pensé que te gustaría.

—Me encanta. Por suerte lo nuestro no está prohibido y podemos hablar de nuestros sentimientos cara a cara, pero no deja de ser un gesto muy romántico por tu parte.

—Es para que te sigas acordando de mí después de separarnos. Para que sepas que yo lo hago. Mara, pienso en ti todo el tiempo, y no solo después de Cascáis. Mi trabajo es muy manual y deja libre la mente. ¡Ni te imaginas cuánto he pensado en ti durante los días que estuve sin ir a Alfama! Temía que haberte besado te alejara de mí, No sabía a qué atenerme contigo, pero esa tarde no pude evitarlo.

—¿Tan difícil soy de entender?

—No, después de que me explicaras lo de tu anterior relación. Antes, un poco. El hecho de que no me dejaras acercarme a la puerta de tu casa me despistaba mucho. En esta época no es lo normal, las relaciones entre hombres y mujeres no se esconden. Pensé que tal vez se debía a que no te sentías atraída por mí y querías poner distancia emocional. En otras ocasiones me parecía que sí, pero temía dar un paso en falso.

—El que no nos despidamos en la puerta de mi casa es para protegerte de la intensidad de mi familia. También para evitar preguntas que no sabía cómo contestar.

—¿Qué responderías ahora?

—Tampoco sabría cómo hacerlo. Sé lo que siento por ti, lo que estamos empezando, pero no sé si terminará ni cómo. No quiero hablar de algo que no sé si tiene futuro.

—Yo confío en que sí lo tenga. La última rima que te mandé, el sábado por la noche, refleja mis sentimientos hacia ti. La impresión que me causaste el primer día que te vi. Algo en mi interior me dijo: «¡Esa es!».

—Soy una mujer de lo más normal.

—¡Ni por asomo! Aparte de que eres preciosa, me pareciste cargada de misterio.

—¿Misterio yo? Tú eras el hombre misterioso para nosotras.

—¿Y qué me dices de las entradas y salidas que hacíais Geno y tú

a la trastienda, de forma alternativa? Y siempre mirándome, observándome desde tu mesa con poco disimulo. Puro enigma para mí.

—Estábamos desembalando los libros de la colección Almeida y no queríamos dejarte solo en la librería. No nos fiábamos de ti.

—¿Pensabais que era un ladrón?

—Más bien un coleccionista en busca de algo en concreto. Y los coleccionistas ya sabes que son capaces de cualquier cosa para conseguir lo que desean.

—Algo en concreto buscaba. Indicios de la mujer cuyas cartas guardaba mi abuelo. Pero la imagen que tienes de los coleccionistas es la que dan las películas y las novelas. La mayoría compra lo que desean y se aguantan si no lo consiguen. Doy fe.

—Si lo nuestro fuera una novela se titularía: *En una librería de Alfama*.

—Un bonito título, sí señora. Pero no es una novela, Mara. Es real.

—Lo sé. Mira, ese es el local de fado que te he comentado.

—Está cerrado.

—Abre más tarde.

—Me encantaría que viniéramos un día que no tengas que estar en casa a las siete.

—¿Es una invitación?

—Por supuesto.

—Me traerá recuerdos de mi padre. Tal vez me emocione y… ya sabes.

—Me gusta que tengas sentimientos profundos y los dejes salir. Ya tuve bastante de mujeres frías en mi vida. Si te emocionas yo cogeré tu mano, o te abrazaré y me emocionaré contigo.

—Lo dices por tus ex.

—Por la última, pero no quiero hablar de ella. Quiero hablar de ti,

de nosotros, de esa visita al local de fado. De la próxima vez que tengas toda una tarde libre y vengas a Sintra, a mi casa. Porque vendrás, ¿verdad?

—Eso suena a proposición indecente.

—Eso suena a lo que tú quieras que sea.

—Eso, proposición indecente.

Sintió la mano de Gus apretar la suya con más fuerza y deseó que esa visita se produjera más pronto que tarde.

Continuaron paseando durante un rato. Hablando. Conociéndose. Contando mil anécdotas del pasado, de ese pasado que no habían compartido, pero que deseaban conocer. Pero, sobre todo. del presente.

A las siete menos cinco se detuvieron cerca de la casa de Mara y se despidieron con un casto beso en la mejilla.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó ella.

—Por supuesto.

Y cada uno siguió una dirección diferente con la ilusión de volverse a ver en pocas horas.

Capítulo 19

Una noche diferente

Hacía ya dos semanas del viaje a Cascáis y se habían visto a diario en Lisboa. Quedaban en la librería a la hora habitual, y a veces, después de tomar sus bebidas y charlar un rato con Genoveva, se marchaban a otro lugar.

Habían descubierto que a ambos les encantaba pasear y siempre que hacía buen tiempo aprovechaban para recorrer, primero el barrio, y después ampliaron sus paseos a la ciudad, cogidos de la mano. Otras veces entraban a merendar en alguna cafetería que ofreciera dulces.

Gustavo había retomado la restauración de los libros de la quinta Almeida y estaba haciendo una labor encomiable. Se esmeraba de manera especial en ellos porque sentía que esos formaban parte de su legado familiar. Que era como si se los hubiera dejado su abuelo.

A Mara le sorprendía que pudiera hablar con Gus de cualquier tema, desnudarle su alma, pues su cuerpo solo lo había hecho una vez, en Cascáis. No habían podido coordinar otro encuentro para pasar unas cuantas horas juntos en Sintra. Ninguno de los dos

deseaba un escarceo apresurado y por las tardes, entre ir y venir a casa de Gustavo, no les quedaría mucho tiempo para estar juntos. Aguardaban con paciencia a que los turnos de Cata les permitieran al menos una larga tarde de intimidad.

Gustavo hacía gala de una paciencia infinita ante los compromisos familiares de Mara, y esta le agradecía sobremanera su aceptación y su respeto.

Aquella tarde, en que Cata estaría en casa para la cena, habían quedado para ir al local de fado. Mara se sentía algo nerviosa antes de reunirse con Gus. Era la primera vez que acudiría al lugar que había formado parte de su adolescencia y juventud, pero esta vez no lo haría con su padre, sino con el hombre del que se estaba enamorando de una forma total y absoluta, más rápido de lo que desearía. Le parecía que Gus había estado siempre en su vida, en vez de solo unos meses.

Se arregló con esmero. La cita era especial para ella. No fue a Alfama después de almorzar, como solía, sino que quedó con Gustavo a las siete de la tarde, en los alrededores de su casa.

—Estás muy guapa, cariño —le dijo su madre.

—Gracias, mamá —respondió poniéndose el abrigo—. Lo más probable es que cene fuera.

El local había incluido un restaurante en los últimos años y suponía que Gus querría que comieran allí.

—No te preocupes, diviértete.

—¿No me vas a leer el cuento esta noche? —preguntó Catarina con un mohín compungido.

—Esta noche te lo leeré yo —respondió su madre.

—Mara va a salir con su novio —informó Joana, muy convencida de sus palabras.

—No, va con el arreglador de libros —rebatió la pequeña.

—El arreglador de libros es su novio, tonta —aclaró la mayor—. ¿Verdad, Mara?

—Algo parecido.

—Yo quiero verlo. Nunca he visto un novio.

—Algún día.

—Dejadla ya, o llegará tarde. A los hombres no les gusta esperar.

Mara sonrió y tuvo la certeza de que Gustavo la esperaría el tiempo que fuera necesario. Pero a ella le gustaba la puntualidad. Se despidió y salió a reunirse con él.

Ya la esperaba en el lugar acordado, a pesar de que aún faltaban unos minutos para la hora convenida.

—Estás preciosa —dijo besándola en la mejilla.

—Y un poco nerviosa también.

—¿Por volver al lugar sin tu padre?

—Sí. Son demasiados recuerdos.

—Si no quieres entrar, cambiamos de planes. Hay muchos sitios donde cenar en Lisboa.

—No, me apetece mucho.

—Si en algún momento te agobias y deseas marcharte, solo tienes que decirlo.

—Lo sé.

Echaron a andar en dirección al local, que no estaba lejos. Antes de entrar, Mara apretó con fuerza la mano de Gustavo y este la empujó con suavidad al interior, infundiéndole ánimos.

Había sido redecorado y Mara sintió alivio al comprobar que ya no estaba la misma mesa donde solía sentarse con su padre. Ahora, además de fados en directo, ofrecían cena, y la alineación de las mesas, cubiertas de manteles blancos era diferente. También el escenario había cambiado.

Se acomodaron en un lugar cerca del mismo y pidieron unas

copas de vino y algo de comer, mientras comenzaba el espectáculo. El menú estaba compuesto por comida típica portuguesa y pidieron, de mutuo acuerdo, sopa verde y bacalao a la brasa.

El espectáculo comenzó cuando empezaban el plato principal y la música lo invadió todo con su acento melodioso.

Mara regresó al pasado, pero sin la pena que había imaginado sentir por la ausencia de su padre. Se sentía feliz de compartirlo con Gustavo, de que hubiera otro hombre a su lado, disfrutando de aquel momento especial y mágico. Todo era mágico desde que lo conocía.

Interpretaron algunos de sus fados preferidos: «Foi deus», «Canoas do Tejo», «Lisboa antica» y «Alfama», uno que nunca faltaba en el repertorio. Mara iba siguiendo la letra con los labios, sin emitir sonido alguno. Se la sabía de memoria.

Al terminar, sí había un poco de humedad en sus ojos y Gus se apresuró a ofrecerle un pañuelo de papel. Había estado pendiente de sus emociones en todo momento.

—Gracias —murmuró bajito.

Él se limitó a apretarle la mano.

Terminaron la cena con un postre típico y uno de los dulces preferidos de Mara, las tartaletas de crema, y Gustavo pidió, además, un café fuerte.

Después, cuando el concierto terminó, abandonaron el local. Eran casi las once de la noche.

—¿Tienes que volver ya a casa o quieres dar un paseo?

—Prefiero el paseo. Estoy tan emocionada que necesito un rato para serenarme.

De la mano de nuevo, empezaron a caminar. El aire fresco de la noche encendía las mejillas, pero resultaba muy agradable andar por las empinadas calles libres de la actividad que ofrecía el barrio de

día.

—Gus, ¿por qué te esfuerzas tanto en complacerme?

—Porque es lo normal en una relación, ¿no? Hacer que el otro se sienta cómodo y disfrute. Te aseguro que no me cuesta ningún sacrificio.

—Siempre hacemos lo que yo prefiero. ¿Qué hay de lo que deseas tú?

—Si yo te dijera lo que deseo en este momento… —Rio acariciando la mano con el pulgar en una clara sugerencia—. Me gusta que disfrutes, que lo pases bien conmigo. Estás tan ocupada con tus estudios y tus obligaciones familiares que cuando estamos juntos quiero que hagas lo que te gusta. Por suerte, a mí me gusta lo mismo que a ti. He disfrutado mucho esta noche de la música, nunca he asistido a un concierto de fado en directo. Si quisieras llevarme a una discoteca a dar saltos, me negaría.

—¿Seguro que te negarías? Yo creo que no, que lo harías por complacerme.

—Es muy probable. ¿Vas a pedírmelo?

—No.

—Menos mal.

—Pero sí voy a pedirte otra cosa, porque es muy probable que yo desee lo mismo que tú. ¿Qué tal si nos vamos al coche a besarnos un rato? A esta hora no hay mucha gente por la calle y una noche tan especial no puede cerrarse sin siquiera un beso. ¿No te parece?

—Propuesta aceptada de inmediato. Vamos.

Gus había aparcado el coche cerca de donde vivía Mara, pero lo desplazó hasta una zona más solitaria y, una vez allí, se soltó el cinturón de seguridad y la atrajo contra su cuerpo.

Se besaron durante un buen rato, acariciándose apenas por encima de la ropa, y después, excitados y sin querer pasar a

mayores en un coche, se separaron, dejándose caer cada uno en un asiento.

—Me muero de ganas de tenerte en mi cama otra vez —murmuró Gustavo con un suspiro.

—Y yo de estar en ella, aunque nunca he probado tu cama. La de Cascáis era de un hotel.

—Tú me entiendes.

—Por supuesto que sí. Si mi madre trabaja de noche el fin de semana, trataré de tener el domingo libre desde media mañana. Llevaré a las niñas al parque temprano y sobre las doce puedo ir a Sintra a pasar el día contigo. Si te apetece.

—¿Tú qué crees? Te prepararía una comida deliciosa y después… toda la tarde para nosotros.

—Hablaré con mi madre, a ver los turnos. Aunque a veces le cambian el horario sobre la marcha, no te hagas demasiadas ilusiones.

—Lo siento, ya me las estoy haciendo.

—Yo también.

—Será mejor que te lleve ya a casa, es tarde y mañana trabajas.

—Sí.

Gustavo arrancó el coche y condujo hasta la casa de Mara. Se detuvo en su sitio habitual y se dieron un último beso como despedida. Después ella entró y él puso en marcha en su mente la sorpresa que le quería ofrecer. Una idea que se le había ocurrido y que estaba seguro de que le encantaría.

***

El domingo Cata había conseguido eludir un turno extra después de la noche. Mara tenía planes y no deseaba estropeárselos. Su hija

estaba enamorada y feliz como hacía mucho tiempo que no la veía, y eso le gustaba. Se sentía mal por el tiempo que dedicaba a la familia, ignorando su propia vida de mujer joven. Ella misma estaba renunciando a la suya, sin querer aceptar la propuesta de relación de un compañero del hospital para no restar tiempo a sus hijos, para liberar a Mara de obligaciones que le impedían mantener una actividad normal de su edad.

Llegó del trabajo a las siete y media dispuesta a acostarse sin demora, sin detenerse a desayunar como otras veces, para dormir un rato y ocuparse de las pequeñas y que Mara se marchase a pasar el día con su novio, o lo que fuera. Le daba igual, lo único que le importaba era que hacía feliz a su hija.

Esta estaba despierta y salió de la habitación al escucharla entrar.

—Ya estás aquí —dijo.

—Sí.

—Temía que te enredasen con horas extras.

—Lo han intentado, pero me negué.

—¿No necesitamos el dinero? Se acercan las navidades y eso supone más gastos de lo habitual.

—Nos las arreglaremos, no te preocupes. Hoy es tu día de asueto, te lo mereces.

—Gracias, mamá. Llevaré a las nenas al parque un rato, temprano, y después cogeré el autobús a Sintra. Gustavo me invita a comer en su casa.

—Pues disfruta de la comida y de lo que surja.

—Es mi intención. Llegaré a tiempo para los baños y la cena.

—Las bañaré yo antes de irme, y dejaré la cena hecha. Se la puede dar la abuela, si te retrasas.

—Intentaré no hacerlo.

—Cariño, yo también he estado enamorada. A veces, es inevitable.

—Gus es muy comprensivo, no me pide que esté con él más tiempo del que puedo dedicarle.

—¿No nos lo vas a presentar? Puedes invitarlo a comer o a cenar un día que yo esté libre. Te prometo que no lo vamos a atosigar a preguntas ni a advertirle de que lo degollaremos si te hace daño.

—Vosotros no, pero Catarina y Joana… le harán el tercer grado.

—Eso también es inevitable.

—Lo pensaré. ¿No te tomas un café? —preguntó viendo que Cata se dirigía al dormitorio.

—No; quiero despertarme pronto para que te puedas marchar cuanto antes.

—Gracias, mamá.

—De nada, cariño.

Mara se quedó en la cocina preparándose el desayuno. Se había despertado con el alba porque estaba nerviosa. La perspectiva de todo un día con Gus la tenía en vilo y excitada. Muy excitada, y no solo sexualmente. La vez anterior todo sucedió sin planearlo, pero lo de aquel día era una cita en toda regla. No tenía dudas de que pasarían la mayor parte del tiempo en la cama. Pero también la seducía acurrucarse con él en el sofá, delante del fuego, y hablar de mil cosas, como hacían en sus paseos.

Hablar con Gus se había convertido en uno de los pequeños placeres de su vida. Conversar de cualquier cosa, pero sobre todo de ellos. De sus vidas anteriores, de sus gustos tan parecidos, de las cosas que planeaban hacer juntos en el presente y en el futuro... Porque Gus hablaba de un futuro común para ellos. Y eso le encantaba.

Había utilizado parte de los pequeños ahorros que tenía para los regalos de Navidad en comprar algo de ropa interior seductora. No sabía las preferencias de Gustavo, pero intuía que se parecerían a

las suyas y había descartado los colores rojo y negro. Se había decantado por un conjunto de sujetador y braguita alta de un tono azul oscuro que le pareció acorde con su personalidad. No quería nada muy ostentoso, sino suave y delicado. Se moría de ganas de que la viera con el conjunto, de leer en sus ojos lo que sentía por ella.

Tras tomarse un té, pues no le entraban tostadas ni nada sólido, se fue a la ducha. No se puso la ropa interior nueva, lo haría cuando regresara del parque infantil con sus hermanas. No sería la primera vez que alguna de ellas volvía llena de polvo o barro y todas debían ducharse de nuevo después de haberlas llevado hasta la casa.

Se sentó a leer para hacer tiempo hasta que el resto de la familia se despertara. Como no podía ser de otra manera, escogió el libro de Bécquer.

Capítulo 20

Sorpresas

Mara acudió al parque con sus hermanas y trató de mostrar la paciencia habitual con ellas, pero le costaba. Tenía demasiadas ganas de llevarlas de nuevo a casa para coger el tren a Sintra y reunirse con Gustavo. La impaciencia se estaba apoderando de ella sin que pudiera evitarlo.

Recriminaba a cada momento a Joana para que no fuese temeraria y se hiciera daño, como ya le había ocurrido en alguna ocasión. Su hermana era intrépida y aventurera, y a veces se golpeaba o se caía, necesitando unas curas, y no quería que nada retrasara su marcha. Aquel día, no.

De repente, cuando ya llevaban un buen rato en el parque, notó una sensación extraña, como si la observaran. Había poca gente a esa hora, los visitantes solían llegar más tarde.

Miró en derredor y se sobresaltó al descubrir el coche de Gustavo estacionado junto al parque, y a él dentro, observándola sonriente. Cogió el móvil y lo llamó. Respondió al instante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin siquiera saludarlo, muerta de

curiosidad, pero también contenta de verlo antes de lo previsto.

—¡No pensarás que te iba a dejar ir en tren! Estaba esperando a que terminaras con tus hermanas para ponerte un mensaje diciéndote que te recojo donde siempre. Ya te dije que me gustaría verte con ellas y he deducido que el parque al que vais es el más cercano a vuestra casa.

—¿Por qué no te has acercado?

—No estaba seguro de que lo desearas. Tampoco quiero interferir en tus responsabilidades. Esperaré a que termines.

—Ven y te presentaré, si no le tienes miedo a dos niñas preguntonas.

—Eso está hecho.

Lo vio bajar del coche y acercarse con paso rápido.

—¿Vas a sacarme del armario? —preguntó llegando a su lado y sin siquiera besarla en la mejilla.

—Ya estás casi fuera.

Joana se bajó con rapidez del tobogán al ver a su hermana hablando con un desconocido y se acercó a ellos.

—¿Tú quién eres? —preguntó.

—Un amigo de Mara. Me llamo Gustavo.

—Eres el arreglador de libros.

Él se dirigió a Mara.

—¿Ese soy yo?

—Así te bautizó Catarina. Al parecer le costó asimilar la palabra restaurador, y me temo que te quedarás con ese nombre para los restos. Ya te he dicho que no eres un total desconocido para mi familia.

—Tú debes ser Joana.

—Sí. Aquella que está en el columpio es nuestra hermana Catarina. Voy a buscarla para que te conozca también. Y no eres un

amigo de Mara, eres su novio —añadió echando a correr hacia el columpio.

—Ya te advertí que echarían al vuelo las campanas de boda.

—Ningún problema por mi parte. Me da igual cómo me llamen, si no te importa a ti.

—Ya no.

En seguida regresaron las dos niñas.

—Yo soy Catarina —se presentó la más pequeña, tendiéndole la mano con gesto muy serio.

Gustavo la estrechó con un firme apretón.

—Encantado de conocerte. A las dos.

—¿Has venido a jugar con nosotras? —preguntó Joana—. Mara hoy no tiene ganas.

—No, ha venido porque ella le ha dicho que yo quería verlo, ¿verdad? —afirmó su hermana.

—En realidad he venido para llevarla a comer después de que terminéis en el parque.

—¿Ya nos vamos o puedo volver al columpio un ratito más? —preguntó la pequeña con gesto implorante.

—Puedes volver, pero no mucho tiempo —concedió Mara.

Joana miró a Gustavo.

—No te gusta esperar, ¿verdad? —preguntó.

—¿Por qué piensas eso?

—Lo dijo mi madre.

—Mamá habló en términos generales de todos los hombres, no de Gustavo.

—Él es un hombre, ¿no?

—Lo soy —aseguró el aludido—, pero esperaré un ratito hasta que terminéis de jugar.

Las dos niñas se alejaron dispuestas a aprovechar el tiempo y

Mara se volvió a Gustavo, que se sentó en el banco a su lado.

—Te lo advertí.

—Me divierten.

—Menos mal, porque esto no ha hecho más que empezar. Vas a ser como un juguete nuevo para ellas.

Media hora más tarde los cuatro abandonaban el parque en el coche de Gustavo. Este aparcó en las inmediaciones de la casa.

—Puedes entrar si quieres —le ofreció Mara—. Pero mi madre y mi abuela te van a ofrecer tomar algo y nos entretendrán.

—Otro día.

—Dame diez minutos para cambiarme de ropa.

—Yo soy un hombre atípico. Sé esperar.

Las niñas entraron en tromba contando que habían conocido al novio de Mara y las había traído en su coche. Esta se escabulló hasta su habitación para sustituir los vaqueros viejos que llevaba por otra indumentaria más elegante. También cambió la ropa interior. Se maquilló ligeramente y se cepilló el cabello, dejándolo suelto sobre la espalda.

Se despidió de todos y salió a reunirse con Gus. Entonces sí se dieron un beso ligero en los labios, antes de que él pusiera el coche en marcha. El primero de los muchos que esperaban intercambiar esa tarde.

—Son muy graciosas tus hermanas.

—Espera a que cojan confianza. Lo de hoy no ha sido nada.

—Me gusta haberlas conocido. Eso significa que puedo volver al parque otro domingo, aunque no quedemos después, ¿verdad? Y verte un rato si debes quedarte en casa.

—Puedes almorzar con nosotros después, si quieres.

—Por supuesto que quiero. Pero otro día. Hoy, la tarde es nuestra.

—Sí.

Al llegar a Sintra, Gus no aparcó en su calle, sino que continuó avanzando y giró a la derecha.

—Creí que habías dicho que almorzaríamos en tu casa.

—Y lo haremos. Pero antes tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué sorpresa?

—Vamos a ver la quinta Almeida por dentro.

—¿Vamos a colarnos en ella? ¿Eso no es ilegal?

—Lo es, pero no trasgrediremos ninguna ley. He ido a la inmobiliaria que se está ocupando de la venta y han accedido a dejarnos entrar a echar un vistazo. Les dije que podría estar interesado en comprar algún mueble o adorno y no han puesto ningún problema. Aunque han afirmado que no queda nada de valor en ella, tienen orden de vender todo lo que puedan. Un empleado estará presente en la visita, claro.

—No me importa. Me encanta la idea de verla por dentro, de crear una impresión de dónde se gestó la historia de amor de tu abuelo con Lucía. Así se llamaba la madre de Esmeralda, ¿verdad?

—Sí, así se llamaba. Y he confirmado que era ella y no su hija la autora de las cartas.

—¿Cómo lo has hecho?

—Llamé a mi tía abuela Matilde para preguntarle por el color de ojos de Esmeralda. Marrones, como los de su padre. Era Lucía quien los tenía de un azul claro, casi transparente, me aseguró.

—Me alegra saberlo.

—También a mí. La idea de que mi abuelo pudiera ser un pederasta me agobiaba mucho.

—También he averiguado por qué no acudió a la cita ni recogió la última nota.

Mara lo miró asombrada.

—¿Cómo?

—Matilde me contó que, al final de las clases, mi abuelo estuvo muy enfermo; una fuerte neumonía lo mantuvo en cama más de un mes. Cuando se recuperó, Lucía había muerto y Esmeralda ya estaba en el internado. Eso lo deprimió mucho.

—Ni siquiera pudieron despedirse.

—Eso parece.

Habían llegado a la quinta con un poco de antelación. Salieron del coche y volvieron a recorrer los exteriores de la casa, contemplando las ventanas de cristales opacados por el polvo y resquebrajados, los muros agrietados y cubiertos de humedad.

—Cuántos secretos ocultan las casas a veces.

—Sí.

Minutos después, otro coche aparcó junto al de Gustavo. Un hombre joven salió del mismo y se acercó a ellos.

—Vamos dentro. Tengan cuidado, aunque la casa no corre riesgo de derrumbe, puede tener alguna tabla podrida o un escalón en mal estado.

—Gracias.

—Ya les advierto que no hay gran cosa que les pueda interesar.

—Nunca se sabe —comentó Gustavo.

En compañía del agente inmobiliario se adentraron en la quinta. Una escalera que había sido majestuosa en el pasado se abría en el vestíbulo y varias puertas daban paso a sendas habitaciones: cocinas y otras estancias de uso común. Un salón con molduras de escayola que se caían a pedazos tenía en la pared la huella de haber contenido cuadros, tal vez valiosos.

—¿Sabe qué ha sido de ellos? —le preguntó Gus al agente.

—Ni idea. Si tienen algún valor, los habrán vendido, y si no es así, estarán tirados en cualquier contenedor.

Continuaron la visita. Mara sentía una profunda emoción al recorrer aquellas habitaciones que habían tenido vida en el pasado, por las que circularon personas gestando amores y desamores. La emoción se acrecentó al entrar en la biblioteca, ahora con los estantes de roble vacíos y polvorientos.

—Los libros se han vendido —informó el empleado de la inmobiliaria—. No valían gran cosa, estaban destrozados. La mujer que los compró, aunque fue por un precio ínfimo, hizo un mal negocio.

«Eso es cuestionable», pensó Mara.

Una vez revisada la planta baja, sin encontrar nada que les interesara, decidieron subir la escalera. La sala de clases debía encontrarse en la planta de arriba, si no la habían desmantelado después de que Esmeralda fuera enviada al internado.

Pero estaba allí, con una mesa amplia, varias sillas y una pizarra desvencijada todavía colgando de la pared.

Gus y Mara se miraron y acariciaron la polvorienta superficie de la mesa con la punta de los dedos, con cuidado de no mancharse la ropa. No había ningún papel, ni rastro de la actividad que tuvo en el pasado. Solo polvo y olvido.

A continuación, entraron en los dormitorios, uno masculino sobrio y espartano que se comunicaba a través de una puerta interior con otro evidentemente femenino. La amplia cama con dosel estaba rodeada por dos mesillas de noche y una cómoda de delicadas patas e incrustaciones en la superficie de la madera.

—¿Puedo abrir los cajones o las puertas del armario?

—Por supuesto, pero no hay nada de valor, ya se lo he dicho. El tasador hizo un amplio recuento de todo y puso a la venta lo que pudo proporcionar ingresos.

Gus abrió el armario y Mara los cajones. El primero halló ropa

apolillada sin nada en los bolsillos, pero ella tuvo más suerte. En el fondo de uno de los cajones de la cómoda, bajo unos camisones amarillentos y gastados, halló un sobre.

—Gus… —lo llamó.

Él se acercó y lo abrió con sumo cuidado. Dentro halló varios papeles que parecían listas de menús y, disimulado entre ellos, un dibujo a carboncillo. Medía apenas quince centímetros por cada lado, y reflejaba el rostro de una mujer. A pesar de que los trazos estaban en negro, el artista había conseguido dar a los ojos una transparencia que evidenciaba que eran claros. Los dos tuvieron la seguridad de que eran azules.

—Quiero comprar este dibujo —informó Gustavo al agente inmobiliario.

—No creo que tenga ningún valor. Como puede ver, el papel está manchado y ni siquiera tiene firma. Puede haberlo hecho cualquier miembro de la familia.

—Da igual. Me gusta.

—Puede quedárselo si quiere. Lo más probable es que alimente alguna hoguera junto con los muebles.

—Le daré veinte euros por él. ¿Le parece? No quiero que se me acuse de haber robado nada de la casa.

—¡Como quiera! Le haré un recibo si pasa por la inmobiliaria mañana.

—¿Puedo llevármelo hoy?

—Claro. Ya le he dicho que es suyo.

Lo volvió a guardar con cuidado dentro del sobre y metió este en el bolsillo de su chaquetón, con extrema precaución, casi con mimo.

El resto de la casa solo les mostró habitaciones llenas de muebles estropeados, incluso un techo agujereado y signos de humedad en suelos y paredes. Dieron la visita por finalizada.

Tras agradecer al agente la oportunidad de ver la casa, se despidieron y se fueron al coche. Gustavo sacó el dibujo y lo contemplaron juntos.

—¿Crees que es ella?

—Lo hizo mi abuelo, reconozco sus trazos —afirmó convencido—. Tengo otros dibujos suyos; era bueno con el carboncillo.

—El papel está bastante deteriorado, aunque el dibujo es nítido.

—La forma en que se ha conservado, escondido en el cajón y alejado de la luz, ha evitado que el daño sea mayor. Aun así, el dibujo debe tener setenta años, si no más. Yo lo restauraré y evitaré que se siga estropeando. ¿Quieres llevarlo tú en la mano, sin tocar demasiado el sobre, para evitar que se doble? Lo he guardado en el bolsillo para que nuestro amigo no pensara que es demasiado valioso. No lo es a nivel monetario, pero sí mucho en lo sentimental. Voy a incluirlo en un proyecto que estoy realizando.

—¿Qué proyecto?

—Te lo enseño ahora en casa. ¿Vamos a comer?

—Sí.

Se dirigieron a la casa de Gustavo, donde tenía preparado un almuerzo digno de la ocasión.

Capítulo 21

De nuevo en Sintra

Llegaron a casa de Gustavo y este dejó el sobre con el dibujo en el taller para preservarlo con una temperatura adecuada. Ya le dedicaría más tiempo, aquella tarde era para Mara y para él, en exclusiva. Después se dirigió a la cocina, dispuesto a servir el almuerzo que ya tenía preparado.

—¿Estás seguro de que quieres comer ahora?

—Muy seguro. Cuando te lleve a la cama no voy a dejarte salir de ella hasta el momento de regresar a Lisboa. Mejor tener el estómago lleno.

Mara sintió el deseo y la anticipación que siempre acompañaban a la intimidad con Gustavo y asintió, aparcando su propia impaciencia.

—De acuerdo.

Él sirvió una sopa caliente —en las distintas ocasiones en que habían comido juntos había observado que a ella le gustaba ese plato— y se sentaron a la mesa. La visita a la casa les había dejado ateridos, el abandono de décadas y la falta de aislamiento de la quinta hacían que el viento helado se colara por todos los huecos y

resquicios. También la ausencia de habitantes durante años había contribuido a ello. La comida y el calor de la chimenea los reconfortaron.

—¿Qué es ese proyecto que estás realizando? —inquirió Mara mientras comían, llena de curiosidad.

—Voy a hacer un libro con la historia de mi abuelo y Lucía. Una especie de homenaje a ellos y a su amor imposible y silenciado. Incluiré las cartas, las rimas que él le enviaba, el dibujo que acabamos de encontrar y una fotografía de su juventud que encontramos entre sus cosas. No será muy grueso, apenas un cuadernillo porque no hay mucho material, pero creo que su amor en la sombra merece que estén juntos, después de su muerte, aunque sea en un libro.

—¿Y no te sabe mal por tu abuela? Ella fue su mujer, la madre de sus hijos, y hacerle un homenaje a otra...

—Mi abuela disfrutó la felicidad de tenerlo a su lado durante muchos años. Lucía no. Fueron etapas diferentes en la vida de mi abuelo y una no es menos importante que la otra. Estoy seguro de que a él le gustaría. Por supuesto, será un secreto entre tú y yo, no se lo diré a nadie.

—Es un gesto muy bonito por tu parte, y muy romántico.

—Se me estará contagiando de ti.

—Tú eres más romántico que yo.

Gus alzó la copa de vino que tenía en la mano.

—Por nosotros. Por que nuestro amor sea romántico, largo y duradero. Y, por supuesto, no célibe —dijo con un guiño malicioso.

—Creo que dentro de un rato nos vamos a encargar de que no lo sea. Yo pienso poner todo de mi parte.

Se miraron por encima de la mesa, con los ojos cargados de pasión y de deseo. Ambos leyeron en la mirada del otro el reflejo de

sus propios sentimientos.

—Te quiero, Mara —confesó Gustavo—. Nunca he sentido por una mujer lo que siento por ti.

—¿Ni siquiera por aquella a la que ibas a proponer matrimonio?

—No. Nunca compartí con ella lo que comparto contigo.

—¿No te acompañaba a visitar casas abandonadas? —preguntó en tono de broma. Aún se sentía abrumada por las palabras cariñosas y los elogios que él le dedicaba.

—Ni por asomo. Me habría tachado de loco si se lo hubiera propuesto. Tampoco habría llorado escuchando fados ni acompañaría a sus hermanas al parque. Eso solo lo haces tú, y me encanta.

—Pero el sexo con ella funcionaba bien.

—No iba mal, pero contigo va mejor.

—No tienes mucho para comparar. Solo hemos estado juntos una noche.

—Es más que suficiente. Con ella nunca tuve toda una noche, solo ratos. Se dormía en seguida y nunca estaba dispuesta para un segundo asalto.

—Yo prometo no dormirme hoy la siesta, aunque me haya levantado temprano. Y «soportaré» todos los asaltos que haya.

—Me encargaré de que no te aburras.

—Nunca me he aburrido contigo, Gus. Me gustan las mismas cosas que a ti: los libros, los paseos tranquilos, charlar. Y lo que vamos a hacer en cuanto terminemos de comer, por supuesto.

Acabaron el almuerzo —ni siquiera tomaron postre— y se fueron al dormitorio.

Se desnudaron sin prisas, las ropas fueron cayendo lentamente a su alrededor, entre beso y beso.

Se amaron despacio, recreándose en el cuerpo del otro,

recorriéndolo con manos y labios, dando rienda suelta a la pasión acumulada desde la última noche que pasaron juntos.

Aquella tarde era muy diferente, una luz dorada se filtraba a través de las cortinas blancas y no rugía ninguna tormenta en el exterior. Tampoco ellos eran los mismos, no había sombras ni dudas, sabían lo que querían uno del otro y lo que estaban dispuestos a dar: todo. Sin trabas ni restricciones, y no solo en la cama, sino en toda la relación que estaban comenzando.

Habían transcurrido solo unas semanas desde aquella noche en Cascáis, pero los dos habían cambiado, acercándose uno al otro a través de largas charlas y abundantes paseos.

La luz de la tarde se fue perdiendo y las sombras de la noche comenzaron a aparecer. Apenas eran las siete de la tarde, oscurecía pronto a principios de diciembre. Tendidos en la cama, después de haberse amado por segunda vez, aún podían disfrutar de un par de horas de estar juntos, antes de que Mara debiera regresar a su casa.

Gustavo la apretó contra su cuerpo conteniendo las ganas de decirle que no quería que se marchara. Sabía que debía hacerlo, y había prometido respetar sus obligaciones familiares. Por suerte, había dado un paso conociendo a parte de su familia y se verían con más asiduidad, aunque no pudieran quedar a solas.

Había esperado aquella tarde con verdadera impaciencia, y no se había sentido defraudado. Sus sentimientos hacia Mara eran cada día más profundos, y notaba que la reticencia de ella a empezar una relación se iba diluyendo. Le había presentado a sus hermanas y lo había invitado a almorzar en su casa el domingo siguiente, invitación que iba a aprovechar. Era un paso más hacia lo que deseaba del futuro para los dos.

—Estás muy callado. ¿Qué piensas?

—En ti. En nosotros.

—Espero que no sea en que en un rato tendré que irme.

—No. En que ahora te tengo entre mis brazos, es lo único que me importa en este momento: el presente inmediato.

—No sé cómo agradecerte que no me hagas sentir mal por no dedicarte más tiempo.

Gustavo la besó.

—Olvídate de eso. Te quiero a ti, y a tus circunstancias.

—Yo… creo que también te quiero.

—¿Solo lo crees? —preguntó él en tono de burla—. Mi ego se va a sentir bastante decepcionado.

—No; estoy segura —afirmó con convicción.

—Eso está mejor.

Se giró hacia ella y la besó de nuevo. Quería hacer el amor otra vez, no sabía cuándo dispondrían de otra tarde completa para ellos solos, pero no deseaba presionarla. Se limitó a besarla en profundidad, tratando de excitarla de nuevo.

El sonido del teléfono de ella interrumpió el beso.

—Es el tono que tengo para las llamadas y los mensajes de casa —comentó separándose y saliendo de la cama—. Debo mirarlo porque no me molestarían si no fuera importante.

—Claro. —Se resignó a que tuvieran que regresar a Lisboa de inmediato—. Responde.

Mara miró el mensaje y una sonrisa radiante afloró a su rostro.

—Es de mi madre —aclaró—. Una compañera necesita que le haga el turno mañana y se lo cambia por esta noche. No tengo que irme hasta el amanecer, si quieres acogerme.

—¿Tú qué crees? Vuelve aquí, que te voy a demostrar el disgusto que acabas de darme.

—¿A qué hora empiezan a funcionar los trenes para Lisboa? —preguntó metiéndose de nuevo en la cama—. Entro a las nueve en

la floristería.

—¿En serio crees que vas a irte en tren?

—Supongo que no —contestó respondiendo a su abrazo.

Se enredaron en otro apasionado encuentro sexual y después se levantaron a cenar. Juntos entraron en la cocina y prepararon una comida improvisada a base de ensalada y filetes.

Después se acurrucaron en el sofá, frente a la chimenea, para ver una película. Mara vestía uno de los pijamas de Gus con las perneras y las mangas arremangadas. No había demasiada diferencia de estatura entre ambos.

—Creo que deberías dejar algo de ropa aquí, por si acaso —sugirió él mientras le rodeaba los hombros con el brazo—. También me he permitido comprar un cepillo de dientes para ti.

—Muy previsor. Se agradece. Traeré un pijama la próxima vez que venga.

—El pijama no te va a hacer mucha falta, pero sí ropa cómoda para estar en casa. Ahora que me has sacado del armario, espero que esto se repita siempre que podamos.

—Yo también.

—¿Ya no tienes miedo de aceptar que lo que tenemos es algo especial y duradero? ¿Que no voy a salir corriendo a la primera dificultad?

—La historia de Gustavo y Lucía me ha hecho reflexionar mucho. Su amor imposible y a distancia, sin siquiera poder expresarlo de viva voz, es terrible. Me siento una privilegiada por tenerte y por que las dificultades de nuestra relación no sean insalvables.

—Esas dificultades solo existen en tu cabeza. Tu familia, tu compromiso con ella, no supone un problema para mí. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo para que lo creas?

—No hace falta que lo repitas, me basta con que me lo

demuestres.

—No dudes que lo haré.

Mara se acurrucó contra el costado de Gus, apoyando la cabeza en su hombro, tratando de poner atención en la película, pero se sentía agotada. La tarde había sido muy intensa, y el calor de la chimenea la relajaba por momentos. Se fue adormeciendo a su pesar.

Gustavo la contempló extasiado, la curva de las largas pestañas, la boca ligeramente entreabierta, la expresión relajada y el cuerpo indolente recostado contra el suyo. La besó con ligereza en el pelo y admitió que le encantaba verla dormir. Que haría todo lo que estuviera en su mano para que un día pudieran dormir juntos a diario.

Cuando comprobó que el sueño era profundo y que no se despertaría al moverla, la cogió en brazos y la llevó a la cama. Antes de acostarse a su lado cogió el móvil y le envió un mensaje para que lo viera al despertar:

Rima XXVII

Despierta, tiemblo al mirarte;
dormida, me atrevo a verte;
por eso, alma de mi alma,
yo velo mientras tú duermes.
Despierta, ríes, y al reír, tus labios
inquietos me parecen
relámpagos de grana que serpean
sobre un cielo de nieve.
Dormida, los extremos de tu boca
pliega sonrisa leve,
suave como el rastro luminoso

que deja un sol que muere.
—¡Duerme!
Despierta, miras, y al mirar, tus ojos
húmedos resplandecen
como la onda azul, en cuya cresta
chispeando el sol hiere.
Al través de tus párpados, dormida,
tranquilo fulgor viertes,
cual derrama de luz templado rayo,
lámpara transparente…
—¡Duerme!
Despierta, hablas, y al hablar, vibrantes
tus palabras parecen
lluvia de perlas que en dorada copa
se derrama a torrentes.
Dormida, en el murmullo de tu aliento
acompasado y tenue,
escucho yo un poema que mi alma
enamorada entiende…
—¡Duerme!
Sobre el corazón la mano
me he puesto por que no suene
su latido y de la noche
turbe la calma solemne.
De tu balcón las persianas
cerré ya por que no entre
el resplandor enojoso
de la aurora y te despierte…
—¡Duerme!

Epílogo

Cuatro años después

La librería estaba engalanada para una ocasión especial. En el escaparate lucía una corona navideña, pero no era solo la Navidad lo que se celebraba aquel veinte de diciembre. El local sería testigo de un evento importante: la boda de un arreglador de libros y una recién licenciada en Historia, que había comenzado su andadura profesional como enseñante unos meses atrás.

Su amor había nacido en aquella librería de Alfama, y en ella había florecido, por lo que ambos estaban decididos a darse el sí quiero entre aquellas paredes llenas de libros, de recuerdos y de momentos felices.

Genoveva había decorado el local con centros de flores blancas en todas las mesas, y en el mostrador donde se preparaban las bebidas un arco también floral aguardaba a los contrayentes y al oficiante.

No había muchos invitados, los padres de Gus, la familia de Mara y Genoveva. Los dos querían una ceremonia en la intimidad y después todos marcharían a almorzar a un restaurante cercano, sin más celebración.

Gustavo aguardaba nervioso dentro de la librería la llegada de la novia, que iría acompañada de Tiago, que se había convertido en un guapo joven de diecinueve años, apuesto y tonificado por los continuos deportes que practicaba y que causaba furor entre las chicas de su edad.

Joana estaba en la complicada edad de trece años y Catarina, la más emocionada de todos, era ahora una niña de diez, pizpireta, dicharachera y bastante independiente.

Cata acudió del brazo de su pareja, un compañero de trabajo al que al fin le había dado el sí para entrar en su vida. A menudo él y Gus comentaban lo difíciles que eran las mujeres de la familia para aceptar a sus hombres.

Camila y Genoveva aguardaban a la novia sentadas a una mesa, comentando el emotivo momento que estaban viviendo.

Mara llegó radiante con un vestido largo en tono beige y una capa del mismo color sobre los hombros. Gustavo se relajó. En ningún momento había imaginado que ella no acudiría, pero no podía evitar los nervios.

Se miraron a los ojos y la sonrisa curvó sus bocas mientras se colocaban uno al lado del otro. Se rozaron las manos con disimulo y el oficiante comenzó su discurso. Después les otorgó la palabra a los novios para que expresaran sus votos. Ninguno de los dos sabía qué diría el otro; ambos habían mantenido en secreto sus intenciones.

Habían decidido que fuese Mara quien lo hiciera en primer lugar y, girándose a Gustavo, cogió sus manos y comenzó:

—*Podrá nublarse el sol eternamente...*

Él contuvo una sonrisa y se unió a ella en el recitado, hablando a la vez.

...Podrá secarse en un instante el mar

Podrá romperse el eje de la tierra
Como un débil cristal.

¡Todo sucederá! Podrá la muerte
Cubrirme con su fúnebre crespón
Pero jamás en mí podrá apagarse
la llama de tu amor.

—Yo tenía preparado lo mismo —admitió Gus—. Rima noventa y uno.

Todos los asistentes se echaron a reír.

—Pues si estos son los votos de los dos, os declaro marido y mujer. Ya pueden besarse.

Y se besaron, con intensidad y pasión, sellando una historia de amor que comenzó en una librería de Alfama.

Después recibieron las felicitaciones y parabienes de todos los asistentes y se fueron al restaurante a disfrutar de una comida en familia.

Era media tarde cuando se despidieron de todos. Pasarían la noche de bodas en el hotel de Cascáis donde habían dormido juntos por primera vez. Antes de que se marcharan, Genoveva los siguió hasta el coche de Gus y le entregó un sobre a Mara.

—Mi regalo de bodas. Ya te habrá extrañado que no te diera nada, pero es especial y quería esperar a este momento.

—No hace falta que me regales nada. Tu cariño es más que suficiente para mí.

—Ya lo sé, pero quiero hacerlo. Ábrelo, por favor.

Mara cogió el sobre y su expresión de felicidad se tornó de estupefacción.

—Pero… esto es…

—La librería a tu nombre.

—¡No, Geno, no!

—Sí, cariño, sí. Ya soy mayor, en cualquier momento me puede dar un infarto o cualquier otra cosa, y no tengo familia. Aunque la tuviera, siempre he sabido que Alfama debía ser tuya porque nadie más siente el mismo amor por ella que yo. Acéptalo, por favor. No soportaría que alguien la vendiera y tirara mis amados libros, sé que tú la conservarás. Ni que decir tiene que yo seguiré yendo cada tarde a poner cafés mientras el cuerpo me aguante.

Emocionada, Mara se abrazó a su amiga.

—Que sea por muchos años, Geno.

—Por supuesto. Tengo que ver corretear a vuestros hijos entre los estantes. Y tú, más te vale mantener los libros en condiciones, Gus —advirtió abrazándolo a su vez.

—Lo prometo. Cuidaremos de tu legado.

—Ahora marchaos, que ya se hace de noche y estaréis deseando estar a solas.

—Gracias, Geno. Por todo.

—Gracias a vosotros por haber traído a mi vida un poco de juventud y felicidad.

Entraron en el coche y se dirigieron a Cascáis. Era noche cerrada cuando llegaron a la Boca del infierno y, de la mano, desde lo alto del mirador, arrojaron el ramo de novia a las revueltas aguas. Este permaneció durante bastantes minutos sobre la superficie, sin que las turbulencias lo engulleran.

—¿Qué crees que significa? —preguntó Mara—. ¿Por qué no se hunde?

—Significa que vamos a estar juntos mucho tiempo. Toda la vida.

El ímpetu de las olas fue deshaciendo el ramo en múltiples pedazos que se esparcieron por doquier.

—Espero que eso no quiera decir el número de hijos que vamos a

tener, o nos darán un premio de natalidad.

—Espero que no. El sueldo de una profesora y el de restaurador no dan para demasiado. Y acabas de heredar una librería que genera más gastos que beneficios.

—Ha sido un gesto precioso el de Geno.

—Lo ha sido. Ahora, si la señora lo desea, ¿nos vamos al hotel a disfrutar de nuestra noche de bodas?

—Nos vamos.

Cogidos de la mano regresaron al coche, dispuestos a empezar su vida en común. Vivirían en Sintra, en casa de Gustavo, pero seguirían acudiendo cada tarde a la librería de Alfama, porque esa librería, al igual que para Geno, formaba parte de sus vidas.

FIN

Nota de autora

Lisboa es una ciudad especial para mí. La he visitado tres veces, en diferentes momentos de mi vida, y siempre le he encontrado algo nuevo y diferente.

Fue mi viaje de fin de curso cuando tenía catorce años, mi primer viaje fuera de España, mi primer soplo de libertad.

Regresé muchos años después con mi pareja y apenas reconocí la ciudad de mis recuerdos, pero me encantó igualmente.

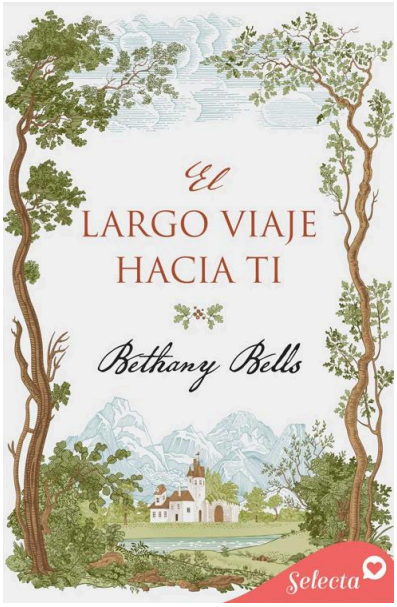
Y la tercera vez fue con familia y amigos, una experiencia muy diferente a las anteriores, pero la ciudad me sigue fascinando, en cualquier momento y circunstancia, por lo que tenía que ambientar una novela en ella. Y una novela muy romántica, que es lo que Lisboa me transmite.

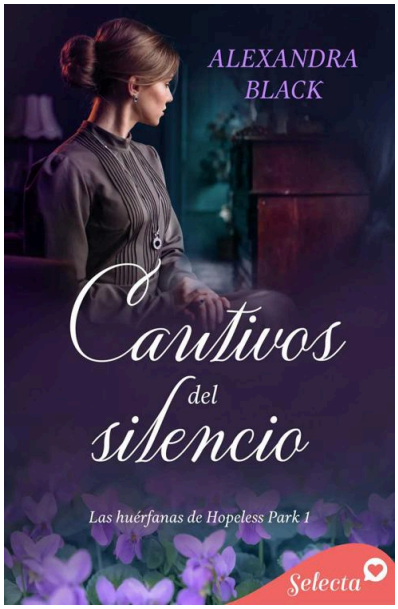
Espero que la disfrutéis tanto como yo, y si no conocéis la ciudad, os la recomiendo. Creo que todavía volveré otra vez a visitarla.

Si te ha gustado

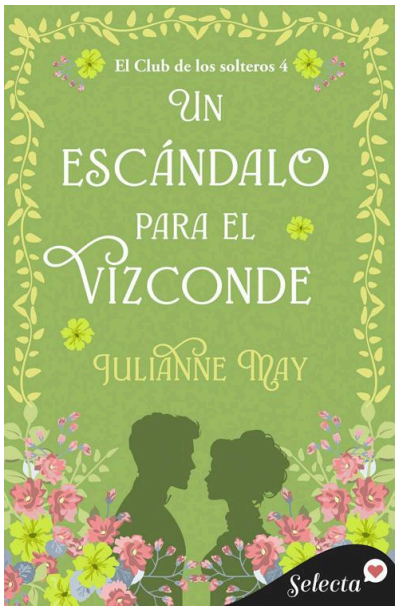
En una librería de Alfama

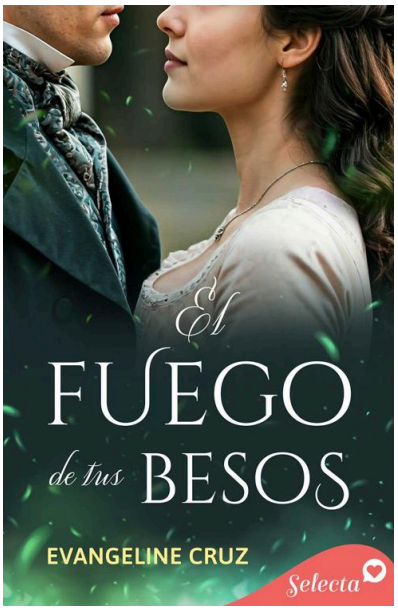
puedes disfrutar de estas

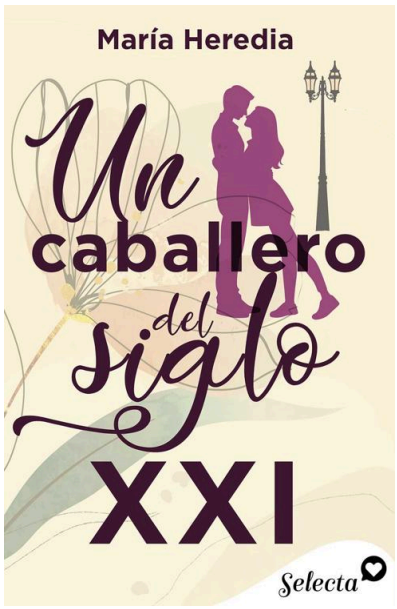


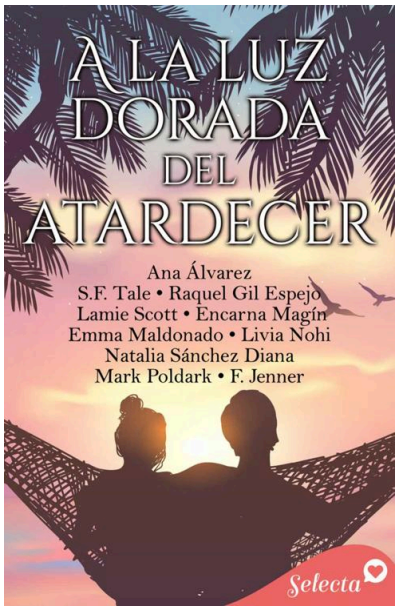


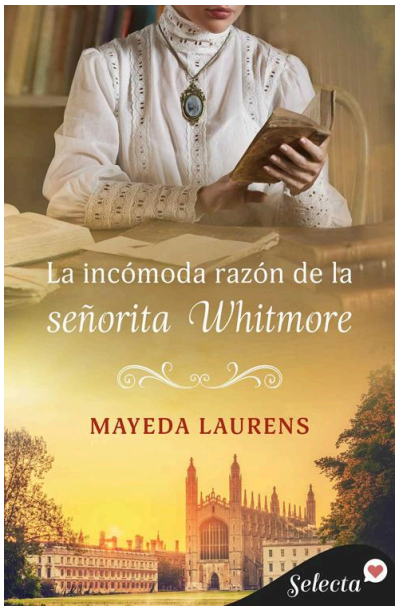

Sandra Bree
Di que me amarás siempre
Selecta


El Club de los solteros 4
Un escándalo para el vizconde
Julianne May
Selecta

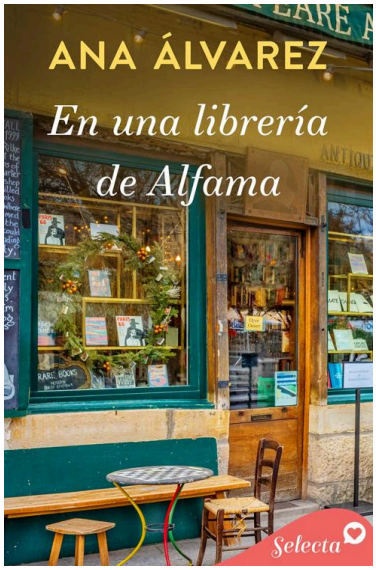

El fuego de tus besos
Evangeline Cruz
Selecta


María Heredia
Un caballero del siglo XXI
Selecta


A LA LUZ DORADA DEL ATARDECER
Ana Álvarez
S.F. Tale • Raquel Gil Espejo
Lamie Scott • Encarna Magín
Emma Maldonado • Livia Nohi
Natalia Sánchez Diana
Mark Poldark • F. Jenner
Selecta


La incómoda razón de la señorita Whitmore
MAYEDA LAURENS
Selecta

En una librería de Alfama, donde los libros guardan secretos del alma, quizás también se escriba una nueva historia de amor.



Cada tarde, **Mara, una estudiante de Historia**, se refugia entre las estanterías de una librería antigua en el barrio lisboeta de Alfama. En ese rincón lleno de encanto y olor a papel viejo, encuentra la calma para estudiar… Hasta que un día, dentro de un libro polvoriento de la colección de la Quinta Almeida, aparece una cita manuscrita que parece contada desde otro tiempo.

Intrigada por la posibilidad de una historia de amor olvidada, Mara comienza a investigar. No tarda en aparecer **Gustavo, un restaurador de libros tan reservado como atractivo**, que muestra un inusual interés por la misma colección. Lo que ella no

sabe es que su interés va más allá de lo profesional: la Quinta Almeida forma parte de su pasado familiar y de secretos que aún no han salido a la luz.

Mientras las páginas desvelan fragmentos de un amor antiguo, **entre Mara y Gustavo crece una complicidad tan inesperada como inevitable.**

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo.
Después ejerció de ama de casa y ha escrito desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas.
Durante años estas novelas permanecieron en un cajón hasta que animada por familia y amigas, envió un par de ellas a La Selección RNR, donde empezó a publicar.
En la actualidad tiene publicadas un buen número de novelas, entre ellas:

Novelas independientes:

- Miscelánea
- La Serpiente peluda
- Luces y sombras
- Arcoíris
- La chica que se subía a los árboles
- Ella, él … y el danés
- Sin derecho a roce
- Cuando sube la marea

Serie amigos:

- ¿Solo amigos?
- Más que amigos
- Amigos y algo más
- Amigos, sin más
- Amigos y nada más
- ¿Solo enemigos?

Bilogías

Dos más dos:
• Dos copas y una noche
• Dos cafés y una aventura

Besos en Richmond:

• Algún día te besaré. Digital
• Si un día me besaras. Digital y papel

Ladrón de guante blanco

• Te robaré el corazón
• Robaré todos tus besos

Ha publicado también dos novelas en la serie conjunta con otras autoras "Ebrias de amor":

• Un vodka para Vero y que la ayude el del tercero (Digital y papel)
• Limoncello para Lena y… adiós a su pena

Y otra más en la serie "Adonis tour":

• Un escritor veronés para la profe de francés

Relatos cortos

- El violinista en el balcón
- Nueve manzanas y media.



Edición en formato digital: octubre de 2025

© 2025, Ana Álvarez
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-98-2

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

En una libreria de Alfama
Capítulo 1. La librería
Capítulo 2. Los libros
Capítulo 3. El hombre misterioso
Capítulo 4. La quinta Almeida
Capítulo 5. El restaurador
Capítulo 6. Propuestas
Capítulo 7. La familia Almeida
Capítulo 8. La nota
Capítulo 9. Las cartas
Capítulo 10. La historia sigue
Capítulo 11. Salir del armario
Capítulo 12. El preceptor
Capítulo 13. La visita
Capítulo 14. Conclusiones
Capítulo 15. Sorpresas
Capítulo 16. La boca del infierno
Capítulo 17. Cascáis
Capítulo 18. Gus

Capítulo 19. Una noche diferente
Capítulo 20. Sorpresas
Capítulo 21. De nuevo en Sintra
Epílogo. Cuatro años después
Nota de autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Ana Álvarez
Créditos